

Te confío mi familia

Te confío mi vida, Vol. 3

UNO.

Asunción retorció sus manos con nerviosismo y buscó una posición más cómoda en el sencillo banco en el que estaba sentada. Hacía más de una hora que esperaba que su turno para hablar con la jueza llegara y la impaciencia la ganaba. No veía la hora de contar de primera mano su verdad y sus intenciones con respecto a Florencia.

Estos últimos meses habían sido de dilatorias, idas y venidas en torno a la situación de la niña y eso la preocupaba. "¿Qué esperan?, pensaba. Estaban más que claros y plenamente comprobados el destrato y abandono que su abuela, Marcela, ejercía sobre ella; la vagancia y la mendicidad a la que la obligaba. ¡Una pequeña de siete años obligada a soportar tamañas iniquidades!

Era indignante y la Justicia debería responder con mayor celeridad de la que lo estaba haciendo. Las denuncias habían sido realizadas hacía tiempo por parte de diferentes actores, tanto educadores como asistentes sociales. La Policía había intervenido en reiteradas oportunidades; sin embargo habían sido ella y Santiago quienes finalmente habían tenido que actuar ilegalmente para arrancarla del antro de perdición al que la habían llevado la abuela y sus mafiosos compinches.

Recordar los horribles momentos que debieron pasar cuando su pareja fue malherida durante el rescate de la pequeña la hizo estremecer. Aspiraba a que los contratiempos fueran parte del pasado y que los caminos legales resolvieran la situación.

Suspiró al recordar las palabras de su notario: "No le pida a la Justicia lo que por definición lleva tiempo, señorita. Recabar datos, contrastar información, escuchar las distintas versiones, decidir… ¿Sabe usted cuantas horas insume eso? Son cuestiones vitales que no pueden dirimirse a la ligera"

Dos campos de batalla legales tenía abiertos en este momento: la tenencia de Florencia y el recurso de recusación interpuesto por su tío Esteban en relación al testamento que la nombraba como heredera de su abuelo Ramón Del Valle.

No la iban a vencer así nomás, claro. Estaba dispuesta a ir hasta las últimas consecuencias en ambos casos. Claramente, empero, el asunto que la tenía ahora en Tribunales era bastante más engorroso y complejo. No tenía vínculos familiares con Florencia, más allá del cariño inconmensurable que las unía y su intención de hacerla parte del hogar que estaban construyendo con Santiago.

Al comienzo la había socorrido procurando darle unos días de contención y pensando buscarle luego un lugar donde sus necesidades fueran mejor atendidas. Donde le dieran cariño, apostaran a su educación y a su formación integral. El tiempo que habían compartido juntas hizo surgir un cariño recíproco y potenciaron sus intenciones de mejorarle la vida. Sumado a esto, las visitas a lugares de acogida factibles para Florencia le hicieron ver que las opciones existentes no cumplían sus expectativas, para nada.

La idea que el Centro de ayuda que ella pretendía fundar tenía que ser una opción mucho mejor para niños abandonados o violentados la desvelaba y atormentaba a la vez, pues apenas lograba avanzar entre la marea de trámites. Poco a poco la solución se fue haciendo clara en su cabeza: ¿y si adoptaba a Florencia, si la hacía parte de su vida? ¿Estaría ella dispuesta? ¿Habría posibilidad real? ¿Querría Santiago?

La certeza que el destino más afortunado de la niña estaba con ella se hizo cada vez más fuerte y arrasó con las dudas que pudiera tener. "Aprenderé a ser madre. No sustituiré a la de ella, creceremos para formar una familia". Al plantearle el asunto a su amante lo hizo con cierto temor y reticencia: temía que la relación se lesionara o resintiera ante sus deseos, pero encontró en él absoluto e incondicional apoyo.

Es que Santiago se había prendado de la niña, que era encantadora, y conocer de primera mano el entorno que la había rodeado lo había hecho convertirse en su incondicional guardián. Compartían gustos por los dulces, películas de acción y los dibujos animados, las hamburguesas y las gaseosas.

Estaban aprendiendo a convivir y a dejar sus soledades a un

costado; la situación los había hecho transformarse de individualidades a un colectivo, y lo hacían por elección y con gusto. Aquí estaba ella ahora, teniendo que explicar a un magistrado que los lazos del amor eran grandes, que estaban dispuestos a acompañar a Florencia en el camino de crecer, que tenían los medios económicos, que el contexto del que la sacaban era tremendo.

“Basta, deja ya de preparar el discursito. Todo va a fluir, no es la primera vez que debes declarar en una instancia así”, se conminó. Realmente había tenido que pronunciarse ante un Juez en dos o tres casos previos, pero como técnica social, con una desinteresada y objetiva mirada sobre la vida de otros. Acá su implicancia era total.

Justo entonces vio que la puerta por donde debía ingresar se abría e hizo ademán de incorporarse. Decir que quedó absolutamente estupefacta es poco. Quien salió de charlar con la jueza era Marcela, la abuela de la niña. La reconoció inmediatamente, más que nada por la mirada y el gesto de su boca, pues el resto de ella parecía otra. Las coloridas y ajustadas ropas que solía usar no estaban, tampoco el maquillaje espeso y sus cabellos lucían brillosos y peinados con sencillez. Una blusa y una falda de buen corte se complementaban por unos zapatos chatos que hacían juego con su cartera. Nada de excesivo valor pero si había gusto y estilo en su vestir.

Venía acompañada por uno de los alguaciles, que la guió hacia la salida. Al pasar a su lado torció el gesto y lanzó una sonrisa desdeñosa.

—¿Sorprendida, eh?—le espetó—. Tal vez creía que se saldrían con la suya y me arrebatarían a mi nieta así como así. Pues aquí estoy para dar la pelea.

Antes que pudiera emitir sonido la mujer fue conminada a moverse por el alguacil que custodiaba el ingreso y egreso de los testigos y comparecientes. Le costó recomponerse por la sorpresa recibida. Tontamente había imaginado que solo sería ella quien estaría, olvidando el principio básico de la contrastación de testimonios.

Se rehízo y respondió con un gesto de asentimiento al llamado

del guardia. No importaba cuánto tratara Marcela de cambiar su apariencia: su esencia no podía modificarse y no era buena. “De seguro a la larga la verdad y el interés de la niña prevalecerán”, se dijo buscando animarse.

El despacho era bastante imponente y así le pareció también la magistrada. No la conocía previamente, aunque si tenía referencias de ella. “Severa y dura” eran los calificativos que habían mencionado sus colegas del centro comunitario del Tepito. Algunos habían sufrido su afán por el detalle y el método y no pocos casos habían sido desestimados por saltearse alguno de los procedimientos legales, aunque fueran nimios.

—Adelante, señorita. Tome usted asiento por allí que enseguida la atiendo.

Se acomodó en uno de los sillones y esperó el inevitable cuestionario. Rodeó el lugar con su mirada e intentó calmarse. “¿Debería haber venido con su abogado? ¿Sería buena cosa haber asistido sola?”. Los nervios la mataban.

—Bien, Asunción. Empecemos. Primero que nada algunos datos básicos que quiero corroborar y luego avanzaremos sobre sus intenciones. Usted trabaja como voluntaria en el centro de asistencia social del Tepito, por lo que entiendo.

—Bueno, tengo un puesto como trabajadora social que gané por concurso hace algunos años. No soy nueva en el lugar, si es nueva mi condición de voluntaria…

—¿Cómo es eso?

—Dado que mi situación económica me lo permite en estos últimos tiempos y que los insumos son siempre valiosos y escasos en el lugar, decidí que mi salario sería donado mensualmente para el mejor desempeño del lugar. Al menos para comprar alimentos o libros.

—Muy encomiable—soltó con cierta frialdad—. Bien, continuemos. Es en el contexto de su trabajo que conoció a la familia Ruiz.

—Así es. De hecho conocí a Florencia, que se acercó al Centro buscando alimentos y atraídas por los juegos y ayuda escolar que organizamos para los niños del barrio. Es una forma de contactarlos y

potenciarlos.

—¿De qué tiempo estamos hablando?

—Dos años. Ella tenía cinco. Al transcurrir las semanas nos fuimos enterando de su vida y sus necesidades. Por relatos propios o de compañeros. Cuando desaparecía nos preocupábamos y buscábamos traerla nuevamente. En esas ocasiones conocí a su abuela Marcela.

—Ahá. Y dígame, ¿qué diagnóstico hicieron ustedes como técnicos y en qué elementos se apoyaron?

Mentalmente suspiró y maldijo la pérdida de tiempo que todo esto suponía. Lo tenía todo escrito en el expediente, estaba segura.

—Es una niña sin contención ni red de protección familiar. La única referente que tiene es su abuela, que la tiene en su casa ya que la madre la abandonó y no se supo más de ella. Marcela la obliga a mendigar y la más de las veces la niña apenas come y no asiste a sus clases.

—Esto es de acuerdo a relatos de testigos.

—Sí: vecinos, maestros, la propia niña.

—La señora argumenta que la niña se escapa a veces cuando ella debe salir a trabajar.

—Marcela no tiene trabajo estable: de hecho es vox populi que se dedica al tráfico de drogas al menudeo en el barrio y que regentea un local de prostitución.

—He leído esas acusaciones sí.

—Tiene denuncias varias por esa causa, además de las que realizamos nosotros y el centro escolar por no cumplir los deberes inherentes a su condición de tutora de la niña.

—Ella sostiene que todo eso es una campaña de desprestigio de usted en su contra—soltó la magistrada mientras la miraba fijamente.

Esto la hizo atragantar de sorpresa y luego sintió el rubor que la furia pintaba en su rostro. No podía acreditar tamaña mentira; lo veía como algo producto natural de la naturaleza torcida de Marcela, pero que la jueza cayera en su juego era inconcebible.

—¿Campaña? Tengo varios asuntos más en mi cabeza y en mi vida que requieren mi atención. No tengo espíritu para ello ni

necesidad. La forma en que esta mujer ha actuado con su nieta es evidente en las acciones y en las denuncias repetidas a lo largo de los años. No soy yo la que lo señalo solamente, hay infinidad de testigos —cerró con fastidio.

—La señora pone como ejemplo de sus intenciones la forma clandestina e ilegal en la que su nieta fue sustraída del lugar en que ambas vivían.

Tragó saliva mentalmente. Sabía que esto iba a contar en contra, aún a pesar que fue lo único que pudieron hacer para salvar a la niña de un destino seguro de prostitución y abuso. No se arrepentía para nada, ocurriera lo que ocurriera. De no haber actuado no estaría hoy aquí, peleando por la custodia.

—La señora olvida la parte en que ella misma sacó a su nieta de la escuela en contra de lo que se había decidido por la fiscalía y la llevó a un prostíbulo del Tepito.

—Niega eso.

—Pues la Policía tiene el detalle de lo sucedido ese día y la misma declaración de la niña lo corrobora.

—El inconveniente que veo en ese procedimiento es que no se actuó de acuerdo a las jerarquías. De hecho consta en actas que dos agentes extranjeros actuaron de forma irregular, por fuera de todo protocolo.

—Uno de ellos es mi compañero. Actuó ante mi desesperación pero también autorizado por sus jefes, ya que había asuntos de drogas involucrados.

La magistrada meneó la cabeza mientras continuaba consultando el legajo donde constaba toda la información.

—Y ahora quiere usted la custodia de la niña. ¿Entiende usted lo irregular del pedido?

La sobresaltó un poco la brusquedad que sintió en el tono de la mujer. No supo si el impacto que le produjo verla a Marcela tan cambiada o por sus propios temores, pero sintió predisposición de su parte.

—No sé si irregular. Pero el cariño que le tengo y ella a mí, su falta de vínculos amorosos y su pasado complicado me hacen querer

brindarle una familia y darle las oportunidades que todo niño merece.

—Me refiero a que existe un vínculo familiar formal fuerte, su abuela, aunque se deberá estudiar mejor si es el adecuado. Además de eso, las condiciones de la adopción son bien estrictas: es necesario un estudio bien pormenorizado del hogar que lo solicita. Y veo que usted no es casada y no tiene historial dentro del padrón de personas interesadas en adoptar. Hay un registro para respetar.

—Entiendo eso y no es mi intención para nada pasar por encima de nadie. Quiero recorrer el camino que sea legal y necesario, por eso estoy aquí. Pero como persona vinculada a estos temas también tengo claro que la mayoría de los hogares que quieren adoptar prefieren bebés y menores del año. Por prejuicios acerca de su crianza previa o por lo que sea. Las chances no están a favor de Florencia en ese sentido y eso le implicaría meses y tal vez años en centros estatales hacinados y sin cariño familiar.

Tal vez su encendido discurso sonaba un tanto desproporcionado ante los ojos de la jueza, pero era lo que sentía y sabía.

—¿Y con relación a su pareja?

—Tenemos una relación estable. Es un agente de la DEA estadounidense.

—¿No reside aquí en México entonces?—preguntó quitándose los lentes.

—Sí, de hecho hace tres meses exactos que fue trasladado a las oficinas del Distrito Federal. Tenemos planes a corto plazo de formalizar nuestra relación.

Dijo esto de forma irreflexiva y tratando de dejar una imagen de hogar absolutamente normal y establecido. La verdad es que nada de esto había sido hablado aún. Su relación era maravillosa, pero el tema no había surgido.

—Bien, bien. He escuchado con atención sus palabras, tengo ante mí los papeles que certifican su petición formal de tenencia. Por ahora es todo.

La despedida sonaba abrupta y la dejaba con más dudas aún. Pero sabía que tenía que hacer de tripas corazón y esperar. Se levantó

y saludó con un ademán a la jueza, que ya estaba mirando otro expediente. Otro caso, otras vidas.

DOS.

Santiago terminó el informe que estaba realizando luego de dura lucha contra el ordenador. El trabajo administrativo no era lo suyo; en épocas anteriores siempre que una misión terminaba alguien más del equipo realizaba los correspondientes memos detallando la misma. No habían sido pocas las oportunidades en que David, su compañero más habitual en las tareas, se quejó jocosamente de ello.

"Pues ahora no hay otra opción", se dijo. No porque las tareas de investigación o los operativos faltaran: de hecho estaba en uno de los lugares ejes del tráfico y la lucha contra él. México y Colombia eran los dos principales centros de distribución de la droga y por tanto siempre había actividad. Pero si comparaba su rol con el que había desempeñado hasta hace algunos meses, las diferencias existían. Las exigencias y los peligros eran menores, lo burocrático era mayor.

No lo lamentaba: había conseguido el traslado que solicitó y agradecía eso a su superior. Esto le permitía estar con Asunción y alentaba sus expectativas de formar una familia en el largo plazo. Era extraño como la visión que tenía de su futuro había cambiado en los dos últimos años. De ser un soltero empedernido, solitario y aventurero, había pasado a ser un hombre comprometido. "Y hasta con hija postiza", bromeó internamente.

Su mente se perdió por unos momentos rememorando las incidencias de los últimos años. La misión que lo había llevado a la Hacienda Santa Isabel como agente encubierto y que lo tuvo dos años en la tarea había derivado en la custodia de Asunción al morir su abuelo. "Esto fue lo mejor que nos pudo haber pasado", pensó.

Parecía extraño decirlo si hacía una cronología de los sucesos y problemas que habían enfrentado: la lucha contra un cártel de la droga que tenía alianza con la propia familia de Asunción, el intento de asesinato de esta. Luego, cuando su romance apenas comenzaba a consolidarse, la sensibilidad de su mujer ante la desgracia de Florencia los enfrentó con maleantes que casi acaban con su vida. Recordar los balazos recibidos y la paliza a su cuerpo le hizo tocarse la pierna. Aún

le dolía.

Pero la vida y el amor primaban y aquí estaban: felices, amándose y buscando adoptar a Florencia. Todo a una velocidad de vértigo analizado desde afuera, pero en sus vidas parecía fluir con absoluta naturalidad. Se amaban, adoraban a esa chiquilla y querían darle lo mejor. ¿Qué era más natural que eso?

No ignoraba que esa no era una tarea fácil y esto le recordó que su mujer tenía hoy la primera audiencia por la custodia. Esperaba que todo hubiera ido bien; el nerviosismo de ella había sido evidente en su malhumorada contestación mañanera. Estaba aprendiendo a conocerla, sus estados de ánimo y sus emociones.

Parecía que la hubiera invocado, pues la recepcionista le avisó en ese preciso momento que estaba esperando por él. No era habitual que fuera a buscarlo y esto hablaba de su ansiedad por compartirle alguna novedad. No bien la vio notó la contrariedad retratada en el mohín de su boca y el entrecejo fruncido. Ella vino hacia él con rapidez y lo abrazó.

—Vine por ti, no aguantaba contarte por teléfono. Estoy un poco desanimada, la charla fue seca y no saqué nada en limpio.

Interiormente no pudo más que reír. Era un torbellino de actividad y ansiedades. Planificaba y estructuraba las cosas buscando respuestas rápidas y a corto plazo.

—Amor, tú sabes bien que el procedimiento es este. ¿Qué pretendías, que la Jueza te escuchara y te entregara la custodia, embelesada por tu verborragia?—le bromeó.

—No seas así, claro que no. Pero me cuestionó duramente: mi interés, mis acciones.

—Es su trabajo, Asunción.

—Sí, claro, lo sé. Pero noto que está predispuesta.

No pudo evitar suspirar. Cuando su amorcito se liaba con una idea, esta no la abandonaba y monopolizaba su interés.

—Por favor, querida. No puedes sacar esa aniñada conclusión solo porque la magistrada no te brindó detalles. No te los puede dar, no debe tener nada claro aún.

—¡Es que no te dije lo más increíble! Estaba Marcela y por

supuesto argumentó que quiere a la niña y yo se la robé o algo así.

—¿Te extraña eso? Por supuesto que va a hacer todo lo que esté a su alcance para recuperarla.

—¡Estaba desconocida! Peinada de peluquería, vestida con sobriedad y hasta elegancia, te diría. ¡Toda ella transformada en la imagen de una abuela decente y honorable! No pudo disimular ante mí su mirada maliciosa, que mostró su real esencia, claro. Pero eso lo sé yo, no la Jueza.

—Todas las personas suelen vestirse con sus mejores ropas cuando van a instancias formales o fiestas. No me llama la atención.

—Sí… Pero no sé, intuyo algo raro.

—¿Cómo qué? Por favor, no te enrolles—le suplicó—. Venga, es hora de salir y oxigenarnos. Olvídate de ella y de la Jueza. Vamos a disfrutar de nuestros momentos sin contaminarnos.

Tomó su barbilla y le dio un beso suave, al que ella respondió con ganas y fuerzas. No pudo evitar abrazarla y apretar el contacto. Le encantaba tenerla entre sus brazos, disfrutaba de la sensación de paz que eso le significaba. La rodeó luego por la cintura y avanzaron hacia el coche.

—Asu—le comentó de pronto al recordarlo—. Mañana viene David a México. Acaba de terminar una de sus asignaciones y tiene unas semanas libres.

—Y el pillín viene a ver si tiene suerte con Alejandra—contestó con picardía.

—Así es. Sabes que ha quedado prendado de ella. Lástima que Alejandra no parece tenerle la misma estima. David es un tipo genial.

—Sí, se portó maravillosamente conmigo. No tengo palabras para agradecer cómo te cuidó y el hecho que te salvaste gracias a él.

—Bueno, pues mañana lo tenemos aquí y una buena forma de retribuirle es facilitarle las instancias con tu amiga—la instó y ambos rieron—. A lo adolescente, el popular “gancho”.

—No tengo problemas y sé que Alejandra disfruta con su presencia. Lo que ocurre es que está algo liada con Pedro. Pero no está mal que le ampliemos las opciones. ¿Qué hacemos?

—Se me ocurrió algo divertido que a todos nos va a encantar y

sobre todo a Florencia. Hace tiempo que quiero conocer la zona turística de Xochimilco y ya hice los contactos para pasar un día de aventuras.

—¿Tienes todo arreglado entonces?

Asintió. La verdad es que les venía bien a todos disfrutar del aire libre y de algunas de las delicias culturales que el DF tenía para ofrecer.

Florencia ya los estaba esperando dispuesta a contarles hasta el último detalle del día escolar, cosa que se había convertido en una rutina. Alentaban eso ya que a la niña le gustaba tenerlos al tanto de todo y presumir de lo bien que le iba. Era muy inteligente y absorbía los conocimientos con una rapidez asombrosa, algo que los docentes ya les habían comentado. Había superado con creces la desventaja que la poca asiduidad de los primeros años había ocasionado y era en esos momentos una de las mejores de la clase.

No era un logro menor considerando que provenía de un contexto donde aprender importaba poco, pero lo que ambos veían con placer era que la pequeña atesoraba los nuevos conocimientos y cada instante que la vida colocaba ante sus ojos. Precisamente por ello las nuevas experiencias la ponían tan feliz.

Lo que disfrutó durante su estancia en la Hacienda Santa Isabel fue indecible; fue como entrar en una dimensión desconocida para ella. Campo, animales, actividades agrícolas: todo era nuevo y lo experimentó con fruición. Todo el personal disfrutó de su presencia y su curiosidad, así como su temeridad: no dudó un segundo en aprender a montar, arrear ganado con los peones, cocinar con María y tanto más. Las semanas que permanecieron allí fueron un total y absoluto gozo; les permitió oxigenarse y olvidar malas experiencias.

Al regreso, la mudanza del coqueto barrio de Polanco les llevó el tiempo y el stress que todo movimiento grande ocasiona. Hubo que trasladar lo que tenían y adquirir nuevos muebles y enseres, considerando que ahora eran tres donde antes solo era Asunción. La nueva casa era cómoda y agradable sin ser aparatosa, en un barrio no tan exclusivo pero si muy tranquilo. Florencia tenía su propio cuarto, situación que le parecía increíble. Le habían acondicionado un espacio

para sus tareas y juegos y se sentía una reina.

No tardó Santiago en contarle lo que tenían dispuesto para la siguiente jornada y esto puso a la niña en actividad.

—¿Xochimilco? Nunca he ido, pero el otro día la maestra nos habló de ese lugar. ¿Tiene mucha agua, verdad?

Se miraron y sonrieron. Seguramente le iba a encantar el lugar.

—Ya verás. Guarda tu curiosidad que mañana será saciada. Hoy iremos a aprovisionarnos para una jornada al aire libre. Debemos comprar comida extra, sabes lo que come el glotón de David.

—¿Viene de visita? ¡Me encanta, David relata unos cuentos buenísimos!

Él torció el gesto y sonrió. La verdad es que su colega a veces tenía salidas graciosas, pero en general sus chistes eran sosos, hecho que las dificultades que el español le ocasionaba empeoraban. Sin embargo todas las mujeres reían como chifladas cuando él contaba sus anécdotas. "¡Mujeres!", pensó.

—Pues sí, querida—agregó Asunción—. Iremos con Alejandra también, vamos a ser una banda.

—¡Buenísimo! Tal vez Ale y David puedan ser novios ¿no creen? Yo creo que a él le encantaría, la mira muy bobito.

No pudieron contener la risa ante el inocente comentario de la niña. Totalmente en el clavo, precisa en su observación.

—Nada de decir eso delante de ellos, nena—advirtió Asunción —. Mira que los vas a poner incómodos.

Florencia asintió con picardía. Realmente no se le escapaba nada.

Preparar todo para el otro día llevó su tiempo y pronto Florencia se fue a dormir. Se acostaba temprano pues tenía actividades variadas: colegio, gimnasia, estudiar Inglés con una profesora que le habían conseguido que tenía una paciencia enorme, ya que los lenguajes no se le daban bien.

Una vez solos, sirvió bebidas y ambos se sentaron abrazados en torno al fuego. Tenerla en sus brazos era siempre la mejor parte del día y así se lo susurró al oído, provocando su mirada encendida e incitando al beso. Sus bocas se exploraron y ella mordisqueó su labio

superior, para luego pasar su lengua por él. Pronto el contacto se hizo más ardiente y provocador y las manos recorrieron los cuerpos sin recato, hundiéndose con malicia por las zonas más íntimas.

—Santiago, paremos un poco que Florencia puede levantarse.

—Vamos a la habitación, mi amor. Me provocaste y sabes que no soy hombre que se resista a ti—le dijo con ansias.

El hambre mutua no se consumía a pesar del tiempo que llevaban juntos y de las veces incontables que habían hecho el amor. El deseo estaba siempre a flor de piel y la pasión brotaba de cada poro de ambos.

Él la tomó en sus brazos y la trasladó al lecho sin dejar de besar su cuello y labios; ella respondió con igual ardor y pronto estaban unidos como si fueran un solo cuerpo, deshaciéndose torpemente de sus ropas, vana barrera que siempre duraba poco entre los dos.

Las manos blancas y suaves de Asunción lo recorrieron, acariciando su espalda desde el cuello al coxis, rodeándole las caderas con sus piernas. Él lamió sus pechos con el apetito de un salvaje atormentado por días sin alimento, succionando con suavidad los pezones, obligándola a emitir grititos de placer. Sabía que era una de las zonas más erógenas de su mujer y disfrutaba de proporcionarle placer.

Sus dedos descendieron luego hasta su vagina y comenzaron una danza sutil sobre el clítoris, lo que pronto derivó en la humedad de la zona. Esto lo encendió y su miembro se tensó como un poste. Ella lo tomó con una de sus manos y suave pero firmemente lo acarició, cambiando rápidamente su posición para aproximar su boca y efectuar con ella el mimo más sublime. El placer era intenso, tanto que apenas podía esbozar quejidos.

Cuando no resistió más, la levantó en andas y subiendo sobre ella la penetró, hundiéndose en la tibieza acogedora de su sexo. Presionó y empujó a un ritmo creciente, incentivado por los suspiros de su amante, que pedía más y más de él, hasta que alcanzaron la cima del placer.

La calma tardó en llegar y los encontró en silencio, abrazados. Entonces, rompiendo el mágico momento, Asunción le formuló una



pregunta a quemarropa que lo desconcertó al comienzo.

—Santiago…

—¿Sí?

—De ser necesario, ¿te casarías conmigo?

Se elevó recostándose sobre uno de sus codos, extrañado por el momento que ella elegía para hablar de esto.

—¡Siempre soñé con este momento, querida! Pero en mi mente tú estabas con un anillo arrodillada ante mí, suplicándome te acepte—le bromeó.

—No te burles, te lo pregunto en serio—se enfadó.

Se puso serio ya que veía que la pregunta venía por algo concreto y eso la preocupaba.

—¿Qué bichito te picó? Nunca antes te había preocupado ese tema. O al menos no me comentaste nada.

—Lo sé… Es que la Jueza me dijo hoy que no tener una familia legalmente constituida me puede afectar en el juicio por la tenencia.

—No necesito pensarlo mucho. No tendría problemas en casarme. Creo que estamos bien así pero si es necesario lo hacemos.

—No quiero que sea una obligación.

—Nada que me una más a ti lo es. Estoy contigo en cuerpo y alma, no me asustan los compromisos de papeles. Y la tenencia de Florencia puede ser una excelente excusa.

Notó que ella aflojaba su cuerpo ante su respuesta. Evidentemente era lo que esperaba y le alegró que pudieran conectar tan bien. No era la más romántica de las declaraciones, aunque sin duda era original.

Pero podía mejorar. Se levantó y le tendió su mano, forzándola a incorporarse. Luego se arrodilló ante ella y tomó su mano, mirándola directamente a los ojos.

—Asunción, ¿quieres unirte a mí en matrimonio, me amas tanto como yo a ti?

Ella le sonrió y le acarició el cabello y la mejilla.

—Sí y sí.

Suavemente se levantó y la abrazó. Sus destinos eran uno y esto cada vez se afirmaba más.

TRES.

Alejandra terminó de dar los últimos retoques a su peinado, más que nada para sujetar su frondosa cabellera negra que se resistía empecinada a mantenerse prolija. Suspiró y se encogió de hombros. “Ni modo”, se dijo. “Así se queda. ¡Qué tanto preparativo para ese americano te traes, chiquita!”.

La verdad es que se alegraba mucho de verlo nuevamente. Se habían conocido en momentos muy tensos y serios, nada menos que el secuestro de Florencia por su abuela, y habían colaborado en el posterior rescate.

Las semanas compartidas esperando la recuperación de Santiago de sus heridas de bala y apoyando a Asunción les había permitido generar un vínculo de simpatía y agrado, que sabía podía fácilmente derivar en una aventura y un romance. Todos los ingredientes estaban dispuestos: se gustaban a rabiar y él no había tenido empachos en dejarlo claro; era soltero e independiente; un hombre con todas las letras.

Ella no podía negar que se sentía fuertemente atraída por ese enorme agente, tan varonil y gentil. Un “ejemplar” de los que quedaban pocos: autosuficiente, con trabajo, culto, cosmopolita, algo tosco pero amable y generoso. Y sin embargo… ¡Ahí estaba ella prendida a la idea e imagen de Pedro, el primo de Asunción!

Así había sido desde que lo conoció en la hacienda Santa Isabel, aquella fatídica tarde que casi les cuesta la vida a todos a manos de los sicarios de la mafia de la droga de Jalisco. La había impresionado primero la actitud de defensa de su prima, el que permaneciera junto a ella aún frente a la amenaza de muerte, el que desafiara a su propio padre en el proceso. Luego la había seducido su imagen de belleza serena; era sin duda un hombre de facciones refinadas y delicadas. Un hombre que amaba el arte y buscaba su camino en él; sus obras pictóricas eran de una sensibilidad extrema.

Mas lo que sin dudas la había pegado a él era su lucha por

realizarse, por desprenderse de la figura paterna, que lo marcaba como una cruz. Un padre que no aceptaba su camino, que lo veía débil y que muchas veces lo usaba para sus propios propósitos.

Esa ambivalencia entre lo que quería ser y lo que le quería demostrar a su padre lo había precipitado al consumo de drogas. Precisamente en el camino de la desintoxicación había sido ella su bastón y su roca, dándole ánimos, impulsándolo cuando caía, alentándolo cuando flaqueaba.

En el período, sus sentimientos habían ido profundizándose; se sentía fuertemente atada a él, a sus problemas e inquietudes. No ignoraba que esto no era del todo saludable, ya se lo había cuestionado varias veces.

Ella quería un novio, un amante, un compañero. Él, la más de las veces, se comportaba como un hijo rebelde y quejica. En esas ocasiones se sentía arder de fastidio y deseaba darle alguna bofetada para despertarlo. Se alejaba entonces algunos días y siempre era él quien como pollito mojado la llamaba y la re conquistaba, para luego enrostrarle cariñosamente que lo tenía abandonado.

Cuando hacía estos análisis profundos de la actitud de aquel y la suya propia, sentía que era hora de definiciones y de enfrentar las cosas, pero posponía la decisión que internamente sabía era saludable para ella.

Precisamente fue lo que hizo ahora. Apartó sus ojos verdes del espejo y se concentró en el paseo que estaba a punto de disfrutar. Agradecía a sus amigos que la invitaran a formar parte de su vida, ahora que parecía felizmente encarrilada.

"¡Tanto lo merecen, ha sido largo y doloroso el camino para Asunción! La familia y la vida que le tocó la colmó en lo financiero pero la alejó del amor y el cariño" pensó. No es que ella misma hubiera tenido una infancia esplendorosa, pero elegía no quejarse y sí valoraba el apoyo incondicional de las tres o cuatro personas que la habían criado o estimulado a ser alegre, recta, a educarse, a jugarse por lo que soñaba. Sacudió las reflexiones y depuró su mente; quería disfrutar de un día maravilloso por el Xochimilco: hacer de turista, comer rico, charlar largo y tendido.

Cuando emprendía el camino recibió la llamada de Pedro. Hacía al menos una semana que no se veían ni hablaban, pues la última vez habían chocado por la decisión de aquel de retomar sus estudios de abogacía. Ella sabía que detestaba eso y que lo hacía únicamente porque Esteban, el padre, lo estaba asediando con el tema. No lograba entender como ese hombre no podía permitir que hiciera su camino; apostaba a que era por una cuestión de control y de orgullo. Poder exhibir ante el mundo que era el patriarca y decidía lo bueno y lo malo para su familia.

—Hola, Ale. ¿Ya estás de mejor humor?—le señaló.

—Pedro…—tuvo ganas de pegarle dos gritos. El solía considerar sus opiniones (especialmente si eran contrarias a su gusto) como problemas de humor.

—Sí, ya sé, querida. He sido un tonto cabezón. Ni siquiera sé que estaba pensando. Claro que tú tienes razón, si yo detesto las leyes. Ya dejé de lado esa idea.

Suspiró para sus adentros. Ahí estaba la que debía ser la décima marcha y contramarcha del año, pero al menos esta parecía más acorde a sus reales intereses.

—Ale, no creas que no sé que a veces me convierto en un peso para ti. No pretendo serlo, por el contrario. Me gustaría que tú puedas contar conmigo de forma incondicional. A veces me pierdo tanto en mi mundo y mis problemas que dejo de lado que los demás también tienen su vida y sus asuntos.

Esto último terminó de ablandar su ánimo.

—Tranquilo, Pedro. Somos amigos y a veces entre los mismos surgen los desacuerdos.

—Tú eres mucho más que una amiga para mí y lo sabes, Alejandra.

Esta declaración y el tono con que la dijo la alegraron.

—Tú también significas mucho para mí—contestó con suavidad.

—Quiero compensarte por el tiempo que has perdido en mí. ¿Qué te parece una invitación a cenar, los dos solos?

—Me encanta—aseguró.

—¿Hoy?

Era algo apresurado, seguramente los paseos la iban a agotar. Pero tenía ganas de explotar esa veta diferente que él sugería para su relación, así que concretó sin dudar.

Con mucho mejor humor del que había comenzado el día arribó a la casa de sus amigos, para encontrarlos ya preparados cual banda de adolescentes con canasta de picnic y todos los enseres para pasar un día increíble. Florencia corrió a besarla y la atosigó con preguntas e informaciones de sus últimas andanzas.

—Pero Flor, ¡nos vimos hace cinco días! ¿Tanto nuevo tienes para contarme?—rió.

Mientras avanzaba hacia la entrada saludó alternativamente a Asunción y Santiago, para luego encontrarse frente a David. Este sin dudar la tomó por los hombros y le estampó un beso suave en la mejilla.

—Mi “dear” Alejandra, qué placer siento de verte. No era lo mismo sin ti mi “life”.

—Me imagino—le señaló jocosamente—Veo que tu español sigue dejando que desear.

—Lo sé, lo sé—sonrió él—. Pero tú me entiendes tan bien. Somos como dos mitades…

—Ya, ya—cortó divertida Asunción, que notó que ella se revolvía nerviosa.

Es que David no tenía ningún prurito en señalar a viva voz su interés porque su relación pasara a otro nivel. Lo decían sus palabras y también sus ojos, que recorrían su cuerpo sin ninguna consideración por el recato. “Sigues siendo un mirón, agente” pensó.

Estaba aún más atractivo, si cabía. Le encantaba su tamaño de gigante (al menos a su lado), sus trabajados músculos, la masculinidad que emanaba de cada uno de sus poros. Sin ser un hombre oficialmente bello, tenía un potente imán. Sabía que no era algo que le ocurriera solo a ella: durante la estancia que compartieron en el hospital, varias enfermeras se derretían por su mirada y charla. No dejaba de ser halagador que la apreciara.

—Bueno, dejemos la cháchara—agregó Santiago—. Acá nuestra

guía oficial les va a contar como vamos a proceder.

Le cedió el lugar a la niña, que alegremente les comunicó que iban a emprender camino hacia la zona de Xochimilco y que ella les iba a ir informando de todo. Asintieron seriamente y ella tomó la delantera.

—Vamos en el vehículo de Santiago, deja el tuyo Alejandra. Una vez allí, nos espera una sorpresa.

Efectivamente, la pequeña fue contando en el camino la historia del lugar y su evolución, tal como había estudiado en el colegio. Al llegar a la zona de los canales, su discurso se fue entrecortando porque comenzó a verse maravillada por las novedades que ella y Santiago habían reservado.

La mejor forma de disfrutar del lugar y recorrer morosamente las distintas partes y el paisaje era rentando una de las trajineras, embarcaciones adornadas con múltiples colores y formas. La que lograron alquilar tenía primorosamente talladas flores y animales en la portada de su nombre.

Ambos agentes adoraban navegar y pronto estaban imbuidos en la tarea de guiar la embarcación hacia cada uno de los nueve embarcaderos donde había tienditas de productos típicos. Los colores y la música invadían todo: alegres mariachis, norteños, marimbas, llenaban el aire y el día de alegría.

Luego de mucho rato de disfrute y risas, dispusieron todo para comer en una zona bien concurrida por familias, que preparaban sus mesas con asadores. Dieron buena cuenta de los alimentos y bebidas con calma, ambientados por la charla de David, que había tomado la batuta de la conversación y relataba sus famosos episodios como agente. No pudo evitar sonreír.

—Tal parece, querido David, que Superman o el Hombre Araña son principiantes a tu lado.

—Pues no sé si tanto—le señaló él sin arredrarse—pero te aseguro que más de uno queda “small”, pequeño, a mi lado. ¿Les conté cuando me enfrenté solo y sin armas a una peligrosa banda…?

Florencia lo escuchaba embelesada y pedía más y más detalles. Al rato ambos hombres la acompañaron para dar un paseo a caballo.

Esto dio oportunidad para la charla de las amigas.

Asunción le relató lo sucedido en la Corte y la sorprendió. Las últimas semanas había ido dejando de lado la figura de Marcela, que tan presente había tenido luego del rescate de Florencia. Creía que iba a ir a ella a recriminarle por lo ocurrido, ya que Asunción no había vuelto por el barrio del Tepito ni pensaba hacerlo, al Centro donde había trabajado. No por falta de interés sino por seguridad.

Sin embargo lo que pensaba no sucedió y la mujer desapareció: ninguno de sus habituales vecinos la había visto.

—No te inquietes, amiga. Podrá disfrazar sus intenciones una o dos veces, pero al final no va a poder esconder la podredumbre de sus acciones y carácter.

—Sí, eso espero. Me espera un largo camino en lo judicial. Entre mi adorado tío y Marcela me van a tener entretenida—suspiró.

El retorno del ruidoso equipo hizo que la charla variara y diera paso al disfrute.

Algunas horas más tarde se encontró despidiéndose de todos. Cuando ya se subía a su vehículo escuchó el llamado de David, que se aproximó y la miró.

—Hemos pasado un día “wonderful”, maravilloso. Pero me encantaría que pudiéramos vernos y charlar.

—David…

—Como “friends”, mujer. Voy a estar varios días y necesito una guía por acá. Nada raro, I promise!

La miró con una cara de santo que sus ojos desmentían, pero no pudo hacer más que reír.

—Está bien, nos hablamos y creo tu promesa. ¿Dónde estás hospedado?

Le tendió con rapidez la tarjeta del hotel y la guardó.

—Bien, me llamas y hablamos, ¿vale?

Se despidió entonces y marchó. Debía prepararse para su cita con Pedro; hacía buen rato que pensaba que tal vez hoy era el primer paso de la relación hacia un estado más serio.

Se duchó y se vistió eligiendo sus prendas con cuidado. Normalmente se vestía deportiva y sin grandes aspavientos. Le

gustaba verse natural. Pero esta vez iba a apostar a su costado sexy.

Era probable que la falta de arrojo de Pedro se debiera a que ella misma actuaba como una madre. Tenía que demostrarle que estaba dispuesta a más, que no solo era su apoyo sino que era una mujer, deseable y deseosa de concretar algo más con él. Así que se puso un escotado vestido negro que dejaba ver el inicio de sus senos, se perfumó con la fragancia que adoraba, dulce y envolvente, y dejó caer su cabello en libertad.

Sabía que podía causar una impresión perdurable si se lo proponía. No le gustaba hacerlo generalmente, pero esto era distinto. “Me voy a la caza”, sonrió “Qué zorra te pones, Alejandra”, se musitó frente al espejo.

Pedro la pasó a buscar puntual y vistiendo bastante descuidado, lo cual la incomodó.

—¿Estoy vestida muy formal?—le señaló.

—Estás preciosa, querida.

Le dio un beso en la mejilla con rapidez.

—Sube, vamos a un sitio que me encanta. Beberemos y charlaremos, nos lo debemos.

Decir que se decepcionó al llegar al lugar es poca cosa. No era una obsesionada por el lujo, pero nunca imaginó que la llevaría a una taberna a acodarse a un mostrador, metida entre un grupo de rudos camioneros y mujeres charlatanas y gritonas.

—¿Qué te parece?—le gritó él—. Supuse que ibas a estar fascinada por lo típico del lugar.

Lo miró tratando que el fastidio y enojo no se trasmitiera a sus ojos. ¿Esa era la idea que tenía él de un encuentro? Había malinterpretado una vez más sus intenciones, evidentemente. La cansaba ese juego.

—Pensé que habías hablado de cenar los dos solos.

—Sí, ahora nos vamos a un reservado y comemos. ¡Esto es energizante!

Decidió hacer de tripas corazón y apostó a beber para hacer más llevadera la noche y el desencanto. Un buen rato después no aguantó más y le pidió para irse. Entre codazos y esquivando alguna

mano grosera que en el bullicio buscaba aprovecharse, salieron al exterior.

—Estoy cansada, Pedro. Me gustaría volver.

—¿No quieres ir a bailar?—se desilusionó él—. Mi hermana Sara nos invita a una disco del centro con sus amigos.

Definitivamente estaba loco. No la conocía más que por los relatos de él mismo y de Asunción y le desagradaba, aún cuando se repetía lo de no caer ante los prejuicios.

—¿Estás en contacto con ella nuevamente? Pensé que estaban distanciados por todo lo que te dijo luego que tomaste partido por Asunción.

—Sí, bueno, pero ella se acercó. Es mi hermana, después de todo. La familia tira.

Asintió y lo miró con fijeza. Decidió hacer un último intento. Se acercó con coquetería y lo abrazó. Él hizo lo mismo y estuvieron algunos minutos así. La falta de reacción la enojó pero escondió sus sentimientos. Pidió que la llevara a su casa.

“Un fracaso” se atormentó. “Una noche para el olvido. Una cita típica, como solo puede pasarme a mí. Me pinté un panorama que no era”.

A trompicones subió las escaleras y buscó las llaves en su bolso. Maldijo por lo bajo. No importaba el tamaño de la cartera, los objetos tendían a esconderse.

—Nadie diría que esas palabras provienen de una boca tan encantadora.

La voz la tomó por sorpresa y más aún ver a David recostado junto a la puerta de su apartamento.

—David…—trató de recomponer su postura un tanto afectada por el tequila—.¿Qué haces aquí?

—Pues me vi “alone”, solo y no pude menos que salir a pasear y casualmente pasé por aquí. He llamado pero claramente no estar… estabas.

—Sí, bueno, tenía una cita—le dijo mientras pasaba a su lado y lograba colocar la llave en la cerradura.

Abrió la puerta y miró hacia él.

—Entra, sería descortés de mi parte no invitarte ya que “casualmente” te has pasado por aquí.

El muy cretino asintió con gesto de inocencia. Dejó su bolso y se arrellanó en el sillón de dos cuerpos, invitándolo a hacer lo mismo.

—¿Me invitas con un trago?

—Sin dudas.

Se incorporó y avanzó hacia el modesto aparador. No era mucha su reserva de bebidas pero siempre algo tenía.

—¿Tequila?

—Yes, darling. Algo “strong”, fuerte, que me permita asimilar la impresión de una visión tan encantadora.

Sus ojos no paraban de recorrerla y desnudarla, se posaban en sus pechos con calma y allí a sus piernas. Le alcanzó con cierto apuro la bebida; su descaro la inhibía un poco y eso que ella no era de medias tintas.

—¿Para quién te vestiste tan “beautiful” y excitante, Alejandra?

Su voz sonaba algo más ronca y baja. No dejaba de observarla ahora.

—Bah, un encuentro. No resultó como esperaba.

Dijo esto con desencanto y mirando hacia un costado. De pronto lo vio junto a ella y se sonrojó.

—¿Y tú que esperabas?—le susurró.

—No, no quise decir…

—Apuesto lo que sea que el “dull”… tonto… con el que te encontraste no tiene ni idea de lo que se pierde. Eres una mujer irresistible.

—Por favor, claro que no. Para muestra basta un botón. Pedro…

—Pedro es el infeliz.

—No lo llames así—lo defendió con timidez.

—Mujeres… ¿Quién las entiende? Estás obviamente “angry”… enojada con él pero aún así lo cubres.

—Yo confundí…

—Alejandra, dejemos eso. Brindemos nosotros. Cheers!!

Le ofreció su propio vaso.

—No voy a tomar más, ya fue suficiente.

—La noche recién empieza. Comparte al menos un trago conmigo.

No pudo más que asentir. Se sentía cómoda a pesar que él era tan directo.

—¿Han tenido sex?

La pregunta la hizo atorar y no pudo evitar toser como una condenada.

—¿Qué dices, cómo me preguntas eso? ¿Estás loco?

—"Relax". Por lo que veo no.

—Me estás haciendo enojar, no corresponde que…

El discurso vehemente fue cortado por su boca, que cubrió sus labios y prácticamente los succionó. Quiso oponer resistencia pero luego aflojó su tensión y colaboró. "Dios, que rico se siente", pensó.

El fue poco a poco subiendo la apuesta y lo siguiente fue tomarla en sus brazos.

—¡Qué pequeña eres! Te puedo envolver con una mano.

Continuó besando su rostro y sus hombros, con lentitud, esperando su reacción. Ella se sentía tan a gusto que fue relegando la vocecita de su razón que la incentivaba a frenarlo, a pensar.

"Hace tanto tiempo que no me siento deseada, que no experimento esta sensación de calor y este nudo en la garganta". Sabía que la bebida tenía algo que ver, pero lo dejó hacer.

Sintió sus manos bajando el cierre del vestido y dejando al descubierto sus senos. Sabía que era uno de sus atributos más admirados y miró como sus grandes manos tomaban cada uno de ellos y rozaban los pezones. La electricidad que le produjo estas caricias en una de sus zonas más erógenas la puso en alerta máxima. Estaba absolutamente entregada.

Y entonces lo vio menear la cabeza, levantar el cierre y ayudarla a recomponer su vestido.

—¡Eres tan "beautiful", tan deseable! Me voy a retirar, if not… si no voy a hacer algo de lo que nos vamos a arrepentir. El día que concretemos, no quiero a nadie más que yo en tu cabeza. "Just me in your head and heart"[1]

No podía moverse, se sentía prisionera aún de sus sensaciones. Hubiera cedido con gusto a sus deseos, que eran en parte los suyos. Pero sabía que había razón en las palabras del hombrón; de alguna manera hubiera sido sexo por desquite y por rabia.

Lo admiró aún más por contenerse y respetarla cuando ella misma había bajado las barreras y dado libre acceso a sus intenciones. Demostraba su valía y su hombría.

“¡Maldito Pedro y maldita yo por ser tan cabezona! Un increíble hombre, que sería el sueño de cualquiera se interesa en mí y yo emperrada en una relación que parece ser solo mi esperanza”.

Decidió apostar a unos ejercicios de relajación. Debía dormir. Mañana sería otro día y seguramente traería lucidez y con ella decisiones que tenían que ser tomadas. Su vida amorosa no podía seguir en stand by esperando que Pedro mágicamente decidiera verla como algo más que una compañera.

“Hay cosas que no se pueden forzar, y una de ellas es una relación amorosa. Ánimo, hay vida más allá de Pedro Del Valle y si continúas así te vas a lastimar y vas a afectar a otros. Concéntrate y deja de intentar ser la Madre Teresa. Él está fuerte y alguien más lo puede ayudar.”

CUATRO.

Esteban ingresó en el despacho particular de su lujosa mansión y se sentó con alivio en su butaca de cuero preferida, junto al fuego que había sido convenientemente encendido un buen rato antes. Se sentía satisfecho por la marcha de los negocios y lo atribuía a su fino olfato para encontrar siempre donde invertir o intervenir para sacar la mayor tajada posible.

Siempre había admirado eso de sí mismo. Se debía sin duda a su inteligencia superior y no le daba prurito reconocerlo. Era parte de una élite: aquellos que son capaces de adelantarse al resto y descubrir dónde está la prosperidad y el éxito. Ni siquiera lo sucedido meses atrás lo había disuadido de esto.

Recordar momentáneamente ese desagradable momento lo disgustó. Aún paladeaba el amargo sabor de la derrota sufrida y la humillación que debió afrontar al ser indagado por la Justicia. Afortunadamente esto fue apenas unos días: su posición social y su talento para hilar en las sombras lo habían dejado fuera de la compleja trama de narcotráfico que los federales estadounidenses descubrieron vinculada a la Hacienda Santa Isabel y la compañía de tequila que su familia poseía.

"Que Asunción posee" se corrigió mentalmente. No pudo evitar un escalofrío de furia al pensar en la traición que su padre Ramón le había efectuado. ¡Él era el genuino sucesor, el patriarca de la familia, quien debía dirigir los destinos de todo el Imperio Del Valle! Sin embargo, le había quitado la perla, "su" hacienda y se la había adjudicado a su sobrina, aún a pesar que esta había abjurado de su familia.

"Ingrato, mil veces ingrato!" maldijo a su padre. "Tonto. Una mujer no podría sobrellevar con éxito las mil y una vicisitudes de los negocios del ágave y el tequila. Era un negocio para hombres fuertes".

Sabía que la razón fundamental de su padre habían sido los miedosos e hipócritas pruritos que había experimentado por las conexiones con el cártel de los Hidalgo. Nunca pudo entender como

no fue capaz de percibir las enormes oportunidades de multiplicar su capital con un negocio que prosperaba en las sombras, pero que además tenía la protección de la mafia y también de un conjunto de corruptos seres que se decían protectores del orden social pero que hacían la vista gorda si su mano era bien untada con efectivo.

El dinero movía el mundo, él lo tenía más que claro. Siempre lo consideró así y le encantaba la posición en que esto lo colocaba. El poder que le confería sobre seres y situaciones. Detestaba estar en desventaja en cualquier orden y de ahí que lo hubiera afectado tanto lo sucedido con su sobrina y la caída de su relación con el cártel de Jalisco. Había construido la conexión con esmero y astucia y esto le valió salir indemne del descalabro.

"Por poco. Ese maldito agente encubierto, ¿cómo fui tan ciego para no verlo?". Había estado en las sombras durante dos años al lado de su padre, observando y tomando nota de los acontecimientos, hasta que la red de los federales estadounidenses se cerró sobre el cártel. Su propio escape fue providencial y le apenaba que sus intenciones de acabar con la vida de su sobrina hubieran fracasado. Al menos eso hubiera solucionado el problema de la herencia.

Pero no importaba. Ahora que se sentía seguro y sus espaldas cubiertas, comenzaba como una araña a tejer su tela con paciencia. Sus contactos no eran solo con los Hidalgo, sino que había podido extender los mismos hacia otras zonas y en el mismo Distrito Federal. No iba a renunciar a una fuente inagotable de ganancias.

Pero a su vez iba por todo. La hacienda tequilera sería suya; la herencia iba a ser disputada. No iba a darle tregua ni paz a Asunción, quien probablemente se creía indemne a todo. El mecanismo judicial para la reclamación estaba jugado y aunque tardara años no cejaría en sus intenciones. Y de seguro le amargaría la vida a esa infeliz.

Tenía bajo vigilancia a su sobrina hacía buen tiempo. Semanas de cavilaciones le habían conducido a la idea que era necesario conocer bien a su enemigo. Y su sobrina lo era. No tenía ningún sentimiento hacia ella; casi diría que sentía poco de estos, aún en relación a sus propios hijos.

Especialmente con ese torpe Pedro, siempre temeroso y

apocado. No parecía hijo suyo. Con pretensiones de artista además. ¿Dónde se había visto que un Del Valle dedicara su tiempo y vida a esas tonteras sin futuro?". Sara era harina de otro costal: ambiciosa como él, tenía pocos límites. Ya les asignaría a ambos algún papel en la obra que estaba montando, eso era seguro.

Contratar a ese investigador privado había sido una gran inversión. Gracias a él había conocido las actividades y la vida de Asunción. Le había sorprendido hondamente constatar que estaba en pareja con Santiago López, ese maldito agente provocador de la debacle.

Más aún saber la identidad real del mismo: hijo del matrimonio que tan amigo había sido de su familia y hermano de aquella desgraciada niña asesinada en el mismo atentado que su hermana, la madre de Asunción. Sabía con claridad que aquella había sido una vendetta por sus propias conexiones con la mafia del narcotráfico, pero nunca había experimentado culpa por ello. En toda guerra hay bajas, solía decirse.

Era claro que las ansias de venganza del tal Santiago lo habían empujado de vuelta a sus vidas. Pero no contento con ello ahora iba por el capital de los Del Valle. Eso era obvio: la tonta de su sobrina había caído en sus redes. Una razón más para apurar sus objetivos de recuperar Santa Isabel.

Su sobrina era una kamikaze peligrosa, parecía dispuesta a sumergirse donde hubiera problemas y generarse odios a diestra y siniestra. ¿Cómo si no se interpretaba lo que había averiguado su investigador? En pleno corazón del peligroso barrio Tepito del Distrito Federal había provocado la enemistad y el encono de gente peligrosa, todo por ayudar a una niña. Despreciaba ese tipo de acciones estúpidas, propias de una descabezada. Creían ser salvadores del mundo.

Pero de todo esto se beneficiaría él, claro que sí. Sabiamente había ido construyendo redes con aquellos a quienes su sobrina había herido y humillado. Esa mujer, Marcela, la abuela de la niña en cuestión, sería una pieza valiosa en la maquinaria de su venganza. De ahí que la hubiera contactado, previa investigación de sus conexiones

y antecedentes. Era gentuza, pero le serviría.

Recordar el diálogo sostenido con ella lo disgustó. Le repugnaba en el fondo tener que rebajarse y conectar con gente como ella, pero había sido necesario. Una mujer físicamente desagradable, aunque con pretensiones de sensualidad.

La muy grosera creyó al principio que lo que lo guiaba era el interés sexual. Lo chabacano de sus movimientos y palabras demostraron rápidamente un corazón y una mente ambiciosa y sin límites, lo que la hacía aún más útil. Alabó por ello su figura con habilidad y fue azuzando en ella el odio y los deseos de revancha contra Asunción. No le fue difícil, menos aún cuando le ofreció una ingente suma (apenas una limosna para él) por seguir sus instrucciones al pie de la letra. Inmediatamente la tuvo de su lado.

Irónicamente para Asunción, quien se creía más justa que la Justicia, ahora debería responder ante la misma por varios frentes. El de su herencia y el de la tenencia de la niña. ¡Abrumaría a esa maldita y no le ahorraría sufrimientos!

Por supuesto que la parte del juicio por la tenencia debía ser abonado convenientemente, dados los antecedentes de Marcela. Por ello la rodeó en las sombras de asesores legales que le indicaran como proceder, que la aleccionaran acerca de qué decir y cómo actuar frente a las autoridades. También cambiar su aspecto, que denunciaba su estirpe de lejos.

El resultado venía siendo bastante satisfactorio, al menos las fotos así lo demostraban. Era una mujer astuta y taimada, dentro de la pobreza y suciedad que la rodeaba. Sería de suma utilidad.

Sacudió la cabeza y se incorporó a escanciarse un buen vaso de whisky. Su cabeza funcionaba a toda velocidad y ahora anticipaba un nuevo movimiento. Debía ser muy cauto y era imprescindible contar con la complicidad, inteligencia y belleza de su hija Sara.

Tocaba ahora atacar la relación amorosa de su sobrina, eliminar a ese malnacido de Santiago López de la ecuación. Y la única forma era creando desconfianza en torno a él. Una buena carnada era fundamental. No sintió remordimiento por pensar en su hija en esos términos. Era apenas un sacrificio menor que ella haría en pos de su

seguro y cómodo futuro financiero. Estaba seguro que ella misma lo entendería así.

La vida se trataba de eso: ir sorteando los obstáculos y creando las oportunidades para sostenerse en la cúspide del poder y el dinero. Sara adoraba las posibilidades que una abultada cuenta bancaria brindaba y eso mismo le ofrecería. Ella era dueña de acciones en la empresa minera, pero aún seguía atada a la generosa mesada que su padre le ofrecía mensualmente. Era momento de aumentar la porción y exigir algo en contraprestación.

Otro argumento que de seguro la movilizaría sería el de afectar y molestar a su prima. Conocía cuánto detestaba a Asunción, desde pequeñas. Envidia mal resuelta, celos, en definitiva los sentimientos habían sido siempre provocados por la competencia. Le brindaría ahora la oportunidad del desquite y la revancha, buscando generar en aquella desconfianza y llevarla a la total desilusión con respecto a su pareja.

No tenía dudas que su plan funcionaría: lo había estudiado y creía conocer algo la mente de la gente. Años de manipulación lo habían entrenado: lo que movía el mundo era el dinero, el amor, la pasión, los celos o el miedo. Solo era cuestión de ver que cuerda manipular para provocar la reacción.

No ignoraba que esto le costaría sus buenos dineros al comienzo, pero el buen desarrollo de sus planes bien lo ameritaban. Eran una costosa inversión que traería seguros beneficios: la Hacienda en disputa y la fábrica de producción de tequila eran cuantiosas piezas que asegurarían frutos por años.

Tenía además recursos para afrontarlo: la corporación minera estaba en plena producción y tenía control total de la misma. Sus viejas tías habían confiado ciegamente en él para ello, poniendo en sus manos el importante porcentaje de acciones que les correspondía y tenía además el control de las de sus hijos. Nunca acostumbrados al trabajo, recibían con indiferencia y beneplácito y sin cuestionar el capital que les correspondía.

Por supuesto que él mismo se encargaba de crear en todos ellos una imagen de moderada producción, bastante por debajo de la

realidad. Esto le permitía derivar recursos a sus propias cuentas y asegurarse un flujo constante de dinero. Nadie se quejaba en la medida en que pudieran mantener su estilo de vida. De hecho fueron sus propias tías las que lo pusieron en parte en antecedentes acerca de las vicisitudes de Asunción.

Fue meses atrás, en una de las visitas a las que se obligaba para mantener viva la imagen de sobrino preocupado. Ellas y Asunción vivían en el mismo coqueto y residencial barrio de la capital mexicana, mas nunca se habían cruzado.

—Esa jovencita nos evita expresamente—señalaba una de sus tías aviesamente.

—Siempre ha sido una descarada, con absoluta ausencia de valores—apoyaba la otra.

Él asentía con tristeza mientras bebía su té de jazmín, que odiaba pero sorbía con fruición para deleite de sus ancianas parientas.

—Es increíble como Ramón pudo hacernos esto. Hacerte esto a ti, dejarte sin la Hacienda, conociendo tus desvelos y preocupaciones por la familia—cloqueó indignada Mercedes.

—No quiero pensar mal, tías queridas. Pero creo que mi pobre padre se vio asediado por la culpa al final de su vida. Y esto lo llevó a dejar Santa Isabel en manos de Asunción.

—Pues claramente lo que falló fue su cabeza—despotricó Estela —. Deberías pensar en hacer algo.

—¿Algo como qué?—inquirió.

—De seguro hay algo ilegal en ese testamento. Deberías recusarlo. El futuro de la familia y de la Hacienda podría estar en tus manos.

Fue la primera vez que pensó en rechazar el documento. Hasta entonces un poco de respeto tenía por la última voluntad de su padre, pero la palabra de sus tías le abrió los ojos.

—Nada bueno puede salir de Asunción. Nos hemos enterado de buena fuente que vive en pareja con un hombre desconocido y están amparando a una niña de los barrios bajos, con peligro de que se vengan al barrio sus miserables familiares y nos vandalicen. ¡Ha perdido todo límite!

De esta catarata de quejas y chismes obtuvo él la punta de la madeja de la información que luego su detective profundizó y le permitió construir su elaborado plan. Al retirarse de la casa de sus tías su mente bullía y la maquinaria se encendió.

Y aquí estaba ahora, varias semanas después, con las trampas tendidas y funcionando, procurando atrapar a su sobrina y asediarla hasta que no pudiera más. Cuando terminara con ella estaría sin dinero ni familia ni amor.

CINCO.

Asunción dio vueltas en la cama por enésima vez. No se sentía bien, hacía días que arrastraba un malestar estomacal importante, el que adjudicaba a los nervios que estaba atravesando. Procuraba calmarse, pero la angustia y los miedos la acuciaban. El más grande era perder a Florencia y que esta tuviera que volver al oprobioso ambiente del cual había logrado salir.

Claramente vivía mejor desde lo material, pero lo más importante eran la contención y el amor que tanto ella como Santiago procuraban alimentar a diario y la preocupación porque viviera como una niña. Bastante mal había pasado fruto de la mala comida, la vagancia y mendicidad a la que su abuela la había obligado desde siempre.

Había instantes en que pensaba en salir como una loca rumbo al Tepito y enrostrar a Marcela su descaro e hipocresía. Pretendía querer a la pequeña pero solo veía en ella otra entrada fácil de dinero. Por supuesto que esos impulsos cedían inmediatamente y la cordura la rodeaba. Ella misma como técnica social sabía lo intrincadas y largas que podían ser las contiendas judiciales, pero nunca las había vivido en carne propia.

Acomodó sus almohadas para sentarse mejor. Las náuseas la volvieron a asediar. Respiró con calma y cerró sus ojos; los ejercicios de respiración siempre funcionaban. Buscó poner su mente en blanco y por unos minutos lo logró. Luego las urgencias retornaron.

Debía impulsar con más ahínco los trámites para lograr que su proyecto de un centro comunitario prosperara. La ayuda era necesaria por todos lados, la infancia desprotegida abundaba. Sabía que los recursos económicos ahora estarían más restringidos, dado que Santa Isabel y la fábrica estaban siendo disputadas por su tío Esteban, pero también tenía claro que las habilitaciones eran un largo camino. No podía frenar los trámites y esperar por el dinero; ya vería luego como lo resolvía. Si bien Florencia había sido el objetivo primario de ese centro, ahora que peleaba por su tenencia no quería dejar de lado un

proyecto en el que creía con fuerza.

Miró a su lado el vacío espacio que Santiago había dejado al salir temprano. Le encantaban los fines de semana, cuando ambos podían remolonear hasta más tarde sin urgencias por las labores. Sonrió al recordar la reacción de su pareja ante su torpe pedido de matrimonio.

Lo había hecho en forma espontánea, impensada. No tenía el tacto ni la delicadeza de la mayoría de las mujeres, que esperaban y abonaban el camino de la propuesta para el altar y se regodeaban con románticos momentos de anillos, flores, champaña y tanto más.

Para ella era un paso natural pero al que arribó ayudada por las circunstancias. Consolidar o formalizar la ayudaría en el proceso de adopción, mas además era algo que deseaba con fuerza. Esperaba que la reacción de Santiago hubiera sido pensada y sin presiones.

La realidad es que coacción existió, para qué negarlo. Ojalá hubiera entendido que deseaba ser su esposa, que no era un simple trámite ni instrumento para conseguir un capricho. Sabía que a veces sus impulsos se volvían imperiales y no daban mucho margen al otro.

Se sentía segura y cuidada a su lado, querida como nunca antes. No quería arruinarlo con apuros y angustias, aunque su genio de tanto en tanto la traicionaba. Afortunadamente él era un hombre templado y seguro de sí, que parecía interpretar sus deseos y no tenía reparos en contenerlos. Estaba acostumbrado a ser el bastón y el apoyo: ese rol lo había jugado con su madre desde la adolescencia.

Recordar a Estrella García, su suegra, le trajo un nuevo malestar. ¡Cuánto deseaba poder congeniar con ella! Pero lo que las separaba era mucho más que la tradicional rivalidad suegra y nuera o celos. La muerte de su niña, la hermana de Santiago, pesaba entre ambas como una losa.

"No es mi culpa" se repitió como tantas veces. Era una mujer mayor, debería haber procesado mejor las cosas, separar las aguas. "¿Qué responsabilidad le podía caber a ella, una niña en ese entonces, en el fatal desenlace?"

Suspiró. Otra vez estaba enroscada tratando de encontrar respuestas que no existían. Cada tanto hablaba de esto con Santiago y

lo impulsaba a buscar caminos de reencuentro entre ambas, y aún cuando este pacientemente pretendía hacerlo, era inútil. Estrella no quería saber nada con ella.

Si con Santiago, evidentemente. Llamaba en forma periódica para charlar con él. Si ella atendía, se hacía un silencio y cortaban, si quien lo hacía era Florencia o Santiago el teléfono quedaba prendado de una charla de largos minutos. Asimismo, de tanto en tanto el reencuentro era personal, pues Santiago viajaba a visitarla. No quería ni podía decir nada, nunca se interpondría entre ambos. Si sabría ella lo que era estar sin su familia y añorarla. Tal vez por esta razón su hambre de aceptación era mayor.

Decidida a tener un buen día, se sacudió la pereza y se levantó presta al baño. Una buena ducha y un suculento desayuno espantarían malas ideas. Se miró al espejo: tenía unas ojeras de antología. De pronto y sin tiempo para mucho se dobló sobre sí y no pudo evitar que las nuevas nauseas le provocaran el vómito.

"¡Dios, lo último que necesito ahora es enfermarme, con todo lo que tengo por delante!". Se aseó y antes de ir a la cocina pasó por la habitación de Florencia. La niña aún dormía y la dejaría un ratito más. Tenía una jornada larga y era bueno que estuviera bien descansada.

Era importante procurar estar ella misma más ocupada. Desde los sucesos en el Tepito, barrio donde trabajó por varios años, no había vuelto a su rol de trabajadora social y lo extrañaba. Eran largas las horas en la cuales Santiago y Florencia no estaban en casa y ella no estaba hecha para la vida doméstica.

Estaba deseosa de reintegrarse a la actividad y así se lo había hecho saber a varios centros que solicitaban trabajadoras sociales. Esperaba tener novedades de alguno de ellos prontamente.Su mente necesitaba trabajar, accionar, estar en actividad.

Le corroía por otro lado que su intuición le marcaba que algo no andaba del todo bien en torno a la abuela de Florencia. Había quedado muy sorprendida con el cambio externo que esta había mostrado. No era algo esperable en alguien como ella. Se corrigió mentalmente y se recriminó su despreciativo pensamiento. Confiaba moderadamente en que las personas podían cambiar si se les daba la

oportunidad y los medios. De otro modo no podría desempeñar la labor que tenía.

Pero también sabía que esto requería de muy buenas intenciones y esfuerzo. Por ello lo creía más factible en los niños y adolescentes. En las personas mayores como Marcela, que además habían crecido y se habían beneficiado con el delito, lo veía casi imposible.

“Uno no cambia repentinamente el estilo y el gusto por la ropa y la estética” se dijo desconfiaba. No sabía exactamente que pensar, pero había un tufillo ahí que no la convencía. Era desconfiada por naturaleza. Decidió hacer una pequeña tarea de investigación en torno a Marcela. Pero no vislumbraba bien cómo encararlo.

Ella no podía ingresar al Tepito ni volver al Centro sin sentirse en riesgo de vida. Enfrentarse con quienes dominaban los corrillos del delito en el barrio la había convertido en un blanco; por eso mismo habían debido mudarse.

“Alejandra” pensó. “Ella puede ayudarme. Pero con cuidado, no quiero exponerla”. Ya le había contado que Marcela había desaparecido del lugar, pero esto no podía ser por mucho tiempo. Todos tendemos a volver a aquellos sitios de los que somos parte, más aún si no hay nada que justifique la ausencia. Alguien debería saber algo de ella y las redes del Centro podían ser los oídos ideales. Ni siquiera era necesario que Alejandra saliera por información, tal vez podía dejar caer comentarios en la gente y alguien hablaría.

Alentada por la idea la llamó. Hacía algunos días que no sabía de ella, desde la salida conjunta.

—Ale, amiga. ¡Te estoy extrañando, ya sabes que soy una desempleada con mucho tiempo! ¿Cómo estás hoy de espacio para dedicarme?

—Pues te puedo hacer un huequito por ser a ti, Asu—rió—Hoy estoy libre, precisamente.

—Pues paso por ti luego de llevar a Florencia al colegio. ¿Almorzamos?

—Sin dudarlo.

La perspectiva del encuentro la puso de mejor humor. Su amiga

tenía el don de hacerla ver con mayor claridad y perspectiva las cosas. También decidió poner coto a sus intereses y se instó a ser más empática con aquella. Sabía que los asuntos del corazón la estaban afectando y necesitaba una oreja de confianza.

Ella misma había recibido a David dos veces más en su casa y este no había quedado satisfecho hasta lograr saber vida y obra de Alejandra. Era claro en sus intenciones de cortejarla y ella consideraba que era el candidato perfecto. “Candidato, mira tú, si estoy hecha una casamentera”.

Pero le caía muy bien el agente, su charla franca y amena. Santiago confiaba en él y lo sabía honesto y sin dobleces. Podía ser el remedio ideal para una desalentada. Lamentaba que Ale se hubiera concentrado tanto en Pedro, sabiendo lo tímido e irresoluto de su carácter. Era su primo y lo conocía poco, pero siempre había sido el perrito faldero de su padre y su hermana, mendigando el cariño de ambos. “Pobre Pedro, a qué dos fuentes secas se recostó por amor”. Su prima y su tío eran poco demostrativos y no creía que amasen más allá de sí mismos.

En definitiva Pedro era igual, si lo analizaba. Reclamaba cariño de quienes no podían o no querían brindarlo, y se volvía tirano con aquellos que procuraban ayudarlo. No creía que fuera una relación sana para su amiga, pero hasta que aquella no tomara la decisión por su cuenta solo podía aconsejarla.

Florencia se levantó con hambre leonina y arrasó con las galletitas y leche que le brindó. Ambas se aprontaron y al rato estaban listas para la actividad del día. Luego de dejarla en el centro educativo y como aún tenía tiempo para el almuerzo, decidió pasar por la boutique de su propiedad en su antiguo barrio. Confiaba plenamente en su gerente, pero no estaba de más dar un vistazo y mirar los números.

Para su sorpresa y desconcierto, a quien primero se encontró en el exclusivo local fue a su prima Sara. La última vez que se habían visto era en la Hacienda, meses atrás, al momento de la lectura del testamento de su abuelo. No habían hecho migas, como había ocurrido desde la niñez. La presencia de Santiago y el afán de Sara por

conquistarlo habían empeorado las cosas. Recordar esto le provocó fastidio.

—¡Prima, cuánto tiempo!—la saludó aquella con exagerada amabilidad—. Visité a las tías y no pude evitar entrar al ver la hermosa vidriera. Unos atuendos de un gusto europeo, felicitaciones.

—¿Cómo estás, Sara? Pues felicita a mi gerente, es quien dirige y se encarga de todo.

—Claro, me imagino. La moda nunca fue lo tuyo—le soltó la descarada, mientras la miraba con detalle—. ¿Estás un tanto más rellena, puede ser?

Detestable e hiriente a propósito, como de costumbre.

—¿Te parece? Puede ser, la buena vida.

—No abuses, Asu. Luego te pones fofa y blanda y no hay quien te case.

—Pues no te preocupes, que estoy en eso—le soltó con virulencia, para luego arrepentirse.

Los ojos de su prima se pusieron como platos.

—¿De veras? Y quién es el afortunado? ¿Lo conozco?

—Pues sí, es Santiago. ¿Lo recuerdas, verdad?—dijo con una sonrisa falsa. “Perra, vaya si lo recuerdas. Te derretías porque te tocara un poco”.

—Ah, ¿el guardaespaldas?—se sorprendió—. Bueno, te felicito. Me imagino que la familia estará invitada, ¿harás algo importante? La posición de los Del Valle lo amerita.

—Tú debes saber bien que la familia está dividida. El testamento del abuelo y la intención de tu padre de hacerme matar no contribuyeron precisamente al reencuentro.

El encogimiento de hombros con el que recibió su sermón le volvió a demostrar que nada le importaba demasiado.

—Si, bueno. Yo no tengo nada que ver. En fin, yo vine por vestidos. Imagino que harás un descuento por ser tu prima.

—Fíjate que no. Ahora que tu papá me tiene un tanto asediada con el tema judicial, necesito recursos ingentes. Bueno, un gusto verte.

Dio la vuelta y se perdió en su despacho. ¡Descarada, además de no hacerse cargo de nada pretender rebaja! Era increíble.

Se sumergió en los libros contables y le alegró ver que los números mejoraban mes a mes. La tarea que desempeñaba su mano derecha era impecable. Por lo menos era la tranquilidad de una segura entrada de dinero. Agradeció la labor y antes de retirarse no pudo evitar preguntar si su prima había comprado algo. Pero al parecer nada la había convencido demasiado.

Pasó por Alejandra y se instalaron a almorzar por todo lo alto en un moderno restaurante. Su amiga dio buena cuenta de todo, mas ella no pudo engullir más que bocados y en forma alternada. Tan pronto tenía un hambre atroz, como frente a la comida su apetito se cerraba y le provocaba arcadas.

—Estoy así hace días. El estrés me está jugando una mala pasada.

Notó la mirada atenta sobre ella.

—¿Tú estás segura de que es eso?

—¿Qué más? Estoy rodeada de juicios y…

—¿Embarazo?

La pregunta la tomó desprevenida y con asombro filtró la palabra. ¿Embarazo? Ni siquiera había considerado algo así. ¿Podría ser? Su mente empezó a sacar cuentas y pronto la posibilidad cobró cuerpo.

—¿Es posible, Asunción?

No pudo más que asentir. Había olvidado su ciclo, pero ahora que lo pensaba su período había estado ausente por largo tiempo. ¿Cuánto? Rebuscó en su agenda por la última fecha; siempre la anotaba por costumbre. Hacía dos meses del último.

—No puedo creer que nunca se me ocurrió esta idea. ¿Tan ausente puedo estar?

—Es comprensible, querida. Has pasado por mucho. Pero bueno, cuenta, ¿qué piensas?

—Tengo que hacerme un test—le señaló con urgencia—. ¡Dios mío, que increíble! En medio de todo este lio de juicios, embarazada.

—No te asustes…

—¡No lo hago! Estoy en shock, pero si es esto… Dios sabe cuánto deseo una familia grande. ¡Sería un milagro!

—No tanto, nena. ¿Han tomado precauciones?

—Alguna que otra vez no.

—Pues entonces es la naturaleza— rió con fuerza—. Anda, vamos, a por una farmacia y un test.

Las próximas horas fueron de locos. La prueba de orina no hizo más que corroborar lo que ya se presentaba como evidente y la instó a programar una visita con su ginecóloga en forma rápida. Esta le aseguró que si el test había detectado hormona de embarazo ahora era cuestión de comprobarlo con un análisis de sangre y una ecografía, para corroborar que todo estuviera bien.

Se encontraba alelada. Los planes elaborados en la mañana acababan de quedar de lado. La novedad era grande, enorme. Sentía que poco a poco se abría paso la alegría en su pecho y la ansiedad por comunicarlo a Santiago. "¡Dios! ¿Qué pensaría él, estaría contento?". Ella no podía pensar en una dicha más grande.

Las lágrimas comenzaron a aflorar con calma.

—No llores, querida. Es una noticia maravillosa.

Asintió. Era alegría lo que sentía. Retornaron y dejó a Alejandra en su casa, que la abrazó con fuerza antes de abandonarla.

Volvió al apartamento y se preparó un té. No veía la hora de estar con Florencia y Santiago. Le contaría a este con calma y callaría frente a aquella. Era menester comprobarlo con certeza. Pero en su fuero interno, ahora estaba segura.

"Tú y tu seguridad. Hasta hace unas horas ni se te había ocurrido, listilla" se dijo.

SEIS.

Pasó a buscar a Florencia por el colegio y retornaron con rapidez. Sabía que Asunción se ponía impaciente por verlos; tantas horas libres le daban mucho para pensar a esa mujercita suya.

—¿También hoy vendrá David a cenar?

—Pues no, hoy no. Creo que tiene actividades planificadas.

—Bueno, seremos los tres. ¿Podré ver hoy la película de monstruos que anuncian? Sabes que no me da miedo nada.

No pudo evitar sonreír ante su declaración, pero respetuosamente comentó que la decisión la tomarían dependiendo de cómo cenara. Requisito que para ella era fácil, dado su voraz apetito por todo. Así que la sonrisa que le adjudicó fue de satisfacción.

Estaba por insertar la llave en la puerta cuando esta se abrió mostrando a una exaltada Asunción que miraba su reloj y señalaba lo demorones que habían estado.

—Ve a bañarte rapidito, Florencia, y luego te dedicas a tus tareas.

La niña asintió sin reparar en las formas aceleradas de la mujer, pero él la miró con asombro. Estaba encendida y no podía frenar sus movimientos.

—¿Qué te pasa?—le espetó no bien la niña desapareció.

—No sabes… No te imaginas—dijo ella mientras una lágrima caía.

Esto lo puso aún más nervioso.

—Dime, mujer, por favor.

Ella le tomó la mano y lo condujo a su habitación.

—Siéntate a mi lado, Santiago. Tengo una noticia que no esperas.

—¡Pues dila ya!—. Le desesperaban las introducciones interminables.

—¡Creo que estoy embarazada!

Su mirada delató su asombro. Frunció sus cejas en interrogativo modo.

—¿Crees? ¿En qué te basas?

—Bueno, el test que me realicé hoy mismo me dio positivo.

Miró su rostro y vio la ansiedad en su ruborizado tono. Parecía una niña traviesa que no sabía bien como actuar. De seguro se sentía desconcertada y esperaba su reacción. La rodeó con sus brazos y la besó con fuerza.

—¡Es maravilloso, mi amor! Es una felicidad, ¿cómo has podido ocultarme esto?

—No tenía idea, ni siquiera lo sospechaba. Sentía nauseas, pero nada más. Las atribuía al estrés. Fue Alejandra la que me hizo pensar y ver la posibilidad. Y el test lo confirmó.

—¡Pues bendita noticia! No lo esperaba, pero no puedo pensar en algo que nos complete más.

El impacto de la novedad pronto fue dando paso a la reflexión acerca de la implicancia de la misma. Nunca había pensado con seriedad en su descendencia, más que nada porque era un solitario. Siempre reía y sacudía la cabeza con renuencia cuando su madre cuestionaba su falta de apuro por ser padre. Pero era porque no había encontrado su lugar en el mundo.

Ahora lo tenía, en México junto a Asunción .Y se sintió de pronto cómodo y preparado para el rol que debería asumir. Probablemente los meses compartidos con Florencia habían sido el disparador para que ahora la noticia no le sentara tan extraña. Era sorpresivo pero bueno, muy bueno.

Miró a su mujer y la vio dichosa. Era evidente que para ella también implicaba alegría y con seguridad alejaría los nubarrones de las últimas semanas.

—Vamos a contarle a Florencia—le propuso.

—No aún. Quiero que esté todo confirmado por los análisis y además debemos pensar cómo se lo diremos.

La miró extrañado.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué pensarlo?

—No deseo que se sienta desplazada ni piense que ahora no la vamos a querer adoptar.

—Mi querida, ¿por qué se haría tal idea?

—Está acostumbrada a los abandonos y tal vez crea que como tendremos un hijo ahora la dejaremos de lado.

—Psicologizas demasiado. Es una nena inteligente y sensible. Si piensa eso lo va a manifestar. Y se lo aclararemos. Pero creo que si la tratamos como siempre, pues nada tiene por qué cambiar, ella no debería sacar esa conclusión.

—Sí, tienes razón. Pero esperemos por los resultados.

Accedió y pronto estaban cenando como si nada ocurriera, compartiendo la rutina de la noche. Una progresiva ansiedad lo fue ganando. Había cosas por arreglar. Le preocupaba que el estrés que generaban los juicios afectara a Asunción y al bebé. ¿Cómo podría actuar o intervenir para ayudarla? Más presencia suya era imprescindible. Se propuso acompañarla en las próximas instancias jurídicas, aún a costa de horas que quitarle al trabajo. Tenía días extras acumulados.

Por otro lado, sentía que debía compartir la noticia con su madre. Era su único nexo aparte de Asunción, su única familia, y la amaba. Le dolía en el alma que aquella no pudiera compartir más momentos con él. La obcecada idea que tenía acerca de la culpabilidad de su mujer en la muerte de su nena interponía una barrera infranqueable entre ambas. Le constaba que su pareja había intentado acercarse pero había sido en vano.

"Ella siempre ha deseado un nieto. Sería su mayor alegría poder tenerlo en sus brazos. ¡Ojalá esta noticia sea la que las acerque!". La llamaría y le contaría. Sabía que necesitaba tiempo y mucha reflexión para procesar las noticias. Tal vez la esperanza que un descendiente abriera en ella creciera con los meses y la hiciera recapacitar. No tenía dudas que Asunción no pondría ningún pero, era una mujer sin rencores ni malicias.

Se recostó y esperó que saliera del baño. Estaba más bella aún si cabe, con su largo deshabillé y su pelo suelto.

—Pues no sé cómo no lo pensé antes. Esa pancita y las caderas que has desarrollado las atribuí a los postres que engulles—le soltó con sorna, esquivando el golpe del cepillo que aquella usó como arma.

—¡Quita, desgraciado! ¿Me ves gorda?

Rió con fuerza y se incorporó, tomándola en sus brazos cuando ella se miraba con detenimiento en el espejo.

—Estás muy hermosa. Vas a ser la madre más linda del mundo.

—¿Lo crees?—. Lo miró con interrogativa ansiedad a través del cristal.

—¿Tú lo dudas? Yo estoy convencido que nadie más que tú podría ser la madre de mis hijos.

La respuesta fue un intenso beso que pronto devino en pasión y sexo.

A la mañana siguiente y desde su trabajo se puso en contacto con su madre. El tono de ella fue de alegría, como siempre. Luego de charlar de las acostumbradas nimiedades y ponerse al día de sus vidas, le contó la novedad. El silencio del otro lado fue de apenas segundos y luego devino un suspiro.

—Hijo mío, ¡cuánto me alegro por ti! Debes estar muy feliz.

Notó un nudo en su garganta y se esforzó por afirmar.

—También lo estoy por ti, madre. Vas a ser abuela.

—Nada he deseado más por años. Y lo sabes. ¡Lástima las circunstancias!

—Odiaría que no lo quisieras conocer, no lo podría soportar, madre.

—¡Jamás haría eso! Es sangre de la mía. Solo espero que tu mujer lo entienda.

—No te quepa duda que lo hará. Tú serás su única abuela y quiero que te tenga cerca y puedas mimarlo.

—Veremos, mi amor. Estoy muy feliz.

La charla lo tranquilizó y a la vez esperanzó. Esperaba mayor renuencia y sin embargo notó que la noticia dio más energía a su voz. Tal vez era el eslabón que uniría su familia definitivamente.

Cerca del mediodía llamó a su amigo para organizar el encuentro con él. Almorzar con David le daba la oportunidad de poder compartir la buena nueva con alguien más. Este era un atento oyente y lo felicitó con efusividad.

—¡Cuánto me alegro por ustedes! ¿Lo habían planeado?

—No realmente. Ha sido toda una sorpresa. Pero estoy muy

contento.

—Imagino que sí, “my friend”[2]. Debe ser un momento muy especial cuando te enteras que ya no estarás solo.

Notó la mirada un tanto nostálgica y no pudo evitar reír. David era transparente como un cristal.

—¿Envidia, mi amigo? Se soluciona fácil. No debe ser nada complicado para ti conseguir una buena mujer que te haga feliz y cumpla tus deseos.

—Nunca tenemos fácil lo que queremos, Santiago. He tenido muchas aventuras pero nada serio. Ahora, que quisiera, no es fácil.

—Pero vamos, ¿tú, el rey de los donjuanes, tiras la toalla así de fácil? Lo bueno cuesta, mi amigo. Y si es de Alejandra que hablamos, está perfecto que se haga valer y te haga sudar la gota gorda.

—No tengo problemas mientras tenga “hope”[3]. Pero la veo ocupada y preocupada por otro. El tal Pedro.

Suspiró. Sabía por Asunción que Alejandra tenía sus líos con ese pusilánime y le molestaba. No le tenía ni lástima ni simpatía. Apreciaba lo que había hecho por su mujer en su momento: enfrentar la ira de su padre denunciando sus planes de eliminarla. Pero todo lo que escuchaba de él eran contrariedades y egoísmo hecho discurso y acción: no lo quería su padre, deseaba ser aceptado, adicción. Y siempre prendido de las polleras de Alejandra para que lo rescatara conmiserativamente.

—Es difícil entender a las mujeres. Tú deberías buscarte algún aprieto y correr a tu amor para que te lo solucione. El espíritu de salvadora que tiene haría que te apoye.

Esto arrancó risas de ambos.

—¿Me ves a mi siendo rescatado? Prefiero el otro rol.

—A veces hay que dejarse mimar.

—El día que ella decida hacerlo, ten por seguro que voy a ser un gran gato dispuesto a ronronear. Pero bueno, basta ya. ¡Brindemos por tu paternidad!

El almuerzo lo distendió y la tarde se le hizo más llevadera. A la salida decidió que pasaría por algunos dulces extras y un vino. Celebrarían, aún cuando ella no pudiera beber más que una copa.

Estaba en los menesteres de seleccionar una rica variedad cuando la voz a su lado lo sorprendió.

—¿Eres Santiago? Claro, pero que casualidad. ¡Qué placer verte luego de tantos meses!

Al darse vuelta se sorprendió al ver a su lado a una efusiva Sara Del Valle, que lo tomaba por los hombros y le asestaba dos besos. El olor de su perfume lo envolvió con fuerza, así como la prepotencia de su imagen. Era una mujer exuberante ; su traje y maquillaje realzaban cada atributo, que los tenía y exhibía de sobra.

Era coqueta y seductora y sus gestos la denunciaban. La saludó con calma, tratando de contener su efusiva alegría. No se conocían tanto para ello, si bien ella había tratado de seducirlo en la Hacienda. El aburrimiento o el instintivo gen de cazadora de hombres que tenía la llevaban a tratar de ganarse la simpatía o adoración de quienes circulaban por su constelación. Probablemente por inseguridad. Sacudió con rapidez sus ideas y la saludó educadamente.

—No te vi más, querido Santiago. ¡Me hubiera encantado que siguiéramos en contacto!

Su mirada lo recorría de hito en hito. Se sintió algo molesto. Sabía que Asunción detestaría esta escena y además no tenía confianza de ningún tipo con ella.

—Volamos por distintas esferas, Sara. Además, las cosas terminaron algo difíciles en la Hacienda. Justo cuando tú y tu padre se fueron.

No evitó el sarcasmo en el tono. Era imposible que no estuviera al tanto de lo ocurrido, si no por su padre por su hermano Pedro. Pero solo encontró una vacía mirada y un encogimiento de hombros. Nada que no tuviera que ver con ella directamente le debía interesar.

—Pues algo supe, sí. Pero dime, ¿qué te parece si tomamos una copa? Es buenísima esta casualidad, estoy sola y sin apuro de ningún tipo.

—Lamento tener que rehusarme, debo marcharme. Tengo una instancia importante.

—Es una pena, realmente.

Se movió hacia la zona de pagos con ella detrás y

conversándole. Una vez abonada la compra, pensó librarse de su compañía mas continuó pegada como una lapa. Ya en el estacionamiento, guardó los productos y al darse vuelta la encontró casi encima, sus senos bien visibles con el pronunciado escote.

—Me encantaría que pudiéramos vernos y charlar. Tomar algo, distendernos.

—Tengo compromisos—le señaló con frialdad.

Le molestaba lo desesperado y evidente de su ofrecimiento. Había mujeres que a veces no frenaban sus impulsos en el afán de lograr lo que querían.

—Santiago, no sabes lo que te pierdes—le dijo con picardía. Le tomó la mano y la posicionó sobre su busto, sin ningún prurito—. Siente mi corazón alocado de verte.

Retiró su mano con la delicadeza que pudo y tomándola por los hombros la corrió con suavidad.

—Eres bella, pero deberías tratar de no ser tan dadivosa con tus bondades. Especialmente con quien no las aprecia.

Dicho lo cual subió al vehículo y se retiró. Ella quedó mirando su partida y por el retrovisor alcanzó a percibir su gesto despreciativo.

“Qué momento incómodo” pensó. No dejaba de apreciar sus impresionantes atractivos físicos, pero era casi como un envase vacío. Ojalá no tuviera que topársela otra vez. Quisiera o no, lo ponía nervioso. No dejaba de ser familia de Asunción, aún cuando esta no la apreciara.

Dudó si decirle o no a su mujer, pero al fin reflexionó que solo la pondría de malas. Era apenas una anécdota y tenían cosas mucho más importantes por celebrar.

SIETE.

A Alejandra se la llevaba el diablo. El trabajo era cada vez más intenso. Faltaban voluntarios para desarrollar la tarea en el Centro y se acumulaban los problemas. El único solaz que encontraba los últimos días eran las visitas de David, que aparecía noche sí y otra también con algo para cenar o una invitación a pasear.

Le encantaban sus galanterías pero era además una oreja amiga y otra visión de las situaciones. Valoraba la amistad que estaban forjando y a pesar que sabía que él apostaba a más no quería apurar las cosas.

Esa noche en particular le hubiera hecho falta, pero en su lugar tenía una larga lista de expedientes por analizar para el día siguiente. El timbre la sobresaltó; al mirar por la mirilla y ver a Pedro se le vino el alma a los pies. La cara de desgracia que portaba era sinónimo de una larga noche de catarsis. Suspiró y le cedió paso.

No se equivocaba. A las pocas frases coloquiales sucedieron una catarata de reproches velados y luego un apurado relato de sus desventuras.

—Bien, Pedro, no entiendo bien de qué van tus asuntos ahora. ¿Peleaste nuevamente con tu padre?

—Un día acepta mi vocación y al otro la denosta. Pero creo que avanza en su comprensión de mi sueño.

Lo dudaba, pero si lo hacía feliz pensarlo, allá él.

—¡La que está insufrible es Sara! Pretende ser la nueva líder de la familia, la que va a salvar el legado que nuestro abuelo quitó a mi familia. ¡Cómo si se pudiera hacer algo!

Esto la puso en alerta. No quedaba nada claro lo que decía; como siempre su discurso de niño enojado era confuso y mezclaba temas. Decidió preguntar con calma.

—No entiendo a Sara. Es menor que tú, debería respetarte más.

—Es qué dice que ahora que papá la necesita para sus planes todo va a cambiar. E insiste en que debemos unirnos para proteger nuestro dinero.

—¿No lo resguarda tu padre, que se encarga de todo?

—Sí, es lo que le he dicho. Pero insiste que debemos usar todo a nuestro alcance para recuperar lo perdido. Tonterías, ya el abuelo fue claro en el testamento.

A veces no sabía si Pedro vivía en otra dimensión por comodidad o porque no era capaz de ver más allá de sí mismo.

—¿Tú estás enterado que tu padre inició un juicio de revocación del testamento de tu abuelo, no es así?

La miró encogiéndose de hombros.

—Ni se mucho ni me importa. Lo mío es el arte y no el vil metal.

—Pero te puedes dedicar a ello porque tienes los recursos.

—Sí, pero sin la Hacienda y la fábrica igual podría. Mi padre maneja las acciones de la minera y dan beneficios.

—¿Tú te has interiorizado de tales negocios alguna vez?

—No es lo mío, confío en el buen olfato de Esteban.

"Lindo vas" no pudo evitar pensar. Nada que requiriera mucho esfuerzo lo inquietaba. Luego de escuchar su perorata por un tiempo más le hizo saber que necesitaba descansar. Al quedar sola, su cabeza bullía. ¿Qué sería que estaría pasando con Sara? ¿Qué estarían tramando esos dos, padre e hija? Eran el uno para el otro.

Por otro lado, tomó conciencia de la nueva forma en que había comenzado a tratar y pensar en Pedro. La fastidiaba con rapidez y las ganas que habitualmente sentía de acompañarlo se diluían. Se alegró en el fondo. "Parece que poco a poco el sortilegio se empieza a quebrar". No dejaba de aliviarla.

Apagó la pc portátil, guardó expedientes y se aprestó a dormir. A la mañana siguiente había quedado de encargarse de Florencia y ser su taxi mientras Asunción y Santiago concurrían a la clínica. Estaba tan feliz por ellos: había visto su romance crecer y consolidarse y comprobar ahora que apostaban a conformar una familia la hacía añorar lo mismo.

Factiblemente por ahí también venía su encono con Pedro. O con ella misma. Estaba perdiendo la oportunidad de vivir su vida a pleno detrás de la quimera de un amor platónico. "Pues hasta aquí. No

doy más oportunidades a quien no es capaz de aprovecharlas. Tengo opciones”. Pensar en esto la llevó a la imagen de David. Se regodeó en su recuerdo y se durmió decidida a encarar la relación con él desde otro lado. No tenía dudas que tendría buena recepción.

La siguiente jornada fue bien ocupada; Florencia tenía una aceitada rutina que implicaba varios lugares. Le encantaba tener la oportunidad de hablar con ella.

—Dime, Flor, ¿cómo va todo?

—Muy bien. Me he sacado muy buenas notas y aprendo mucho.

—Lo sé, eres muy responsable. ¿Y como te lleva tu nueva vida? ¿Extrañas algo de la anterior?

—A veces me acuerdo del barrio y de mi abuela.

Escuchó con calma y la dejó seguir. Era importante que se expresara con libertad y tal vez con Asunción y Santiago no se animaba.

—Pero no extraño. Los recuerdos no son lindos. Mi abuela no era buena y siempre tenía hambre o frío. Y muchas veces miedo.

No lo dudaba. Los ambientes en que se había desenvuelto eran tremendos.

—Ahora tengo todo lo que me faltaba. Hasta amor.

Sonrió y meneó la cabeza. En esa frase resumía la niña que su nueva vida era infinitamente mejor. Se preguntó cómo reaccionaría cuando supiera que Asunción tendría un bebé. Decidió explorar la idea.

—Van a ser una familia preciosa. Y cuando vengan hermanitos postizos más aún.

—¿Tú crees que Asunción y Santiago me van a querer aún cuando tengan hijos suyos?

—¿Lo dudas? Yo no. Conociendo a ambos, van a tener el mismo amor para todos. Y tú vas a ser la que los va a ayudar con todo. El día que eso ocurra va a ser maravilloso.

—Sí, yo sé muchas cosas. De seguro Asunción me va a preguntar todo.

Era realmente bella.

Al mediodía se encontraron todos en un centro comercial a

almorzar. Las caras de sus amigos eran de total tranquilidad y ante su muda interrogación Asunción asintió con la cabeza.

—Todo bien y comprobado. Llena de recomendaciones y tareas, la principal tomarme las cosas con calma y evitar los excesos y el estrés. ¡Bien se ve que la ginecóloga no está en mis zapatos!

—Deberás obedecer y te vamos a ayudar. A partir de aquí no vas sola a una instancia judicial más—aseveró Santiago con firmeza.

—Mañana mismo hay una, esta vez con el notario. Debemos presentar un escrito ante Juez y revisar de qué va la recusación.

—Mañana vamos ambos.

—Y toda vez que sea necesario voy yo—les aseguró.

Creía acertada la medida y obligaba a Asunción a "bajar revoluciones" y abandonar la tendencia a resolver todo sin ayuda. En estos casos era vital acompañarse y cuidarse.

Florencia llegó sin aliento y famélica de la zona de juegos. Mientras daban cuenta de la suculenta comida, manifestó que extrañaba a David. Era su fan número uno y no le llamaba la atención. Tenía un talento especial con los niños.

—Él gusta de ti, ¿te has dado cuenta, Ale?

Parte del bocado se atragantó en su garganta obligándola a toser y beber agua, entre las risas de sus amigos.

—Qué cosas dices, Flor.

—De veras, yo le pregunté y me dijo que sí.

—Deja ya eso, Flor—dijo Santiago a las risas—. Alejandra se pone nerviosa.

La verdad es que la cohibía un poco pero a la vez se sentía parte de una familia. Y le encantaba.

Decidió tomar la tarde para mimarse. Hacía un tiempo enorme que no se daba el gusto de un buen masaje y peinado, así como comprarse ropa linda.

Renovada y descansada, sobre la tardecita estaba en su casa. Y le pesó un poco verse sola. Esto la impulsó a llamar a David, quien recibió su invitación con rapidez.

—Te invito yo, "my queen"[4]. Paso por ti y vamos al mejor restaurant. Ponte más bella, si eso es posible. Bailaremos y beberemos

como si la noche no tuviera “end”.[5]

Le encantó el plan y se felicitó por su iniciativa. “El mundo es de los osados, Alejandra. Por fin te vas avivando”.

A las 8 en punto un impecable David tocaba a su puerta. Informal pero masculino, su fuerte perfume cítrico la envolvió. Se dejó guiar y se maravilló al comprobar que él había elegido un lugar increíble en el coqueto barrio de Polanco, el mismo donde Asunción había residido por años.

El ambiente era cálido y agradable y la sensación de comodidad la envolvió. La exquisita combinación de pescado con mantequilla, avellanas y papas se disolvió en su boca. Enfrente David devoraba un pollo adobado con chiles, romeritos, rábano negro y frijoles que colorearon su rostro. Regado todo con un exquisito vino blanco la charla se hizo íntima y las miradas no dejaban de buscarse.

Evitaron el postre y salieron al fresco de la noche. Se arrebujó en su chal y él la envolvió entre sus brazos.

—Tienes frío, “my queen”.

—Tus brazos me dan calor—acotó con suavidad.

Esto hizo que el cerco de sus brazos se cerrara más. Pronto se besaban con apuro y placer. Lo dejó hacer, consciente que ella lo deseaba tanto como él. Parecían adolescentes probando por primera vez a qué saben los besos y le encantó esa sensación de libertad.

—¡Me enloqueces, “Darling”! No he tenido mujer más deliciosa que tú en mis brazos.

—Mmmm. No sé si creerte—le bromeó.

—Pues confía en mí, es así. Por ello es que estoy en México.

—Pensé que era por las enchiladas y el tequila.

—También, claro. Pero de seguro no me dan el placer que me induces tú.

La insinuación casi directa que sus palabras implicaban hizo correr un escalofrío en su nuca. Le gustó jugar con fuego.

—Puedo provocarte mucho más.

Sintió su profunda mirada que la atravesaba y la envolvía toda. Se ruborizó por lo dicho.

—Apuesto a ello.

Un poco avergonzada por su actitud siguió caminando y él pronto la alcanzó.

—Me gustas como ninguna otra. Hoy es una noche para disfrutar. No te llenes de temores y acompáñame. No va a pasar nada que no quieras.

Lo miró y sintió verdad en sus palabras. Decidió abandonar sus aprensiones. Era adulta, le gustaba a rabiar y la vida pasaba rápido.

—Voy donde quieras.

Esta declaración fue suficiente para que tomaran el coche y fueran al hotel donde él se hospedaba. La habitación era sencilla y acogedora. La invitó directo a su dormitorio y le sorprendió encontrar una enorme cama de dos plazas.

Él tomó el cierre de su vestido y lo bajó con cuidado. Besó su piel y ella sintió que se estremecía. Pronto estuvo en ropa interior, pero no se sintió expuesta. Giró ante su pedido y notó sus ojos encendidos.

Lo ayudó a quitarse su camisa y acarició su enorme pecho: sus pectorales, su trabajado abdomen. Su corpiño fue eliminado con rapidez y sus senos, demasiado grandes para su gusto, se regodearon al sentirse libres del rigor. Sus pezones eran dos flechas, tan excitada se iba poniendo. El la hizo girar para que se pudiera ver en el espejo.

—Mírate, “queen”. Eres la perfección hecha carne y mujer. Ansío besar tus pechos, para empezar.

—Pues ya te demoras—le soltó con ronca voz.

Esto hizo que rápidamente se agachara y tomara cada seno con una mano y comenzará a succionar y lamer uno y otro alternadamente. Manejaba la lengua con maestría, tanto que cada vez que envolvía un pezón con ella sentía que su excitación corría como electricidad. No podía evitar gemir.

—Me pones “crazy[6], queen”.

Lo hizo incorporar y lo ayudó a quitarse los pantalones a la vez que terminaba de desnudarse. Quitadas todas las barreras el frenesí de la pasión los llevó a disfrutar de cada uno de sus rincones y lugares. Abrazaron, besaron, lamieron y sorbieron todo de sí, apostando a conocerse y no dejar un milímetro de piel sin visitar. Nunca antes

había tenido sexo de esa manera: salvajemente y sin límites, pero a la vez con respeto y cuidado. La noche se hizo corta ante tanto fuego.

Al despertar del día siguiente, una mezcla de felicidad y tranquilidad la envolvía. No se arrepentía de nada. A la luz del sol y sin vapores de alcohol, agradecía la decisión que había tomado. Gozar.

A su lado yacía durmiendo con total placidez un hombre con mayúsculas. Apasionado, sexual, respetuoso y galante. No había perdido sus hermosos modales aún en los momentos más candentes del acto sexual. Se sentía realmente una reina, “queen”. Sólo podía lamentarse no haberse decidido antes. “¿Pedro?” se preguntó. “Perdió su turno y su momento. Y cuánto me alegra darme cuenta de eso”.

—¿Qué piensas, Darling?

David se encontraba despierto y la miraba sonriente.

—Tengo tarea para nosotros hoy.

—Me encanta si es igual a la de la noche.

—Nada de vicios—le dio un suave pellizco—. Ayudar a nuestros amigos. Ver como averiguar algunas cosas que les puedan ahorrar disgustos en los juicios.

—¿A qué te refieres?—contestó, picada ya su curiosidad.

—Dos cosas quiero saber. De qué va Marcela, la desaparecida abuela de Florencia.

—Esa bruja…—rezongó él.

—Y qué se trae Sara, la prima de Asunción, con el tema de la herencia.

—Pues estoy a tus pies. Investigar es lo mío. Y si me acompañas, no puedo pensar en nada mejor. Y ahora, hecho el plan… Ven a mí…

OCHO.

Esta tarde sería un momento dulce, de revancha. Ya su abogado le había comunicado que era necesario se presentaran a careo con su sobrina pero que de seguro se decretaría el embargo de los bienes en disputa, en previsión de lo que pudiera pasar. Esto implicaría que la Hacienda y la fábrica continuarían trabajando bajo un régimen controlado y las ganancias serían congeladas en las cuentas de su fallecido padre.

Esa advenediza no disfrutaría del bienestar que había pensado. Y esto era solo el comienzo: pretendía que eso fuera algo permanente y que la Justicia proclamara la razón de su litigio. Había sembrado el camino con generosidad y había manos que enlentecerían el proceso judicial. El no tenía apuro y le daba tiempo para preparar su estrategia.

Debía lograr testimonios de la poca cordura de su padre en los últimos años y paradojalmente sus propios ilícitos serían la clave. El titular de todo siempre había sido Ramón Del Valle, ¿por qué no pensar que él mismo había sido el gestor de la alianza con los narcotraficantes? Fallecido ya, poco importaba su memoria si lo beneficiaba.

Esperaba que su hija hubiera avanzado en el cometido que le había solicitado. La información proporcionada por el detective había sido muy exhaustiva acerca de los horarios y lugares a los que concurría habitualmente Santiago. Solo era necesaria una coincidencia, una mujer astuta y bella y un buen fotógrafo para urdir una trama. "El muy tonto. Acostumbrado a meter narices en la vida de los demás no sospecha que va a probar su propia medicina".

Perdido en estos pensamientos, se percató de la presencia de Pedro cuando estaba a su lado. Suspiró con fastidio.

—¿Qué pasa ahora?—le gruñó.

—Padre… Estoy necesitando algo de efectivo. Debo afrontar gastos extras en mis cursos de pintura.

Increíble. Seguía empeñado en tirar su dinero por la alcantarilla

con sus amigotes bohemios. Había días que lo sacaba de quicio.

—¿No fue suficiente con lo que te he pasado este mes? Debes pensar en ahorrar más o al menos gastar en cosas más útiles.

—Ya lo hemos discutido, padre. Tú mismo has dicho que la minera va muy bien y mis ganancias…

—¿Tus ganancias, mequetrefe?—Era inaudito—. ¡Las que yo produzco para ustedes con mi trabajo, dirás!

—Yo podría colaborar si me dices cómo. Puedo intentar…

—¡Deja ya! Sería inútil y perderíamos tiempo, yo tratando de enseñarte cómo manejar una empresa y tú pretendiendo aprender.

La entrada de Sara frenó un tanto la discusión.

—Yo misma le he dicho a Pedro que debe estar más alineado con los intereses de la familia y menos inmerso en los de él. Podría ser una buena ayuda con lo del juicio por Santa Isabel.

La fulminó con la mirada. No quería a su hijo metido en este tema, ya bastante había malogrado las cosas en la Hacienda cuando todo se podía haber resuelto. Ese muchacho tenía repentinos accesos de conciencia que no eran de utilidad.

—¡Si solo me dijeran cómo! Pero yo creo que el testamento es claro.

—¡Deja tus creencias para ti!—le soltó con ira—. Ramón del Valle no decidió con cordura y esto lo voy a arreglar yo.

Sacó su chequera y estampó su firma en una cifra que le pareció lo sacaría del medio por unos días.

—Toma y ve, sigue tus cursos. Déjame ya que debo trabajar.

Luego que se aseguró que se retiraba y no quedaba rondando por ahí, cerró la puerta del escritorio y encaró a su hija.

—¿Hiciste lo que te pedí?

—Claramente, padre. ¿Te he fallado antes?

—Bien, no te he pedido mucho hasta ahora. Dame detalles.

Ella se ubicó cómodamente y sonrió con cinismo.

—Es muy fácil tratar con los hombres. Más con los que se creen irresistibles. Lo esperé a la hora de salir y lo seguí hasta un local comercial. Allí lo encontré “por casualidad” y lo conversé durante un tiempo. Lo acompañé hasta el estacionamiento y allí me le acerqué

insinuante. Espero que tu fotógrafo estuviera bien ubicado. Mi actuación fue digna de un Oscar.

Asintió. Sin duda las tomas serían adecuadas y tendrían el efecto que buscaba.

—Bien. Hoy me acompañarás al careo con tu prima. Te quiero resplandeciente, que te vea y se ponga verde de celos y envidia.

La mañana discurrió con rapidez y a la una en punto estaban dispuestos con su abogado, prontos a dar la mejor impresión a los encargados de decidir acerca de la herencia. Llegaron temprano, más aún así su sobrina ya estaba allí acompañada por el notario y Santiago.

Puso su cara más compuesta y saludó al ingresar, sin esperar ni recibir respuesta. Sara se comportó con maestría, dando besos a diestra y siniestra, demorando incluso su cara en la mejilla de Santiago. Sonrió interiormente al ver la mueca de disgusto en la cara de Asunción. “Tan previsible, tan descifrable”.

A los pocos minutos fueron llamados al despacho del Juez que se encargaría del litigio. Ya tenía datos sobre él; si bien no lo conocía personalmente, sabía que sus amigos del club de golf tenían acceso al mismo. Los usaría sin dudar.

—Bien, sean bienvenidos. Las circunstancias no son evidentemente las mejores. He estado tomando contacto con el caso y primero que nada debo decir que en la parte legal no parece haber fisuras.

—Así es, su señoría—acotó el abogado de su difunto padre—. Cumplimos con las formalidades y los trámites exigidos. Debo acotar además que anexamos en su momento los análisis médicos que daban cuenta de la buena salud mental de mi fallecido cliente.

—Tengo todo, es así. Mas la recusación ha agregado información y datos de las acciones del occiso Ramón Del Valle que al menos arrojan cierta sombra de duda y es menester investigar.

—Toda esa información es fruto de una paciente investigación. Además mi cliente, Esteban Del Valle, ha decidido dar a conocer detalles de los últimos años de su padre que hasta ahora se había negado en honor a su memoria. Pero le he hecho comprender que el

futuro de sus hijos y de él mismo está en juego.

Todo esto fue expresado en tono de cordialidad y gravedad por su costoso abogado, sin duda el mejor litigante del país. Él escuchó lo dicho con cara de circunstancias, soportado la inspección que el juez hacía sobre su persona. Estaba en su salsa.

—¿Algo que desee dejar constancia ahora, señor Del Valle?

Había esperado y preparado este momento.

—Si me permite, su Señoría. Créame que no llego a esta instancia inmune. Un profundo dolor me atraviesa. Lo que más quisiera es que mi difunto padre descansara en paz y no tener que atravesar por el oprobio de un proceso que ponga en tela de juicio sus acciones y su vida. Pero las circunstancias me obligan. Sé con absoluta claridad que mi padre elaboró este testamento sin claridad ni independencia de mente. La influencia de los aquí presentes, mi sobrina Asunción y su actual pareja, otrora guardaespaldas de mi padre, fue decisiva.

Vio la agitación provocada y que su sobrina pugnaba por hablar, mas fue contenida por sus acompañantes. El Juez la miró con severidad.

—Tendrá su momento, señorita. Continúe.

—Mi padre dependía de mí para muchas de sus empresas y decisiones. Sin embargo, dos años antes de su muerte, coincidiendo con la llegada del mencionado Santiago López, su actitud cambió. Creo con firmeza que se debe a sus malas artes. Lo sospeché luego de la lectura del testamento, a pesar del asombro que este me provocó. Y lo confirmé por la vía de los hechos, cuando comprobé la connivencia de ambos y su relación de pareja.

Bajó su cabeza y la meneó en un gesto de abatimiento bien estudiado. Levantó la mirada y la clavó en el magistrado.

—Créame que de haber sido menos ingenuo, menos crédulo, nada de esto hubiera pasado. Tal vez mi padre…—dejó que los segundos transcurrieran.

—¿Tal vez su padre hubiera mantenido su anterior testamento, afirma usted?—completó el juez.

—Tal vez aún estaría vivo.

Estas palabras sonaron ominosas, acusadoras y provocaron el respingo de su contraparte.

—¡No te voy a permitir tus insinuaciones y desleales acusaciones veladas!—gritó Asunción a la vez que se incorporaba.

Esquivó la mirada y trató de reprimir el gesto de gozo por el desorden provocado. Debía proyectar una imagen de equilibrio y bonhomía, unida al dolor.

—¡Señorita Hernández!—elevó el juez enérgicamente su voz—. En este recinto no permito gritos ni desmanes. Su tiempo de argumentar está disponible y tendrá momentos a lo largo del juicio para alargar sus descargos.

Sintió nuevamente la mirada sobre él y la voz que le inquiría con energía:

—Señor Del Valle, ¿tiene usted alguna otra denuncia o puntualización concreta que realizar?

Negó y dejó que su abogado continuara con datos y detalles de la recusación cursada.

Al llegar el momento de Asunción la notó alterada y nerviosa, con una imagen casi culposa de tan patética. Ojalá el magistrado compartiera su impresión. Nada de la energía demostrada en la Hacienda Santa Isabel meses atrás, cuando lo había confrontado, estaban presentes hoy. Se la notaba apagada.

Claramente las dos instancias judiciales le estaban pasando factura. Cuando se le agregara lo próximo planeado su vida sería caótica. La primera vez que se habían enfrentado él había estado en desventaja. No conocía el testamento ni la identidad del agente encubierto. Ahora los hilos de la historia los manejaba él y esta marcharía a su antojo.

Reaccionó cuando escuchó que el Juez inquiría sobre el tenor de la relación entre su sobrina y Santiago López y desde cuando esta era una realidad.

—No conocía a mi pareja actual al momento de llegar a la Hacienda para despedir los restos de mi abuelo. No veía a este hacía varios años porque nuestras relaciones se habían enfriado, más que nada de mi parte.

—Parece extraño que le haya legado porción importante de su patrimonio si es tal como usted lo cuenta.

—Yo misma me sorprendí. Pero sé que él me amaba, así como yo lo quería mucho. Las circunstancias que nos separaron se referían a algunos asuntos íntimos que me dolieron y no entendí en su momento.

—Por tanto usted niega haber tenido contactos previos o haber planeado algo con Santiago López que le permitiera convertirse en heredera.

—¡Totalmente falso y ridículo! ¡Una vil patraña de un hombre que pretendió asesinarme cuando descubrí la connivencia que tenía con capos locales de la droga! ¡En eso había involucrado a mi abuelo y su Hacienda!

Fingió dolor y tocó suavemente el brazo de su abogado, que se inclinó hacia él en un gesto de consuelo y luego emitió una protesta.

—¡Nada de lo que la señorita argumenta se basa en una sola prueba!

—¡Mi pareja, aquí presente, es agente de la DEA y como tal intervino en el lugar y en el momento en que sus cómplices intentaron matarme! ¡Diles, Santiago!

—Yo tomaré las declaraciones y seré quien pregunte, señorita– el Juez carraspeó con fuerza—. Esperaba una audiencia más calma y mayor voluntad de diálogo y negociación. Veo que esto no es posible. Auguro un camino largo y difícil hasta que podamos dirimir el tema por los caminos legales. Pero a ambas partes advierto, no tomaré acusaciones veladas o sospechas sin pruebas como testimonio de nada. Todo lo que aquí se muestre deberá estar avalado por testigos o documentos. Es todo, revisaré los aportes, los documentos e iniciaré una investigación exhaustiva–explicó mientras se retiraba.

No esperaba mucho más que esto y creía había salido bien. Se incorporó con calma y arregló su traje mientras Sara parloteaba a su lado. Observó a Asunción de soslayo y la vio retirarse rodeada.

“Descansa hoy, querida. Los próximos días te van a resultar agotadores” pensó con sorna.

NUEVE

Salió del Juzgado hecha una tromba, furiosa por la situación y el momento que acababa de atravesar. Nunca esperó que el encuentro con su tío fuera agradable, habida cuenta de todo lo sucedido entre ellos, pero había sido realmente tremendo y tenso. Por instantes la había llevado al borde del estallido.

Escuchó la voz de Santiago y su notario conversando detrás. Sin esperarlos ingresó al vehículo y se concentró en rumiar su furia.

Recordar la cara cínica de su tío, su expresión fría y falsamente afable, le producía un escalofrío de repulsión. “¿Cómo se puede ser tan ruin y tan artero?” No había dudado en mentir descaradamente frente al Juez y mostrar una faceta que no era la suya, amén de esgrimir una serie de falacias encadenadas.

Todo había sido puesto bajo sospecha: su relación con su abuelo, con Santiago, con la herencia. Todo lo que veía con amor manchado por ese manipulador con el lodo de la suspicacia y el recelo.

Apenas Santiago subió al vehículo comenzó a desahogarse sin freno, mientras él la observaba en silencio. Luego la tomó entre sus brazos y la estrechó, única forma que encontró de tranquilizarla.

—Cálmate, ya está bien. ¿Qué esperabas en este contexto? Es tu tío, ya sabemos la clase de persona que es. No dudó en exponer tu vida antes, ¿crees que va a ahorrarse alguna estrategia a fin de quedarse con la herencia?

—¡Me presentó como una vulgar manipuladora y hasta llegó a insinuar que ambos planeamos todo para quedarnos con la Hacienda!

—Estuve ahí. Por si se te pasó, que creo que sí, también nos acusó veladamente de apurar la muerte de tu abuelo.

Lo miró asombrada. Eso no lo había interpretado exactamente así.

—¡No tiene límites!

—No hay escrúpulos aquí, Asunción. Prepárate para jugarretas más sucias. Él va a tratar de ensuciar tu imagen y jugar a demostrar la

incoherencia de tu abuelo. Cuanto más enrede los hechos más lo beneficia.

—Pero hay pruebas que quiso matarme…

—No, la verdad es que no.

Esto la desconcertó. ¿Qué quería decir? Él más que nadie sabía que era así: fue quien evitó su muerte, quien la protegió en su momento.

—Asu, eso lo sabes tú por tú primo, pues fuiste advertida. Pero la realidad fue que los que te atacaron fueron los Hidalgo.

—¡Bajo su influjo! Seguramente en los detalles de su arresto ha de figurar que quien ideó todo…

—¿Recuerdas que uno de los capos murió y el otro escapó? No hay pruebas de lo que afirmaste frente al Juez. Por lo que a él concierne, lo que tú dices es tan verdadero o falso como lo que tu tío expresa.

—Pero en los informes que tú y tus compañeros hicieron para la DEA debe haber algo.

—Lo formal y que atañe a la investigación por narcotráfico. Pero también es bastante secreto. Sí es comprobable que yo estaba en el lugar por una comisión formal de la Agencia, claro. Que no estuve allí por un plan personal, quiero decir.

Suspiró y se recostó. Cerró los ojos; su cabeza le estallaba.

—Ya está bien por hoy, déjalo ir, querida. No puedes cambiar las acciones de los otros. Veremos qué hacer con lo que tenemos. La parte legal es sólida, es probable que todo esto complique y alargue el proceso, pero el notario está convencido que se puede ganar.

—Si él lo dice…

—Por otro lado, me manifiesta que es necesario encares una acción legal más neutral. Su tarea era con tu abuelo y por extensión contigo. Pero argumenta con buen tino que parece demasiado inclinado a tu lado y eso no te beneficia. Necesitas otro abogado, independiente y con más experiencia en lo penal.

—¿Me abandona?—gimió lastimeramente. Se sentía cercada.

—Tontita—la regañó—. Se da cuenta con astucia que él mismo puede ser el talón de Aquiles de la defensa y te da pie para que

busques otro asesoramiento. Es un buen hombre.

—Está bien—soltó—. Maneja, por favor. Solo quiero llegar a casa y recostarme a descansar. Mis pensamientos son un caos y tengo que recomponerme.

Él le tomó el rostro con una mano y besó con suavidad sus labios. Lo abrazó y permaneció un rato así. Cuando se desprendió se sentía un poco mejor. Sabía que no estaba sola, pero el momento la había abrumado.

—Venga, nena. Anímate. Tienes un hermoso esposo, una maravillosa niña que espera por ti. Y estás forjando una vida nueva, prolongación de ambos. Algunas cosas van mal, pero esto que tenemos es impagable, no hay herencia que lo compre.

Tenía razón, claro que sí. Se dispuso a cambiar el chip y mejorar el humor. De seguro su ladino tío apostaba a verla desarmada. Tenía que demostrarle que era fuerte.

—Esta noche me tienes que mimar mucho, Santiago. Una rica cena, unos lindos besos. Debo blindarme contra todo. En cualquier momento tendré que lidiar con Marcela nuevamente.

—¡Pues claro que lo haré! Venga, recuéstate mientras manejo.

Su humor mejoró con las horas y esto fue obra de sus amores. El calor de un hogar compensaba todos los malos momentos, pensó. Sin embargo, una vez dormidos ambos ella no podía conciliar el sueño. Escenas de su vida aparecían ante sus ojos en una discontinua relación.

Nunca imaginó tener que pelear por una herencia. No estaba en ella la ambición pero defendería la última voluntad de su abuelo. Este había adorado Santa Isabel y si se la legó es porque creyó la merecía. Había sido el hogar de su madre y de ella misma. Por momentos sintió el viento en su cara y el sol en su cabeza. Los recuerdos la invadieron y la transportaron hacia una niñez agridulce: de dolor por la ausencia de sus padres, de cariño por su abuelo, de amor por la tierra y la tradición familiar.

“No, querido tío” pensó con sorna, “no te va a resultar tan fácil eliminarme. Soy una Del Valle, tengo lo mejor de ellos. Soy fuerte. Me puedo desanimar pero tengo bastones que me apoyan”.

Así, arropada en este fuerte pensamiento y determinación, se durmió. Al despertar, la mañana luminosa la llenó de confianza y energía.

Levantarse y encontrar una romántica nota de Santiago elevó aún más su ánimo. Envuelta en su bata fue por Florencia y la encontró en la cocina, preparando un completo desayuno.

—¡Pero qué hacendosa y qué rico todo!

—Me pidió Santiago te ayude que estás un poco "pachucha". La verdad, solo estoy poniendo los platos, él dejó todo preparado—sonrió y preguntó con algo de ansiedad—. ¿Estás mejor?

—Sí, nena. Solo unas noticias algo desagradables ayer.

—¿De mi abuela?—se preocupó la chiquilla.

—Para nada—la calmó. No le gustaba que se preocupara innecesariamente—. De mi tío, un tipo complicado. Pero nada que no tenga arreglo.

—Muy bien—aprobó la niña con gesto de entendida—. Mi maestra dice que siempre hay que buscarle el lado bueno a las cosas y si no buscar una salida.

—Inteligente señora—le sonrió—. ¡Te me comes el pastelillo más rico!

Concentrarse en las tareas de la casa y en la niña la distendió. Hacia el mediodía, todo estaba en calma y Florencia había marchado a sus clases. Se propuso una tarde de relax y no dar descanso a su mente: películas, aperitivos saludables, búsqueda en Internet acerca del momento gestacional en el que estaba. Quería estar más pendiente de sí misma y de las sensaciones que una pequeña vida creciendo en su vientre implicaban.

Dentro de los consejos que aparecían y no es que fuera algo novedoso, estaba el ejercicio físico. Hacía buen tiempo que no daba una buena caminata que le oxigenara la sangre y el cerebro, por lo cual decidió era buen momento para comenzar. Una vez en marcha y a medida que transcurrían los minutos, se sintió más motivada y enérgica y esto le permitió caminar cincuenta minutos a buen ritmo. Al volver al edificio estaba algo agitada pero contenta. Chequeó el casillero por correo y con dos o tres sobres subió al apartamento

dispuesta a darse una larga y rica ducha.

Ya pronta y compuesta y con un rico té en sus manos hojeó descuidadamente la correspondencia. Cuentas, una citación, un sobre sin remitente. Esto le llamó la atención y lo abrió. Del interior cayeron varias fotos y una nota.

Decir que el shock fue grande no hace justicia al momento. Miró con rapidez e incredulidad una tras otra y luego otra vez, para tirarlas con furia en el piso. La nota, al principio descuidada, saltó ante sus ojos con impersonal imprenta: “Una muestra de que no le dicen toda la verdad”.

Hecha un ovillo sobre uno de los extremos del sillón, miraba las impresiones que aún tiradas parecían brasas que quemaban sus ojos. Santiago y Sara… ¡No podía ser, no lo podía creer! Pero allí estaban las pruebas: ella sonriente e insinuante, abrazada a él. La pose era íntima, no había forma de confundirse. Los gestos parecían inequívocos.

Sintió que las palpitaciones aceleraban su respiración y pugnó por tranquilizarse. Cerró los ojos y respiró una y otra vez, cerrando mecánicamente su mente a cualquier pasión. Debía calmarse, pensar con lentitud y examinar todo. No podía darse el lujo de precipitarse, pero tampoco de negar lo que parecía evidente.

Sara había estado interesada en Santiago cuando lo conoció, ese era un hecho. Y él no le hizo ascos para nada. Su mente se alejó para recordar momentos que la habían puesto celosa o molestado con anterioridad, cuando aún no eran pareja. Aquella había estado a la caza y tal vez, pues nunca le preguntó a Santiago, habían intimado.

¡Pero todo eso era pasado, estas imágenes no correspondían a esa época! Eran bien actuales, tanto que Asunción reconoció parte del look que su prima había lucido el día que se encontraron en el local de ropa. Hacía pues pocos días de esto.

La gravedad de la verdad se abrió paso. ¿A qué había ido la muy maldita, a burlarse internamente de ella? Mas eso no le interesaba. Su problema era Santiago. ¡Eran pareja, amantes, tenían una relación que parecía sin fisuras! Al menos para ella.

Se tomó la cabeza con las manos mientras giraba por la sala.

¿Era un artificio, ella había creído en una quimera? ¿El la había engañado de tal forma?

Peor aún, la infidelidad era con su propia prima, su enemiga. Como un ramalazo vino a su cabeza algo que los sucesos de ayer habían dejado ocultos. Sara había ido al Tribunal y a ella le había fastidiado la forma en que su boca se había demorado en el beso supuestamente formal a Santiago. Un indicio más.

Momentos de frialdad y análisis daban paso a la furia y al descontrol. A la hora que Florencia y Santiago debían arribar, juntó las fotos y la nota y se retiró a su habitación. No quería poner a la niña en el medio, por lo cual fingió estar con una fuerte jaqueca. Esta excusa le permitió no tener que enfrentar la situación inmediatamente pero esta era inexorable y sabía que explotaría si no encaraba al caradura maldito, que además ahora fingía desvivirse por atenderla.

Pasó una noche tremenda, sin pegar un ojo, buscando modos de hablar, gritando en silencio su dolor y su pena. El llanto no llegaba y sabía que esto hacía las cosas peores.

Cuando escuchó que él se levantaba para irse, le espetó con frialdad.

—Necesito hablar contigo. Es urgente. Pero Florencia no puede estar.

El la miró con desconcierto y se acercó, solo para recibir un manotazo furioso.

—¡Déjame! Asegúrate que la niña esté contenta y vaya a sus clases. Dile que sigo con dolor. Y vuelve.

—Asunción, no entiendo qué te ocurre. No puedes dejar que lo de ayer te modifique tanto…

—Nada tiene que ver lo de ayer. Es algo nuestro—lo miró con odio—. ¡Ve y vuelve! Ahí verás de qué va todo.

La obedeció con renuencia y al sentir la puerta que anunciaba que se marchaba a llevar a Florencia, suspiró. A la vuelta le gritaría su tremenda decepción, su gran dolor. Se preparó para sus descargos y sus mentiras. ¡Otro jirón de su vida se derrumbaba! ¡Y como atormentaba!

DIEZ

Santiago acompañó a Florencia al colegio y trató de seguir su charla alegre de la manera más normal. No alcanzaba a entender el enojo de Asunción, lo desconcertaba y molestaba. Está bien que ella estaba acosada por situaciones estresantes pero habían hablado de controlarse y de tratar que no afectara su relación.

La dimensión que alcanzaba su reacción era desmesurada. Probablemente tenía que ver con su estado; había escuchado muchas veces que la carrera hormonal que implicaba el embarazo para las mujeres alteraba absolutamente su carácter. "Dios mío, y recién estamos en los primeros meses". Se conminó a ser paciente y comprensivo y regular su natural impetuosidad ante los comportamientos ilógicos e irracionales. Era su mujer, la amaba y debía protegerla.

Al regreso la encontró acurrucada en un rincón del gran sillón, frágil y desamparada. Se le encogió el corazón ante su gesto de perrito mojado.

—Asunción, querida—se acercó para consolarla, solo para recibir un nuevo manotón.

—¡Déjame!

"Por favor, ¿es necesario ese gesto de odio y esa mirada de furia?"

—Asu, yo entiendo que estés cansada y alterada…

—¡Qué cinismo tienes!

—A ver, solo digo que te debes tranquilizar y no permitir que te controlen los nervios.

—¿Crees que este es un problema de nervios, eso piensas?

Se incorporó rabiosa y caminó hacia el pequeño escritorio, del cual extrajo un sobre que le arrojó a la cara. Pudo atraparlo antes que le impactara el rostro. A esa altura sentía sus estribos al borde del descontrol.

—¡Estás actuando como una desquiciada, mujer!—espetó mascando las palabras.

—¿Sobreactúo? ¡Mira el contenido del paquete y dime si no tengo motivos!

Rompió el sobre al abrirlo, para encontrar en el interior varias fotos suyas con Sara. Las miró una a una a la vez que fruncía el ceño. “¿Qué es esto?”

—¡Dime ahora si estoy reaccionando con desmesura, condenado infeliz!

Pasó las imágenes más lentamente esta vez. Claro que reconocía la situación, no hacía mucho de ella. Pero la realidad del encuentro parecía distar bastante de lo que las impresiones arrojaban. Para alguien que las analizara, allí había un encuentro casi amoroso, o al menos muy sexual. Miró a su mujer y la vio con los ojos como flechas, furiosos dardos que se clavaban en él buscando una explicación.

—Esto no es lo que parece…—fue su primer argumento. Hasta a él le sonó ridículo, aún cuando era la verdad.

—¡Qué falso eres!

Esto lo enojó. No entendía el origen de las fotos.

—¿Me has hecho seguir? ¿Desconfías de mí?—la inquirió.

—¿Me interrogas tú a mi? ¡No tienes cara!

—Solo pregunto. Me extraña como estas imágenes te han llegado.

—¿Acaso eso es lo que importa? ¿No entiendes que la gravedad es el hecho, la traición?

—¿De qué traición hablas, mujer?—rezongó.

Cualquier persona que mirara las fotos con atención y desapasionamiento vería su cara de fastidio y lo casual de los gestos. Pero claro, no podía pedirle eso a Asunción.

—No voy a permitir que me faltes el respeto, yo no soy un monigote al que convences con tu retórica…

—No tengo nada que convencerte, querida. Por favor, mira estas fotos con calma. ¿Parece que estoy interesado en ella?

—¡Tu mano en su busto y la cercanía, además del hecho que se vean en secreto son denuncia y prueba suficiente!

—Nunca me he sentido atraído por ella y esto es evidentemente una confusión.

—¡No me mientas! ¡Recuerdo perfectamente tu mirada lasciva sobre ella cada vez que podías! ¡No me extrañaría que te hayas revolcado en su lecho cada vez que quiso!

—Bueno, basta. No voy a seguir hablando contigo mientras estés en esta postura. No te hace bien, ni al bebé.

—¡Yo decido como me siento y cómo reacciono! ¿Crees que vas a usar la excusa de mi embarazo para escaparte y no dar la cara? ¿Desde cuándo estás con ella?—le gritó acercándose con el dedo en alto, su cara desencajada.

Se sintió desarmado. No tenía nada para explicar pero ella no lo iba a entender. Su mente le dictaba que él le era infiel y probablemente le dolía a rabiar. Sabía lo sensible que era detrás de su máscara de orgullo e impavidez.

—¡No estoy con ella, nunca he estado! ¡Quien te acercó estas fotos las sacó en un contexto totalmente distinto! Ella se me acercó en un comercio y me siguió hasta el estacionamiento. No niego que pretendió seducirme, pero no me interesa. Nadie salvo tú me interesa, amor, por favor. ¡Debes creerme!

La vio sacudir su cabeza y negar, mientras las lágrimas caían por su hermoso rostro. Se le encogió el alma, odiaba que sufriera y más cuando no había motivo para ello. Solo su imaginación. Y la mano de alguien más. Su costado racional comenzaba a imponerse y su mente acostumbrada a ver las aristas de las situaciones y los complots le anunciaban a gritos que allí había algo oscuro.

—Te digo la verdad—le aseguró—. Tal vez te cuesta percibirlo ahora, pero es así. Y me resulta muy sospechoso que justo alguien estuviera en el instante del encuentro y sacara fotos de los momentos casuales, casi como si los hubieran planeado y esperado.

—¡Es increíble como todo lo manipulas para caer bien parado! Tu trabajo de detective te sirve como parapeto, pero yo no creo esa complicada red que pretendes trazar!

—No intento nada. Te digo las cosas tal cual han ocurrido y apuesto al amor que me tienes para que me creas.

—¡Justamente ese amor es el que se siente mancillado y traicionado! ¡Pensé que estábamos bien, que nuestra pareja estaba

segura! ¡Pensé que éramos felices!—sollozó a la vez que se secaba con rabia.

—¡Lo somos!

—Creo que proyecté mi alegría en ti… Pero si no lo eras, ¿por qué no fuiste sincero? ¿Por qué el engaño?—musitó.

—Te vuelvo a decir que no hay artificio. ¡Esto es una vulgar trampa y tú caes en ella con sorprendente facilidad! Ya que estamos puestos, yo pensé que confiabas en mí y me considerabas más elevado que un Neandertal que anda por ahí en busca de sexo.

—Así lo creía. ¡Ilusa de mí!

—¡No hay nada de ilusión en esta relación! Pienso que lo hemos dejado claro este tiempo juntos. Tenemos proyectos, ilusiones.

—Yo las tenía, por lo que se ve. ¡No puedo soportar que ni siquiera en este momento seas capaz de decirme la verdad!

—¿Qué verdad quieres escuchar? No hay nada fuera de lo que te he dicho. Nuestra relación, el amor que nos tenemos, el hijo que esperamos, esa es mi única verdad. ¡Ya basta, Asunción! ¡Recapacita, por favor!

—Lo estoy haciendo. He vivido una ficción o al menos una parte de la realidad. Me han abierto los ojos.

—¡Te equivocas, feo y mal! ¿Cómo conseguiste las fotos? ¿No te parece sospechoso? Aparece Sara de pronto, luego las fotos. Justo cuando te encuentras inmersa en una lucha por tu herencia.

—¿Qué tiene eso que ver con todo? Mezclas mis problemas para sacar réditos y lavar tu culpa.

—Yo no tengo culpas, no he hecho nada raro. Te cierras tanto a mi explicación que ni siquiera percibes lo extrañamente casual que es todo.

—¡Vete, no tolero más tu cinismo! ¡Déjame sola!

—Te confundes y no lo ves. Pero no voy a seguir insistiendo, estás en un estado que me asusta y preocupa. Si te hace mejor, me voy ahora, pero ni sueñes que esto va a ser permanente. Yo creo en nosotros y a diferencia tuya miro todo el panorama.

—¡Márchate ya!—gritó mientras le arrojaba lo que encontraba a su paso.

Decidió obedecerla, más que nada para evitar que continuara en ese estado de excitación tan peligroso para ella y el bebé. Pero tomó su teléfono y llamó inmediatamente a Alejandra, explicándole como pudo la situación. Le pidió que viniera a hacer compañía a su amiga y le aseguró que decía la verdad.

—Ella no me cree y en cierta forma lo entiendo. Las fotos parecen incriminatorias. Hay una fea trampa aquí y voy a averiguar qué pasa. Pero no puedo si estoy preocupado por ella. Por favor, tranquilízala. Yo no voy a volver hoy más que para traer a Florencia. No sé cómo hacer para que no la inquiete lo que está ocurriendo.

—Despreocúpate. Me encargo de todo. Asunción sin duda le va a poner su mejor cara, no la quiere afectar, y yo la distraeré. Ahora, te digo. Si lo que me cuentas es real, más te vale lo compruebes. ¡Mi amiga no se merece pasar por esta situación y menos en el estado en el que está!

—Lo voy a arreglar; voy a investigar qué está pasando. Te lo prometo.

Al cortar, sintió que al menos una parte de la situación podía controlarse. La furia comenzó lentamente a hervir en él: quienquiera que hubiera tramado esto lo iba a pagar. No pudo evitar pensar en ir por Sara y arrancarle la verdad, mas bien pronto su sentido común lo frenó.

Aquí había algo más serio y probablemente ella era una ficha más. No la veía con suficiente seso como para planear algo así, de la nada y sin un objetivo concreto.

Iría por David; él le ayudaría a ver mejor y a armar una estrategia adecuada para encarar el asunto. Suspiró; ojalá esto pudiera solucionarse pronto, pero avizoraba problemas. Asunción era una mujer pasional y llevaría un tiempo recuperar su confianza. Maldijo internamente: nada había hecho para que lo rodeara la suspicacia. Pero aquí se encontraba ahora, fuera de su casa y lejos de su mujer embarazada. En el momento en que más a su lado debería estar.

“Alguien va a pagar esto. Él que lo planificó no me conoce; no voy a permitir que me manipulen como si fuera un patán. Defenderé mi familia con uñas y dientes. Aún cuando parte de ella no confíe en

mí ahora. Demostraré que no hay otro más merecedor que yo del amor de Asunción”.

Paradojalmente, a pesar de la tristeza que lo embargaba, sentía la adrenalina correr. Tenía un objetivo, una nueva misión: esta vez tenía que ver con su familia.

Una vez en el hotel de David, lo encontró con un semblante más alegre que de costumbre, si esto era posible. “Por lo menos uno está contento” se dijo.

—“Friend”, que contento me pone tu visita. Estoy por comer algo, ¿te sumas?

Hacía buen rato que no consumía nada y de pronto sintió apetito. Ni las peores situaciones o momentos habían podido con este, por lo cual asintió.

Mientras daban buena cuenta de unos cafés y emparedados, relató las novedades y los pormenores de lo ocurrido con su esposa, obviando los detalles más sentimentales. No le gustaba mostrarse desarmado y expuesto, por lo cual su descripción pareció la de un caso más.

David lo observaba y sonreía.

—“Friend”, no seas frio conmigo. Te conozco un poco y sé que esto te debe haber alterado. “I Know”[7], reconozco que esto es irregular, pero ¿no te parece un poco extremo pensar en complot?

—Tú no viviste el momento con Sara. Fue extraño, aunque esto lo pensé después. Salió de la nada, me siguió y trató de seducirme. ¿Y providencialmente había un fotógrafo? No, hay algo más aquí que el simple interés de herirnos o desestabilizar a Asunción. Mi instinto me grita que hay un interés específico.

Lo vio cavilar y luego de un rato asentir.

—¿Tienes las fotos?

Sacó una que había guardado sin que Asunción se percatara, justamente con el objetivo de analizarla con mayor detenimiento.

—¡Nice woman![8] Bonita y sexi. ¿Seguro no tuviste nada con ella?

Suspiró con fastidio.

—No me interesa, demasiado expuesta, pagada de sí misma,

vacía. No me inquieras más y dime qué piensas.

—Desde luego son fotos tomadas desde un ángulo muy preciso y a distancia. Por la calidad de la imagen con una cámara profesional.

—También lo creo. Alguien apostado, esperando que el señuelo funcionara. ¡Maldición, y qué tontamente caí en la trampa de esta gente!

—“Let’s think”.[9] Pensemos quién y por qué.

—Esteban Del Valle; ¿qué otro? Está dispuesto a todo por controlar la herencia.

—¿Qué gana con esto?

—Que Asunción enloquezca, que reaccione con desenfreno. Dejarla sola, sin protección. Y una vez hecho, tenerla más fácilmente a su merced.

No bien dijo su idea en voz alta, se asustó. Refrenó su impulso de correr y abrazarla. Era importante conservar la frialdad y adelantarse al probable plan.

—Es posible, sí—analizó David—. ¿No tendría prurito en usar a su hija como carnada?

—Ninguno, David. Todos somos piezas para él, aún sus hijos. Recuerda que no dudó en abandonar a su hijo Pedro cuando sabía que los Hidalgo iban a la Hacienda a matar a todos.

—Ah sí, ese alfeñique por una vez actuó bien. Tal vez él sepa algo.

—Dudo, su padre no lo debe considerar a la altura. ¿Por qué lo dices?

—Alejandra lo conoce bien—mascullo con un tono más ácido del habitual.

—No descarto nada. Pero tengo claro que debemos… Discúlpame si te involucro así. Pero no cuento con nadie más.

—Estoy contigo “to the end”.[10] Olvídate, soy tu hermano.

—Gracias, David. Bien, pensemos. ¿Cómo procedemos?

—Te va a resultar “difficult”, pero haremos como en cualquier otro caso. Tracemos un diagnóstico de todo y veamos caminos.

Estuvo de acuerdo y al alivio de estar en actividad se le sumó la convicción de David que tendrían éxito.

—Bueno, tengo aquí papel. Empecemos por el principio. Aspectos a tener en cuenta: Asunción y sus temas pendientes. Enemigos. Posibilidades y contactos de estos. Direcciones: de los sospechosos. ¿Dónde te contactó Sara? ¿Cuándo?

Una vez todo volcado sobre el papel, llegó el momento de decidir cómo accionar.

—OKey. Lo primero es visitar ese estacionamiento y ver que personas habituales lo transitan. Alguien debe haber visto a un fotógrafo. Y desde ahí partir. De seguro algo sacaremos y si no es así, procederemos con calma, vigilando a Sara, Esteban y Marcela. Aunque esta parece la menos probable, claro.

—Quiero que Asunción esté tranquila y segura, así como Florencia. Me preocupa, temo que alguien intente herirla.

—Por ahora Alejandra se ocupará. Luego me contacto con ella y tanteo yo mismo la situación con tu mujer. Si los hechos se precipitaran, cosa que aún es demasiado pronto para pensar, lo mejor será pedirle que viaje.

—Sí, es lo más adecuado—señaló con abatimiento—. ¡Cómo tienden a complicarse las cosas, mi amigo! Justo cuando todo parecía asentarse.

El golpe seco de David en su espalda lo trajo a la realidad y lo hizo reaccionar.

—Solo si dejas que se compliquen, “my friend”. Solo si no haces nada para evitarlo. Y estamos en ello. Ten fe.

ONCE.

La llamada telefónica tomó por sorpresa a Alejandra y más aún la urgente situación que la misma delataba. Santiago se escuchaba tenso y preocupado y su relato fue más bien confuso. Lo único que sacó en limpio fue saber que su amiga estaba en shock y la necesitaba. Fue suficiente para ella: en poco tiempo estuvo en su piso, para encontrarla llorando a mares.

Durante varios minutos solo acertó a abrazarla y contenerla, permitir que fluyera el llanto para limpiar la angustia. Cuando vio que tendía a calmarse la condujo hasta la cocina y le preparó un té.

Dispuesta a su frente se dispuso a escuchar. Las primeras frases fueron entrecortadas y casi mordidas por lo tenue. Se la veía agotada y eso la alarmó. No era conveniente una tensión tan grande.

—A ver, Asunción. Tranquilízate, respira profundo. Vamos, hazme caso, varias veces. Inhala y exhala.

Procuró que su tono fuera firme. Aquella la obedeció como si de una nena se tratara.

—Una y otra vez. Debes bajar tu nivel de agitación. Llevas un bebé que siente todo lo que tú, así que debes comportarte acorde a las circunstancias.

Varios minutos llevó el proceso hasta que por fin pudo escuchar una versión clara, aún cuando triste y apagada, de lo ocurrido. Le indicó un sobre que había en la otra habitación, que rápidamente inspeccionó. Realmente parecían irrefutables, aún cuando con la tecnología actual todo era posible. Recordó entonces que Santiago le contó apuradamente de una trampa. Miró con mayor detenimiento las impresiones y por lo menos le llamó la atención que el rostro de él no delatara mucho placer, parecía más bien indiferente y el de ella en alguna de las fotos miraba hacia el lente del escondido fotógrafo.

—¿Qué te ha dicho Santiago?

—¡Una sarta de mentiras, una versión increíble, como si tratara con una tonta!

—A ver, amiga. ¿De dónde sacaste este sobre?

—Apareció en el buzón del edificio.

—Solo apareció. ¿Y tú quién crees que lo ha enviado?

—No sé ni es lo que me interesa.

—Pues te entiendo, pero sería bueno entender el objetivo de quien te entrega un material tan nefasto.

—Ayudarme a ver la verdad, probablemente.

—Eso lo haría alguien que te quiere bien y te lo alcanzaría personalmente, pienso yo.

Vio el desconcierto en los ojos de su amiga, pero fue rápidamente dejado de lado.

—Aquí lo trascendente es el engaño, la infidelidad, la traición.

—Concuerdo si es que es así, claro. Pero tal vez es bueno mirar todas las opciones.

—¿Te pones de su lado?

—Niña—le recriminó cariñosamente—. Aquí no hay lados. Estás tú, embarazada y hasta ayer súper feliz. Y tu esposo, en quien confiabas a muerte hasta hace pocas horas.

—¡No se conoce realmente a las personas!

—Cierto. Pero dada la maraña de problemas y la calidad de individuos que te has hecho de enemigos en los últimos años, yo pondría cierto manto de duda.

—Estoy tan herida, agotada. No quiero que esto me afecte, por el bebé y por Florencia. Ella debe volver en un rato y odiaría ponerla en el medio de conflictos.

—Pues trata de calmarte. Vas a ir a descansar ahora y yo me encargo de la niña. Quiero que tu mente explore otras posibilidades y esté abierta a lo principal: estar bien. El tiempo irá decantando las

cosas. Te prometo que me responzabilizo de todo.

La obligó prácticamente a retirarse. Le hubiera encantado darle un calmante suave, pero en su estado no era conveniente. Mientras conducía a buscar a la niña no pudo más que pensar en lo complicado de la madeja.

Por un lado, la lucha por la tenencia de Florencia que no sería un simple trámite, pues la abuela estaba dispuesta a dar batalla. Por el otro, el proceso de revocación del testamento del abuelo. Todo era soportable con la ayuda y el amor de Santiago, pero esto entraba también en cuestionamiento. Parecía que el mundo complotaba en contra de su amiga, aunque también era verdad que lo malo suele venir todo junto.

Mientras esperaba a Florencia a la que aún restaban algunos minutos de clase, chequeó su celular al que había sentido vibrar mientras manejaba. Mensaje de David. Le alegró saber de él y por unos segundos su mente jugueteó con las imágenes del tórrido encuentro sostenido. Nada de qué arrepentirse; por el contrario: se sentía genial. Contenida, contenta consigo misma y con la compañía.

Le alivió saber que Santiago estaba con él, era lo mejor. El recado le inquiría acerca de la conveniencia de presentarse el propio David en la casa de Asunción. Lo pensó seriamente por unos segundos. Su amiga no era una desquiciada y sabía diferenciar las cosas. Además, aquel podía aliviar la tensión y entretener a Florencia un buen rato. Contestó afirmativamente sin pensarlo más. Ya vería de anticiparle a Asunción la visita.

Al ingresar la niña al auto le comentó su extrañeza porque no la hubiera recogido Asunción o Santiago. Era muy perceptiva y no la iba a poder engañar fácilmente, por lo que decidió decirle parte de la verdad. No contaba con la autorización de los interesados pero el momento requería una decisión y la niña merecía tranquilidad.

—Pues fíjate que Asu me pidió te pasara a buscar porque ella sigue pachucha, débil. Y Santiago debió viajar de apuro, ya sabes tú como son sus jefes de Estados Unidos de ansiosos y mandones. Te va a

llamar luego.

—Estoy preocupada por Asunción, Ale—le soltó la niña con aprensión—. Pasa en cama y no de buen ánimo últimamente. ¿Tú crees que tiene algo malo?

—No, corazón, despreocúpate—le contestó con una sonrisa, infundiéndole seguridad—. Te voy a contar un secreto, aunque no debes decir nada porque todavía es bastante pronto.

Florencia abrió sus ojos y le dirigió toda su atención, pendiente de lo que pudiera decirle.

—Asunción está embarazada, va a tener un bebé. Es muy pequeñito aún, tanto que no se detecta casi, pero ahí está. Y cuando los bebitos se están formando requieren muchos alimentos y energía de la mamá. Por eso ves a Asunción algo cansada.

—Claro, entiendo.

Quedó en silencio por varios minutos luego de esto.

—¿Y tú crees que igual querrá adoptarme ahora que va a tener un hijo propio suyo?

—¡Más que nunca, Florencia! Fíjate que a Asu le encantan las familias grandes y siempre soñó con tener la suya. Ahora de pronto va a tener dos hijas más su esposo—señaló con énfasis y alegría.

Rogaba que esta última parte se solucionara mas de lo que ahora se quería asegurar es que Florencia se sintiera segura.

—Sí, es lindo tener tu propia familia y estar tranquilos. Y yo la puedo ayudar mucho. De seguro no sabe nada de bebés—contestó casi con suficiencia la pequeña, provocando su sonrisa.

—¡Eso es, tú serás su guía, Flor! Por lo pronto y para ayudarla vamos a dejarle espacio, que descanse y recupere fuerzas. Mañana estará mejor.

—Le voy a preparar unos dibujos y una carta para animarla.

—Le encantará. Además hoy va a visitarnos David, así que vamos a divertirnos un rato. Pero le tenemos que decir que no grite ni

pegue risotadas. Ya sabes tú que es un gritón.

—¡Qué suerte, me encanta que David venga! ¡Es el más divertido, aunque habla bien raro a veces! ¿A ti te gusta, verdad Ale?

Hizo un gesto de asentimiento mientras maniobraba para estacionar frente al edificio. ¡Vaya si le gustaba!

Al ingresar trataron de no hacer ruido y se aproximó a la habitación de Asunción, para comprobar que la misma se había dormido, probablemente agotada de horas de ingratos y angustiados pensamientos.

Instó a la pequeña a asearse y luego hacer sus tareas para el otro día, aunque como comprobó ella se gestionaba bien sola en su rutina. Cuando estaba preparando la cena escuchó el timbre y corrió a abrir la puerta para evitar que el ruido despertara a su amiga. Florencia se le adelantó y ya estaba recibiendo con medida algarabía y tono bajo a David, conminándolo a disminuir el volumen y dándole razones, a lo cual el grandulón asintió con complicidad.

—David, hola—saludó con fingida indiferencia—. Estoy en la cocina, en breve traigo la cena. Es algo liviano.

—“Hi”, Alejandra. Me encanta verte, Darling—le soltó él abrazándola con la mirada. Tenía unos ojos tan expresivos que se ruborizó.

Terminó de aprontar todo y se arremolinaron en torno a la mesa del comedor a dar buena cuenta de la comida. David y Florencia conversaban animadamente y aquel contó a la niña, incentivado por su indirecta, que Santiago había debido viajar de forma urgente.

—Tú no sabes que pesados se ponen esos jefes nuestros, Florcita. Y nuestra tarea es “secret”, tú sabes—le guiñó el ojo con complicidad—. Así que allá marchó el pobre, sin tiempo a nada. Pero como yo trabajo con él me dejó una nota pidiéndome te explique que mañana se comunica y que cuides a Asunción.

Los ojitos de la niña brillaron. Le gustaba ser considerada y vio en ella el deseo, expresado en una mirada interrogadora, de contar la

nueva a David. Le hizo un gesto de permiso y esto bastó para que ella se precipitara sobre la oreja del hombretón y le asestara la novedad como un bombazo. El gesto de fingida sorpresa de él fue antológico, tanto que provocó la risa de ambas, acallada entre palmadas.

—“¡Congratulations!” Tener un hermano “”is big, muy grande. ¡Vas a tener una familia “beautiful”[11]!

Pasados los minutos de algarabía y de diversión, conminó a una renuente Florencia a asearse para dormir. Lo estaba pasando en grande y no quería marcharse, pero como era una niña muy buena y además estaba agotada, pronto la estaba arropando. Posó la cabeza en la almohada y al poco rato ya descansaba. Aprovechó para dar un nuevo vistazo a Asunción, que dormía aún, algo inquieta.

Volvió a la sala dispuesta a un interrogatorio a fondo a David. Se sentó a su lado y él inmediatamente la abrazó y la besó con intensidad, gesto al que correspondió aunque con cierta cortedad.

—“I’m sorry”, disculpa mi impulso. Hace buen rato que deseaba robar un beso de esa tentadora boca tuya, “queen”.

No podía evitar sentirse atrapada por su discurso a media lengua y por el ardor que mostraba su mirada, pero se sobrepuso. Era menester posponer sus deseos ante la situación.

—David…

—Estoy plenamente consciente de lo que ocurre, sí—comentó él con una sonrisa—. Santiago está mal, “worried”[12].

—Pues de seguro Asunción está mucho peor—acotó.

—I “know”, lo sé y él también. Eso es lo que más le duele. Siente que ha perdido la “confidence” de su esposa y que sufre. ¡”Poor”[13] Asunción! Le han tendido una trampa.

—¿Tú estás convencido de ello?—lo miró de hito en hito, con severidad. Quería pensar lo mejor, pero no se hacía ilusiones. A veces el peor de los escenarios era así, sin explicaciones ni motivos.

—“I’m convinced”, si. De seguro hubo manejo de alguien.

—¿Te basas solo en la palabra de Santiago?—no le gustaba hacer de abogado del diablo pero tenía que tener plena seguridad.

—Le creo, totalmente. Santiago no es un hombre de dobleces. Tiene su carácter, a veces es callado y malhumorado, pero no es un hombre de mentiras ni de doble vida. Lo conozco de años. Fue un solitario por mucho tiempo y si decidió formar su familia y cambiar su vida lo pensó bien.

—¿No lo arriesgaría así, dices tú?

—No, y menos tan tontamente. El no es un “fool”, tonto. Y esto es tan…

—¿Burdo?

—¿Eso significa torpe?

Ella asintió. También le parecía una situación casi irreal por lo supuestamente casual que encerraba.

—¿Tú viste las fotos?

—Solo una, que Santiago pudo llevar. ¿El resto?

Se incorporó para mostrarle el resto de las imágenes. Al volverse no pudo evitar sonrojarse y meneó la cabeza ante el descaro de la mirada de él. La provocaba sin descanso y debía confesar que le encantaba saberse así deseada.

—Ten, concéntrate—le instó—. Dime que ves, tú que eres el profesional.

—Bien… En principio, son fotos tomadas con una cámara profesional y por alguien con experiencia. Estas no son tomas casuales, están perfectamente enfocadas y centradas. Diría que a más de cincuenta metros. Un ángulo estudiado…

—A mi me da la impresión que ella sabe bien donde está la cámara.

—My “little”[14] detective—le sonrió—. ¿Te refieres a esta toma? Sí, parece estar mirando hacia el lugar donde sabe que está apostado el fotógrafo.

—La cara de Santiago, lo poco que se ve, es seria.

—El me contó el contexto de la escena. Ella lo buscó, lo siguió, casi diría que lo asedió como una presa. Lástima no se dio cuenta en su momento.

—¡Esa mujer es una perra!—soltó con furia.

—Pero bien “beautiful” que es—le contestó el muy osado con picardía.

—Si te gustan los excesos y el artificio, claro—lo miró con seriedad.

—No te pongas así, a mi me gustan las mujeres bien naturales y bellas, como tú—acarició su rostro.

—Bueno, veamos. Santiago dice que fue una encerrona y ambos coincidimos que algo raro hay. Lástima que Asunción, que es la más afectada, no lo pueda ver.

—La entiendo y créeme que Santiago también lo hace, aunque se siente algo dolido porque no le dio espacio para la defensa.

—Hay que comprender que ella está en una situación de muchísima exposición y estrés.

—Es así. Por eso los que debemos actuar somos nosotros. Y ya sabemos cómo.

—¡Quiero participar!

—Pues de hecho, tengo una tarea para ti, Little Sherlock. Involucra a Pedro—le dijo con seriedad.

Lo miró sin entender. No veía que podía tener aquel que ver con nada y él sabía que estaba en una situación de semi alejamiento con el muchacho. De hecho, le molestaba que quisiera arrojarla de nuevo a sus brazos, metafóricamente hablando).

—¡Explícate!—instó.

—Yo voy a explorar el lugar de las fotos, buscando posibles testigos. Gente habitual de la zona, cuida coches, personal del establecimiento. Tal vez alguien vio los preparativos o le llamó la

atención lo ocurrido.

—¿Y?

—Para adelantar tiempo, porque tanto Santiago como yo mismo creemos que Sara es la punta de la madeja, necesitamos que tú te acerques a la familia y puedas extraer algo de información.

—No veo que podría averiguar. Pedro jamás me ha llevado a su casa y yo tampoco he tenido interés, fíjate.

—No, claro. Pero puedes interrogarlo con “intelligence”, averiguar los pasos de su hermana y su padre.

—Me temo que lo tienen poco en cuenta, ambos desconfían y en cierta forma desprecian su vida.

—Aún así, si él va a la casa puede saber algo. Nada perdemos con explorar ese lado, ¿qué dices?

Le daba una pereza tremenda contactar al muchacho y más por un asunto interesado. Pero lo haría, claro.

—Ok, mañana mismo lo llamo y quedo para vernos. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Actividades, rutinas, direcciones, detalles de Sara. Que nos permitan ubicarla. Lo mismo de su padre.

—¿Y luego?

—Yo me encargaré de vigilarlos, de seguirlos. Si están detrás de algo raro contra Asunción, lo voy a descubrir tarde o temprano.

—Temprano sería mejor. Asunción merece tranquilidad y que esto se resuelva.

—Eso es lo que todos queremos. Pero me temo que la vigilancia es una tarea lenta, pesada, que da frutos pero que debe esperar los pasos en falso de los involucrados.

—Ojalá se sientan lo suficientemente seguros de sí mismos como para equivocarse.

—Confiemos que así será. Bien, me marcho. Descansa, “my

queen”. Te quiero fuerte para la tarea.

La despedida, no por breve fue menos apasionada. Un beso largo, que sorbió los mejores deseos de estar nuevamente juntos.

Se apostó en el sillón luego de dar un nuevo vistazo a su amiga, dispuesta a descansar. Mañana sería otro día, con mejores noticias, más felices. Eso esperaba.

DOCE.

Esteban Del Valle sobó sus manos y recorrió su oficina con lentitud, satisfecho del curso que tomaban los hechos. Sus planes, cuidadosamente trazados, se venían cumpliendo a la perfección, con milimétrica exactitud.

“Una vez más se comprueba que cuando se toman las decisiones correctas y se planifica con detalle, nada puede salir mal” se dijo con autocomplacencia. Siempre quedaban cabos sueltos, eran inevitables, pero trataba de minimizarlos o amortiguarlos al máximo.

Su sobrina estaba cercada y era cuestión de tiempo que estuviera expuesta y desprotegida. Cercarla legalmente y confrontarla con su amante eran las estrategias ideales; permitiría que estuviera sola y que fuera más fácil eliminarla.

Porque ese era el objetivo clave. Cualquier otro camino llevaría meses y años, y si bien el hostigamiento de por sí lo satisfacía, su meta final era la herencia. Y no era seguro que el camino judicial lo condujera a ella, eso lo tenía claro aún cuando su abogado así lo enfatizara. La forma más rápida y fácil era sacar del camino a esa mujer definitivamente.

Para ello se había asegurado el concurso de un especial interesado: el sobreviviente Hidalgo, quien sabía con claridad que el culpable de la caída de su imperio de la droga en Jalisco había sido Asunción Del Valle. Volver a contactarlo había sido fortuito y mostraba nuevamente que los astros se alineaban a su favor o que el destino lo tenía como su favorito. No sabía a qué adjudicarlo ni le importaba.

Precisamente esto había acontecido al entrar en vínculos con esa asquerosa parda del Tepito, la tal Marcela. Interiormente maldijo tener que tratar con esa inmunda plebe, pero no tenía más opciones. No confiaba en los intermediarios para esto, prefería coser personalmente las telas de sus trampas. Era riesgoso pero siempre

tenía ases debajo de su manga, que ataran las voluntades de sus acólitos. Cuando no era el dinero, poderoso imán que todo lo compra, era el miedo.

En el caso de la mujer mencionada, el primer ingrediente era el fundamental. Fue ella quien inadvertidamente le comentó de la presencia de Hidalgo en el Distrito Federal. Su nombre resonaba aún cuando había perdido el poder de antaño, y ella lo tiró al pasar, restregándole en la cara (probablemente para amedrentarlo, vulgar mujerzuela) la amistad entre ambos. verlo

La noticia había disparado sus intenciones y así fue que se armó el plan que conduciría a la eliminación física de su sobrina. Con su mejor sonrisa había halagado a Marcela y logrado que comunicara a Hidalgo que quería. A aquel no le extrañaría que lo quisiera volver a contactar; tenía en alta estima su propio valor, aún cuando había fracasado reiteradamente. En última instancia, su inoperancia y descuido habían sido las piedras que habían disparado el fin de sus negocios de tráfico usando la Hacienda y la compañía tequilera como pantallas.

Meneó la cabeza, procurando dejar pasar la furia que le provocaba recordar la forma en que había terminado todo. Era otra situación, otro momento. Ahora los hilos de la madeja los tenía él y la desenredaba a su gusto.

Tres días habían transcurrido desde que el sobre con fotografías había sido enviado. El último reporte del investigador describía que Santiago no había sido visto por el departamento y que Asunción se encontraba recluida, sin salir prácticamente. Esto era indicio de problemas entre ellos y por tanto de éxito para él.

Todo tenía que ver ahora con los tiempos y ajustar los mismos. No podía demorar demasiado las cosas, uno nunca sabía cómo podían proceder y actuar las parejas. A la inicial pelea y desconfianza, tanto podían seguir la ruptura definitiva como la reconciliación. Asunción parecía muy orgullosa y altanera, pero no cabía esperar demasiado.

Decidido a poner sus fichas en juego, discó el número del

celular de Marcela. Apenas contestó, saludó con fingido interés y preguntó por su estado. No le interesaba y de hecho pronto sería un escollo a eliminar, pero ahora era una pieza importante y como tal convenía tenerla a gusto. Que de hecho lo estaba, habida cuenta del dinero que le había dado.

—Mi querida señora, espero pronto avance y tenga novedades favorables de su nieta. De seguro la Justicia le dará razón—le comentó, sabiendo que era tiempo perdido por ambos en formalidades.

Ni a él ni a ella le interesaba realmente, pero la ficción debía mantenerse.

—Pues fíjese que estoy tan mal—le contestó la muy ladina—. He gastado ya mucho y me encuentro perdida en el nuevo lugar que usted tan amablemente me ha brindado. Pero entienda que no es mi sitio.

—Claramente así lo veo—le señaló. Increíblemente se quejaba de estar en un apartamento limpio y con servicio. Eso demostraba que era inútil dar joyas a los cerdos—. ¿Qué necesita? Sabe que me preocupa su salud, pero es necesario que no vuelva a sus lugares habituales por un tiempo. Arruinaría los esfuerzos que ha realizado. Asunción Hernández y su esposo agente la ubicarían y no dudarían en eliminarla.

—No les tengo miedo, son personas de leyes, no de acciones.

—Le conviene quedarse donde está—soltó con frialdad. Si ella no entendía de sutilezas, le demostraría quien mandaba—. Necesito que no modifique los planes. Yo si soy un hombre de acción, Marcela. No lo olvide.

—Claro, por Diosito, no se me ofenda. Nomás decía…

—Usted tranquila, que ya podrá retornar a sus tareas en el Tepito—dulcificó el tono—. Pero entiendo sus apuros, ya le enviaré efectivo para que pueda manejarse mejor.

—Ah, jefecito, cuanto agradezco su amabilidad y comprensión.

Son tantas necesidades y el dinero es un mal necesario.

—Bien, esta misma tarde lo tendrá. Ahora, escúcheme con atención. Quiero que contacte a Hidalgo, me dijo que lo conocía, ¿verdad?

—Sí, patroncito, así es.

—¿Tiene forma de solicitarle se contacte conmigo, sin exponerse?

—Sin duda, tengo mis canales. Aún soy importante en el barrio —se jactó.

—Muy bien. Dele mi número. Que me llame de un teléfono seguro.

Colgó sin más, cansado de la cháchara. Le desgastaba solo contactarse con esa plebe.

“Dinero, dinero y más dinero. Es la única herramienta que sirve para tratar con estos. Poco más me vas a sacar, parda. Si crees que voy a ser presa de tu chantaje, no me conoces, pobre diabla”.

No concebía otra forma que el efectivo para el contacto con ella. No le gustaba dejar trazas de cuentas o cheques que lo pudieran conectar. Pero aún así debía ser enviado. La visita de Sara le dio la respuesta a la situación. Enviaría con ella la suma, no tendría que exponerse ante algún empleado que pudiera recordar nada posteriormente.

—Buen día, hija. ¿Tú por la empresa? Algo grande ha de estar pasando.

—Nada, padre. Saber cómo va todo. Te he visto poco y estoy que me salgo por conocer que ha resultado de las fotos. ¿Cómo lo ha tomado Asunción?

—Bien, parece que están separados, pero no es seguro. De todas formas me ha ayudado mucho tu acción. Desestabilizar a Asunción nos acerca a nuestro objetivo de recuperar lo que injustamente tu abuelo nos quitó.

—Sin dudas. Una vez que el Juez falle a favor nuestro, todo volverá a ser como siempre debió. Bien, me alegra ayudar, sabes que cuentas conmigo.

—Lo sé, querida, a diferencia del cabeza hueca de tu hermano. ¡No sé cuándo va a tomar por un camino de seriedad y respeto!

—Es así, raro. Tiene complejos de artista.

—¡Pero bien que disfruta del dinero que tanto cuesta ganar en trabajos decentes!

—Hablando de ello, padre. Necesito algo de fluidez, tengo mis tarjetas a tope. ¿Crees poder…?

—Claro, hija—señaló mientras firmaba un cheque por una abultada cifra. No le importaba en la medida que era fruto de las acciones de la minera y de hecho era menos de lo que le correspondía legalmente—. Tengo que pedirte otro favor, además. Una tontería, pero hay un dinero que debe llevarse a un empleado y es confidencial. No quiero que los demás vean que me ablando y exijan lo que no merecen.

—Claro, tengo el tiempo del mundo. ¿Dónde es?

Abrió la caja fuerte y extrajo de espaldas a ella una fuerte suma, que colocó en un sobre, al que selló y a su vez metió en otro.

—Déjaselo en el apartado de su piso y avísale al departamento que lo has hecho. Así nos aseguramos lo recibe y nadie lo ve. Y tú te evitas el momento del encuentro, es gente sin modales aunque trabajadora.

—Bien, mejor aún. Me agota y fastidia hablar con empleados.

Una vez su hija se retiró, se sentó en el sillón más cómodo con un whisky y un habano a disposición. Una vez más ponía a rodar la maquinaria. Tocaba esperar por el llamado del mentado Hidalgo. Se preguntó cuán cambiado estaría y si tendría algún rencor hacia él.

Había escapado por los pelos en el operativo que habían montado contra Asunción. La sorpresiva llegada de los Federales estadounidenses y la Policía estatal habían dado por tierra su intento

de eliminar a su sobrina y se había cobrado la vida del hermano del criminal.

El se había retirado con anterioridad, pero así eran las cosas y la relación de ellos siempre había sido de connivencia comercial. Ahora que estaba en desgracia estaba seguro que no debería ver con malos ojos que su antiguo socio lo llamara. Factiblemente vería en esto una oportunidad de recuperar su negocio perdido.

Y así era, en parte. Solo que para que esto fuera posible había escollos a eliminar. No creía que eso moviera un pelo al criminal, por el contrario. En estos pensamientos estaba cuando sonó su teléfono. Al atender, el áspero tono del otro lado le comunicó que todo se movía al ritmo que pedía.

—Vaya, señor Hidalgo. Esto ha sido rápido. Un placer hablar de nuevo con usted, luego de tanto tiempo.

—No por voluntad mía, lo sabe bien.

—Por supuesto. Las cosas no han ido bien para usted.

—Calculo que para usted tampoco, habida cuenta del chorro de dinero que se ha perdido.

Le molestaba ese tono altanero en alguien que era un inferior, pero era la forma en que aquel hablaba siempre.

—Pues hemos sido afectados, sí señor. ¿Cómo ha ido su vida?

—Nada bien. Pero me imagino que no quiere hablar conmigo por socializar.

—Así es. Tenemos que vernos, hablar de negocios. Tengo una propuesta que puede interesarle.

—¿Dónde y cuándo?

—Pues… Un lugar público, a salvo de miradas curiosas y oídos indiscretos.

—Usted dígame. El Distrito Federal no es mi ámbito. Y me imagino que al Tepito no querrá usted venir.

—Imagina bien. Escuche, hoy mismo, a las 17. En el bosque de

Chapultepec.

—Allí estaré.

Un día muy productivo, todo parecía fluir para asegurar el éxito. Afortunadamente tenía en su oficina ropa apropiada para un lugar público. Camuflarse. No era un hombre de deportes, pero eso sería lo adecuado. Un encuentro casual, una charla en el medio de la multitud. Estaba seguro que tan solo ello sería el desencadenante de un cambio abrupto en la vida de Asunción Hernández Del Valle.

Él tendría su herencia, Hidalgo su revancha. Y ambos podrían recomenzar los negociados que tan redituables habían sido en el pasado. Solo era cuestión de tiempo y que sus piezas no fallaran sus cometidos. Los mejores planes tenían problemas si quienes lo ejecutaban no eran eficientes. Pero siempre había un plan B de respaldo y este ya maduraba en su mente.

TRECE.

Sentía su cabeza alborotada, aún cuando había podido dormir más de lo que hubiera pensado dadas las circunstancias. El agotamiento la había vencido y agradecía esas horas de descanso. Se incorporó lentamente, algo mareada y con nauseas. Tomó aire y procuró estirarse con lentitud, llenando sus pulmones de oxígeno y exhalando calmadamente. Esto la fue despejando al correr los minutos y se sintió bien como para aproximarse al baño y asearse. Abrió el grifo de agua caliente y completó la bañera, a la vez que agregaba sales aromáticas.

Se hundió en el acogedor calor. Sus ideas estaban más claras hoy, su mente dispuesta a dar un respiro a su cuerpo y permitir depurarlo de malas energías que hicieran daño a su bebé. Se aferró a las palabras de Alejandra y se permeó a la idea que su mal hábito de desesperarse y apresurarse a tomar decisiones y acciones debía modificarse.

Cada acto suyo, cada paso, impactaba en el ser que se formaba en su vientre y no podía darse el lujo de pensar en sí misma exclusivamente. Analizar todo: debía mirar la situación desde distintos ángulos. Había sorprendido la charla entre David y Alejandra anoche, cuando la creían dormida y le había permitido serenarse un tanto.

Agradeció haberse levantado sin ruido; quería ver a Florencia y tomar algo. Al comienzo le pareció raro encontrar al otro agente en su casa, mas cuando fue a interrumpir comenzó a escuchar las hipótesis que ambos manejaban y decidió esperar. Esto le permitió entender que ambos daban cierto crédito a la versión de Santiago. La hubiera enojado si no supiera que su amiga le era incondicional y que si pensaba así alguna razón de fondo encontraba.

No sabía que pensar; parecía tan traído de los pelos, tan armada la versión de una trampa. Pero a la vez entendía que también era extraña la forma en que el sobre había aparecido. ¿Quién, por qué,

para qué? Las buenas intenciones vendrían de algún amigo o familiar y ella estaba casi sola. Lo que tenía de familia no contaba.

Por otro lado, si Santiago tenía razón, si decía la verdad… ¿Le perdonaría su falta de fe, la rapidez de su desconfianza? “Tengo derecho a sentirme así, aún en el error” se dijo.

Mientras así se debatía escuchó un tímido golpe en la puerta y pronto vio la cabecita de Florencia asomar con comedimiento.

—¡Flor, ven, dame un beso!—le dijo con una sonrisa, habilitando el paso de la niña.

—¿Cómo te sientes, Asu?

—Estoy mejor, gracias nena. Discúlpame que ayer no pude ocuparme de ti, pero no me sentía bien.

—Sí, Alejandra ya me dijo todo.

—¿Todo?—levantó una ceja en gesto de incertidumbre, provocando el nervio de la chica.

—Que estás cansada y algo pachucha…

—Pero ya me estoy sintiendo mejor, afortunadamente—le dijo forzando un gesto de certeza—. Ve, que en unos minutos desayuno contigo.

Apenas salió se incorporó con morosidad y buscó su bata. Pensaba en la conveniencia de anticiparle a Florencia la noticia de su embarazo. Un nuevo golpe le anunció la presencia de Alejandra, que la miró buscando un gesto que delatara como se sentía hoy.

—Ale, ¡qué días estás llevando sosteniéndome! ¿Dormiste bien, al menos?

—Bueno, tu sillón es una maravilla y tengo un sueño bien pesado. Así que la respuesta es sí. ¿Te sientes mejor?

—Sí, estoy más tranquila. Gracias a ti y a David, por cierto. Los escuché anoche…—al ver la incomodidad de su amiga le dijo inmediatamente—. No te apures, fue providencial. Oír una versión serena de los hechos… Bueno, me ha dado la idea que al menos hay

alguna chance que la situación no sea lo que parece.

—Créeme que estábamos evaluando posibilidades y esa lo es, definitivamente.

—Me pregunto una y otra vez en qué creer. ¡Sé que parezco un péndulo, ora segura de algo, al rato de la posición extrema! Pero hoy prefiero aferrarme a cierta esperanza y no dar todo por cerrado.

—¡Esa es la actitud! ¡Término medio! Lamento no haberte dicho que David vendría, pero te dormiste y no quise perturbarte.

—Sabes… Pensé que no podría, que estaría dando vueltas y vueltas, pero en algún momento el cansancio pudo conmigo.

—La gravidez es un momento de constante flujo de hormonas y cambios. Es vital que descanses, que te alimentes, que estés en calma. Hemos preparado el desayuno y Flor nos espera. Está dispuesta a cuidarte como una madrecita.

—¡Ángel mío! Estoy pensando decirle que estoy embarazada.

—Pues discúlpame por la infidencia, pero se lo dije ayer. No sabía cómo justificar tu estado y la ausencia de Santiago, así que dije parte de la verdad.

—No te disculpes, te he puesto en un trance complicado… ¿Cómo reaccionó?

—Silencio primero e inmediatamente preguntó si seguirías interesada en su adopción. Afirmé con fuerza, claro, y le aseguré que esperas formar una gran familia con ella.

Sintió un nudo formarse en su garganta. Le dolía siquiera la posibilidad que la niña pensara que la iban a dejar de lado como si fuera un objeto de su capricho. Adoraba a esa chiquilla y no se perdonaría hacerla pasar por un momento angustia o dolor.

Ahí estaba otra razón más para ser fuerte y dejarse de niñatas adolescentes. Enfrentaría la verdad que fuera con valentía y priorizando lo que era primero: su embarazo, a Florencia y también su tranquilidad emocional.

Se mantendría firme con Santiago y dejaría que él y sus amigos demostraran lo que pensaban. No cerraba la puerta a la posibilidad de la trampa, tampoco a la más dolorosa de una traición. Pero necesitaba tranquilidad mental.

—¿Qué piensa ahora esa cabeza?—rezongó Alejandra, provocando su sonrisa por el gesto falsamente enfurruñado.

—Que tengo hambre y Flor nos espera. Venga, vamos. No te preocupes por mí. Hoy retomo mi actividad, yo la llevo a sus clases y me ocupo. Te libero.

—¿Estás segura?

—Sí, soy fuerte, me siento golpeteada pero físicamente bien. Y estar en casa dando vueltas sobre la misma idea no me hace bien.

—Si así lo crees es lo mejor. Me voy a ocupar de hacer averiguaciones por mi lado, tal como me lo ha pedido David.

—Los vi cabecita con cabecita anoche… Mal no la pasaban—dijo con cariñosa ironía, provocando que las mejillas de aquella se pusieran como tomates—. Deja, tonta. Estoy tratando de bromear, no te pongas así.

—Estamos en una relación.

—Pareces un estado de Facebook. Querrás decir que le estás dando al pobre la oportunidad que mendiga desde que te conoció.

— Así es. Me siento un poco culpable con Pedro, pero él no ha hecho nada por generar un vínculo más que la amistad. Y créeme que lo he intentado…

—No des mucha vuelta. Deja fluir las cosas. David parece un encanto de hombre.

—Sí, lo es. Bueno, ya, dejemos lo mío. Vamos a por el desayuno.

Florencia estaba impaciente esperándolas y notó su mirada inquisitiva en varias ocasiones, que tendió a aflojar cuando vio que ella charlaba y bromeaba. Se puso feliz de saber que hoy la llevaría al

colegio y le prometió una tarde de compras. Ambas necesitaban vestimenta; ya ella comenzaba a notar que algunas prendas le ajustaban un tanto. De camino podría ahondar en el tema del embarazo con la niña e integrarla más.

Alejandra se retiró con cientos de recomendaciones y cuidados y ellas se encaminaron luego de un rato de preparativos hacia la cochera. Cuando iban saliendo del edificio la niña le comentó que allí estaba otra vez el señor que sacaba fotos, lo que provocó su estupor.

—¿Qué señor, nena?

—Oh, un hombre que vi hace unos días tomando fotos de nosotros en el parque y luego aquí.

Aparcó con cuidado al frente del edificio.

—A ver, Flor. Sin mirar hacia atrás, dime dónde lo ves ahora. ¡No mires, nena!—le advirtió cuando la natural movilidad de la niña la quiso hacer girar.

—Bueno, es alto y usa un bolso negro.

Salió con descuido y fingió chequear el neumático trasero, mientras miraba distraídamente su alrededor. El único hombre que vio estaba ingresando a un vehículo gris oscuro. Volvió al interior y dio arranque despreocupadamente.

—Ya lo vi, debe ser algún fotógrafo de revistas. Bueno, cuéntame tu día.

Mientras la pequeña detallaba con entusiasmo su rutina, su cabeza bullía. Iba a prestar más atención de ahora en más. Podía ser una coincidencia, probablemente lo fuera. Pero la habían metido de cabeza en la idea de trampas y complots y ahora veía enemigos en todos lados.

Dejó a la niña y mientras manejaba de vuelta, al mirar por el retrovisor, vio que un vehículo gris se posicionaba 5 o 6 autos detrás. Dispuesta a sacarse las dudas, manejó hasta el local de ropa de su propiedad en el barrio de Polanco, distante un buen trecho. Estacionó e ingresó sin mirar atrás y estuvo un rato largo conversando con su

gerente e inspeccionando prendas. Miró los escaparates, momento que aprovechó para observar la calle. A cincuenta metros, aparcado con discreción, estaba el coche.

Ya no le quedó duda alguna que la seguía. Su natural impetuosidad la hubiera precipitado hacia él a exigir una respuesta, pero se habría esfumado y alertado a quien se interesaba por sus movimientos. Agradeció lo observadora que era Florencia, de ser por ella misma nunca lo habría detectado.

"¿Quién será y por qué me vigila? ¿En nombre de quién?". No alcanzaba a interpretar qué podría interesar de sus movimientos, pero se sintió atemorizada. Saberse controlada no era una sensación agradable; era como estar expuesta. No sabía qué hacer a continuación, excepto continuar actuando con toda la naturalidad posible para no dar indicios que estaba al tanto.

Decidió luego de unos minutos de reflexión a solas en su oficina que llamaría a Santiago, aún cuando no estaban en los mejores términos. "Yo no lo estoy con él" se corrigió. Pero le daría una pista de qué hacer. Marcó su número y apenas repicó cuando escuchó su voz.

—Hola, Santiago…—entrecortó la voz.

—Asunción, ¿cómo estás? Me alegra te comuniques, debemos hablar y…

—Mira, no te llamo para eso. Te lo hago rápido. Estoy en mi local de ropa y he podido darme cuenta…Bueno, Florencia lo vio primero en realidad.

—¿De qué hablas, qué vio?—sonó extrañado.

—Me están siguiendo. Flor dice que vio un tipo sacando fotos varias veces y hoy estaba nuevamente al salir del edificio. En un auto gris, que nos siguió al colegio y luego hasta acá.

Se hizo un silencio del otro lado.

—¿Es muy evidente?

—No, a ella se ve que le llamó la atención porque tenía una

cámara.

—¿Crees que se ha dado cuenta que tú lo detectaste?

—Hice todo con total calma y sin mirar nunca hacia él.

—Está bien. Demora un rato ahí. Le voy a pedir a David que se acerque y trate de ubicarlo. Veremos si podemos hacerle el mismo juego.

—Okey.

Al cortar la comunicación se le hizo raro hacerlo sin una cálida despedida. La conversación había sonado fría, desabrida, como si se produjera entre dos conocidos o socios. Extrañaba su intimidad, sus momentos de conexión. Añoraba a su compañero y amante. Rogó que esto fuera transitorio, que las cosas tuvieran la mejor de las explicaciones, que pronto pudieran reencontrarse. Pero por ahora esto no estaba en sus manos.

Al menos podía confiar en él para que la protegiera y la sacara de apuros. La idea de lidiar sola con el resto de su vida, complicada como estaba desde lo legal y lo personal, no era para nada alentadora.

Aguardó hasta que recibió un mensaje en su teléfono que le hacía saber que David había arribado. Se alegró, respiró hondo y se dispuso a retirarse, consciente que detrás de ella partía una caravana. Casi se sentía en medio de una película americana de espías o detectives.

CATORCE.

Se sentía por minutos furioso y por otros invadido por la desazón. No podía quitar la idea de su cabeza que había caído como un chorlito en una trampa, con absoluta ingenuidad. Estaba más que preparado para percibir el engaño y mirar siempre a su alrededor, desconfiando del contexto. Y sin embargo, una mujer insidiosa había sido capaz de meterlo de cabeza en una situación absurda con absoluta soltura.

El auto reproche era más que a su orgullo de agente herido, a los efectos que todo esto había provocado. Era consciente del dolor que estaba provocando en Asunción y no se lo perdonaba. La sabía obstinada y altiva, pero de una sensibilidad especial. Sufría por su causa. Y con ella el hijo de ambos, que se gestaba en una situación de inestabilidad emocional. "¿Por qué no puede simplemente creer en mí? Jamás la engañaría, no está en mí. La amo como nunca he amado a una mujer, haría lo que fuera por ella".

Trató de sacar todo esto de su cabeza y concentrarse en los hechos. Trazar una línea de acción había sido lo mejor; dejar de ser el blanco para convertirse en quien perseguía y espiaba. Era más que evidente que algo malo se gestaba y si no lo detenían a tiempo podía envolver definitivamente de gris sus vidas.

No podía estar más agradecido a la ayuda de David y Alejandra, eran dos amigos incondicionales. Claramente ella debía dudar de él, pero era una mujer inteligente, se daba cuenta que las cosas tenían otra lectura y estaba abocada a defender y proteger a su amiga.

Contaba con que ellos pudieran averiguar qué pasaba en realidad. El por qué y quién creía que era claro, pero no estaba de más comprobarlo. Una vez que estuvieran pisando en terreno más seguro, podría actuar él más activamente. Por ahora, era menester dejar que quienes los procuraban envolver en una trama de engaños creyeran

que aún nada sabían ni desconfiaban. Era la mejor herramienta para que cometieran algún desliz.

Mientras elucubraba estas ideas fue que recibió la llamada de Asunción. Su corazón dio un salto al tomar inadvertidamente el móvil y ver su número. No esperaba saber de ella tan pronto, al menos directamente. Conocía cuánto le costaba digerir y aceptar las situaciones de estrés, y la que estaban viviendo era una complicada. Atendió con una alegría que no pudo disimular, mas el tono preocupado e imperioso de ella lo alertó.

Una vez cortada la comunicación, llamó a David y lo puso en antecedentes. Le pidió fuera hasta Polanco y confirmara lo que su mujer le detallaba. No dudaba de lo que le relataba, pero tenían que estar seguros. Su idea primaria fue ir él, pero si el misterioso hombre de verdad controlaba los movimientos de Asunción, esto debía llevar ya un tiempo prudencial. Estaría bien enterado de quien era él y su presencia solo serviría para complicar.

Confiaba en David y en su capacidad para la inteligencia y seguimiento; era el mejor en su rubro, incluso por encima suyo. Tenía la paciencia y la habilidad para camuflarse y volverse parte del paisaje. Asunción no podía estar en mejores manos. “Salvo las mías” pensó con amargura. Temía que algo funcionara mal y ella pudiera verse afectada.

Tocaba esperar. Le provocaba una ansiedad considerable, más de la que podía soportar inmóvil. Era hombre de acción, necesitaba hacer algo, sentir que las cosas no se salían de su control. La llamada lo devolvió a la realidad. Su madre lo contactaba. No era el mejor de los momentos para hablar con ella, sentía que parte de él estaba en otro lado, pendiente de lo que ocurriera. Quería además el teléfono libre por cualquier emergencia.

No supo si fue por lo perentorio de su tono o porque ella lo conocía al dedillo, pero ni bien intercambiaron las primeras frases lo cuestionó.

—¿Qué ocurre, Santiago?

Nunca había podido esconderle nada, al menos que tuviera que ver con el plano personal.

—Estamos en una situación algo complicada, madre. Ya te diré luego.

—Preferiría que me lo digas ahora. Me preocupas.

—Es… difícil.

—¡Dime!—prácticamente exigió—. ¿Tiene que ver con Asunción?

—Sí, pero no es nada de lo que piensas.

—¿Por qué crees saber qué pienso?

—Porque sé cuando la detestas y siempre esperas lo peor de ella.

—No se puede negar que los Del Valle tienen mala sangre. ¿Qué te ha hecho?

—¿Por qué me haría algo ella a mí, mamá? Es el ser más dulce y cristalino que conozco—su tono de amargura no pudo disimularse.

—Hijo mío… ¡Cuánto la amas!—afirmó—. Pues bien, ¿qué ocurre entonces?

—Nos están envolviendo en una trampa siniestra, madre. Han logrado que ella desconfíe de mí al punto que he tenido que mudarme por ahora.

—¿A qué te refieres con una trampa?—se extrañó.

Dudaba entre seguir o cortar para dejar libre la línea. Pero hablar con ella era como una catarsis y necesitaba desahogarse.

—Me han tomado fotos en una situación comprometedora, armada en realidad. Y esto ha provocado la ira de Asunción.

—Poca fe en ti tiene esa mujercita, es lo que diré.

—La entiendo, las fotos que le enviaron parecen contar una historia de engaño e infidelidad. Eso sumado a su estado…

—Que de por sí amplifica todas las situaciones. Implica una

sensibilidad especial—habló para sí misma.

—¿Crees poder solucionar las cosas?—le inquirió.

—Lo estoy intentando. Pero es difícil…

—Si te ama como dice, debería conocerte más.

—En este momento hay más en juego. La siguen, temo que intenten algo contra ella y…

—No hablemos más, entonces. Cuídala y dedícate a resolverlo. Esa debe ser tu prioridad. Te amo, hijo.

Cortó con rapidez. Se sintió desconcertado. Era difícil saber a veces qué pasaba por la cabeza de su madre. Más inmediatamente su mente volvió a enredarse en planes. No podía quedarse quieto, debía moverse. Estaba seguro que detrás de todo estaba la mano de Esteban Del Valle. ¿Quién otro tendría motivos reales? Y medios económicos para realizar una logística de seguimiento, espionaje, fotografía y quien sabe que más.

"Ese es mi blanco. Tengo que concentrarme en él. Ese delincuente de cuello blanco consiguió escapar impune la vez pasada. Pero sus manos están manchadas y estoy seguro no ha podido recuperarse del golpe que le dimos a sus negocios mal habidos. Y Asunción es lo único que se interpone para volver a controlar la Hacienda y Jalisco. No la va a tener tan fácil, pudo sorprendernos, pero no sabe con quién trata". Una fría cólera lo invadió nuevamente.

Esteban Del Valle era el causante de la temprana y desgraciada muerte de su hermana, del dolor y ruptura de su familia. Cada vez que recordaba cómo se había deshecho la unidad y tranquilidad de su otrora feliz infancia su ánimo cambiaba.

Pero no permitiría que este hombre estuviera una vez más en el medio de la suya, no de la familia que actualmente estaba conformando. Lo detendría a como diera lugar, costara lo que costara. Tomó su chaqueta y se dirigió a su auto. Una simple consulta a Internet le permitió ubicar las oficinas de la Corporación minera que dirigía aquel. Empezaría por ahí: debía acercarse y averiguar su

rutina. Si efectivamente este estaba involucrado en asuntos que le concernían a él y Asunción, vigilarlo les permitiría estar sobre aviso de lo que pudiera planear. Ya no serían las presas.

A medio camino decidió que sería conveniente disimular un poco su aspecto. Sabía cómo volverse invisible en el tráfico y entre la gente, pero su habilidad no era tanta como la de David. Y por otro lado, no bastaban las precauciones que pudiera adoptar. Estaría más tranquilo; un buen sombrero y unos lentes podían obrar maravillas.

Aparcó a unos buenos cincuenta metros del conglomerado, lugar que le permitía una visión decente. Se acercaba el mediodía y esperaba que Esteban hiciera una pausa. Ni siquiera estaba seguro que estuviera allí, pues el exclusivo edificio tenía cochera privada. Esperaría un tiempo más y luego lo intentaría en su mansión. No quería llamar la atención sobre su persona y justamente cuando estaba por retirarse, vio un lujoso auto con chofer y logo de la empresa que remontaba la rampa de salida y tomaba la calle en dirección contraria a la que él estaba. Tenía que ser él.

Arrancó con morosidad y transitó la avenida, dejando varios vehículos entre ambos. Normalmente los seguimientos como este la Agencia los realizaba con dos autos, que se acercaban más o menos y se mantenían en contacto por intercomunicadores. Pero no era el caso; contaba con lo sorpresivo de su decisión para que no se sospechara nada. Estuvieron un buen rato en camino, hasta que el auto tomó una salida lateral e ingresó al Bosque de Chapultepec, enorme área arbolada y parque emblemático de la capital.

Esto le extrañó sobremanera; no veía a Esteban Del Valle como un hombre interesado en el aire libre ni en el deporte. Si bien la zona era inmensa, continuar pegado al auto era más que sospechoso, por lo cual tomó otro ingreso y descendió. Buscaría su objetivo a pié, si es que este realmente estaba ahí y no había usado el parque como atajo y salido por otro lado. Nada pasaba con probar; volvería a seguirlo mañana si lo perdía.

Recorrió los senderos fingiendo hacer ejercicio, mirando el paisaje, el lago menor. Justo cuando se dirigía hacia un área más

descampada con bancos, alcanzó a ver sentado en uno a Esteban, aunque le costó reconocerlo dado lo deportivo de su aspecto. Le dio la espalda con calma y se alejó hacia uno de los caminos laterales. Se sentó debajo de un gran árbol en fingido reposo como hacían varios otros visitantes. Era un lugar perfecto que le daba una visión un tanto alejada pero clara de la situación.

Un hombre arribó y se sentó en el mismo banco que Esteban, sobre un extremo. Desplegó un periódico y pretendió leer. No se le escapó sin embargo que los labios de su objetivo se movían y en varias ocasiones miró a su vecino. No estaba en la personalidad de Del Valle hacer amistades casuales, algo se cocía allí. Diez minutos transcurrieron y entonces aquel se incorporó y se retiró. No lo siguió, debía averiguar con quién estaba de charla.

Mayúscula fue su sorpresa cuando este quitó su sombrero para reacomodarlo, apenas unos segundos antes de retirarse con morosidad hacia el lado contrario al de Esteban. No se equivocaba, aunque tuvo que mirar dos veces: Hidalgo estaba en México DF y de amena conversación con Esteban Del Valle. De pronto la situación se tornaba más angustiosa y preocupante.

Le costó unos segundos reaccionar y ponerse en marcha. Su mente lo fustigó para seguir a aquel, pero su vehículo estaba lejos. Un contratiempo importante; maldijo la falta de medios. Era vital, imperioso saber adónde se dirigía, donde estaba para poder controlar sus movimientos. La desesperación controló y nubló su mente y su pensamiento por unos minutos. Luego su disciplina se impuso y se obligó a pensar.

Lo que no podía hacerse en el momento debía postergarse hasta que fuera posible. Tenía contactos que podían ser de utilidad y a ellos recurriría. Tenían ojos y oídos por varios lados de la ciudad y no había tantos sitios donde una cara tan conocida y buscada como Hidalgo pudiera esconderse.

Lo que sin duda debía considerar era la seguridad de su mujer. El que sus movimientos estuvieran controlados tenía un sentido: saber su posición y pasos a cada instante. Esto la convertía en un blanco

perfecto para que intentaran cualquier cosa contra ella. Se estremeció y su primer impulso fue correr a buscar a Asunción y abrazarla, llevársela lejos, donde nadie pudiera dañarla.

Se obligó a recomponerse: enfriar su mente y depurarla de desesperación. Nada ganaba con perder la cordura y los estribos, salvo perder el control de la situación y la ventaja que estar sobre aviso de las cosas le confería.

Era hora de reagruparse e intercambiar impresiones con David. A esta altura, ya debía tener claro quién vigilaba a Asunción. Debían pensar como evadirlo sin alertarlo, es decir procurar que su mujer y Florencia estuvieran a cubierto sin llamar la atención.

QUINCE.

Alejandra estaba sumamente preocupada por la situación que sus amigos estaban viviendo. Era tan injusto: su amor había surgido y evolucionado bajo el signo del conflicto y el drama. Es verdad que si parte de ello no hubiera ocurrido tal vez sus destinos no se hubieran cruzado nunca, pero ya era bastante. “¿Cuándo van a poder disfrutar de la tranquilidad y el amor? ¡Es tan injusto que en el momento de mayor felicidad, como sin duda lo es la noticia de la gestación de un hijo, tengan que afrontar esto!”

Enumeró mentalmente los dolores pasados y presentes de su amiga y no pudo evitar sentir una profunda piedad: huérfana de pocos años por el asesinato inmisericorde de sus padres, descubre al tiempo que su propia familia y sus vínculos mafiosos habían incidido en ello. Desarraigada de su hogar, se construye una vida solitaria y sin pasiones en el DF, solo matizada por la amistad que ambas lograron gestar y la gran vocación solidaria que tenía. Luego, la muerte de su abuelo, que todo lo remueve, una herencia inesperada y la locura total. Un tío que solo busca despojarla de su herencia, una mafia que tiene su Hacienda y su fábrica como base del narcotráfico, un intento fallido de asesinato.

“Al menos de la peor de las oscuridades, emergió limpia y con dos amores. Santiago la ha protegido y la ama, no me quedan dudas. Y Florencia es una nena preciosa, agradecida y amable. Ruego que la calma llegue y puedan disfrutarse mutuamente”.

Pero para que esto fuera posible, debían desbrozar el camino que se presentaba espinoso. No era dada a la teoría de las conspiraciones, pero había pruebas inequívocas que algo contra su amiga se ejecutaba. Y ella iba a hacer todo lo posible por averiguarlo, todo lo que estuviera en sus manos.

Por lo pronto, tocaba moverse y llamar a Pedro. No le parecía que esto fuera a ser de gran utilidad, mas David le había pedido que lo

hiciera. Tal vez alguna frase inocente o algo que hubiera visto en su padre o hermana fueran indicios o una pista que los condujera a desentrañar lo que ocurría.

No le gustaba especialmente involucrar al joven en esto. Lo sabía alejado y prescindente de cualquier plan que su padre pudiera elaborar; era la oveja negra de esa parte de la familia Del Valle, en el buen sentido. Pero su pertinaz interés por satisfacer los deseos de su progenitor y volverse “adecuado” a sus ojos, hacía que volviera una y otra vez a reclamar la cuota de amor y aliento que creía aquel le debía.

“¡Como si esa lacra de Esteban Del Valle pudiera sentir amor más que por sí mismo!”. Lamentablemente para los intereses de Pedro, su padre era un amoral, un ser incapaz de querer a alguien más que a sí mismo, al poder y el dinero. No lo había visto más que en un par de ocasiones personalmente, pero la huella de sus acciones y el relato del muchacho le habían bastado hace tiempo para dibujarse su retrato fiel.

Sintió la alegría en la voz de Pedro y le remordió la conciencia. No podía evitar sentir que lo dejaba de lado, que aquel la necesitaba y ella lo abandonaba. Se conminó por enésima vez a no ser tonta y dejar de perseguirse por todo lo que no controlaba; la inseguridad del muchacho era permanente y ella era el ocasional bastón que lo apuntalaba. Había confundido su rol de amiga y se había hecho ilusiones con una relación amorosa que evidentemente Pedro no compartía; es más, ni se había percatado de su interés. Veía lógica su constante preocupación y apoyo.

“No te boicotees ni te confundas, Alejandrita” se censuró. “No vuelvas a caer en las redes de tu culposa mente, has hecho todo a tu alcance y aún eres su amiga. No lo traicionas por querer sacarle algo de información acerca del criminal de su padre”.

Quedaron en verse al mediodía para almorzar y ponerse al día, por lo que a las 11.30 estaba ella aparcando su vehículo para permitirle subir. Estaba encantador con su gesto aniñado de felicidad de verla y la charla toda comenzó a girar sobre sí mismo, como era

habitual, sus alegrías y sus tristezas.

No pasó mucho tiempo que estas comenzaron a derramarse en forma de quejas contra su padre. La comida se convirtió en una excusa para una catarsis de desahogos.

—Ale, me alegra tanto que me llamaras. ¡Te habías desaparecido de la vista!—reprochó.

—Tú no me llamaste tampoco, querido. Sabes que si necesitas algo, ahí estoy. Pero tengo mis propios asuntos y mi vida por ordenar —le dijo.

—Sí, claro. No quiero sonar quejoso, solo decía. Es que mi padre y mi hermana han estado imposibles estos días—le explicó con un mohín—. He tratado de involucrarme en los negocios, ayudar en lo posible. Es lo que siempre me reprochan. ¡Y una vez que lo intento me dejan por fuera!

Prestó atención y trató de guiar la conversación a los efectos de ver si podía extraer algo de interés. Por lo visto estaba más en contacto con sus familiares.

—¿Los estás viendo más, entonces?

—Sí, me he propuesto matizar mis intereses por el arte con los negocios. Después de todo soy accionista y de eso voy a vivir más adelante.

Asintió, alentándolo a continuar. Dudaba que su ayuda pudiera ser del deseo de Esteban. Pedro claramente no tenía mucha idea de nada que tuviera que ver con números o decisiones empresariales. Pero era real que también era heredero y tenía derecho a tallar en las decisiones de las empresas de la familia.

—Sin embargo, mi padre desprecia olímpicamente mi ayuda. ¿Cómo voy a aprender de la empresa si no se qué pasa o qué hacer? Y Sara es peor aún; me reprocha que no colaboro y me desprecia. ¡Cómo si ella hiciera algo más que ir de compras o gastar de las tarjetas que papá le cede! Pero claro, es su preferida. Hace como una oveja lo que le pide.

—Creía que tenía planes de casamiento con su novio, el empresario, ¿no es así?

—¿Ese pelele?—refunfuñó con suficiencia—. Es un pobre tipo, mi hermana se ha cansado de serle infiel, aún delante de sus ojos, y él como si nada. Es que hay gente que tolera cualquier cosa.

“Y tú eres uno, corazón” pensó con ternura. Analizaba tan certeramente la realidad de los otros y era ciego ante la propia. De todos modos la charla no iba por canales concretos, nada de lo que Pedro pudiera contar serviría, tal como lo había supuesto. Se ensimismó un tanto en sus pensamientos mientras Pedro atendía una llamada. ¿Qué podría hacer, cómo más podría ser de utilidad?

—Ahora que me precisa me llama, así es ella—sintió protestar al muchacho, lo que la trajo a la realidad.

—No te entiendo, disculpa, me distraje unos segundos.

—Pretende que le haga de mandadero, Sara. Dice que es de la empresa, importante. Ganas me dieron de negarme, pero si lo hago va a volverse aún más pesada y ponerme en contra a papá.

—Bueno, te toca hacerlo entonces. ¿Quieres que te acompañe?

La mirada de él se iluminó; una actividad tan simple y mundana como un recado era estresante para él.

—¡Eres lo más, Ale! Debo levantar un sobre; lo tiene Sara. Y luego llevarlo a un lugar, un empleado de la empresa, qué se yo.

—Bien, pues vamos.

Habían terminado su almuerzo y esto tal vez le daba la chance de ver a Sara y analizarla. “Como si fueras a leer sus intenciones con solo mirarla, ridícula” se dijo.

Condujo una vez más hasta un lujoso restaurante. Permaneció en el coche mientras Pedro se dirigía al interior, del cual se retiró unos minutos después, acompañado de su hermana.

—Pues aquí estás—le dijo la descarada, mirándola con soberbia—. Pedro me dijo que estaba acompañado y quise saludarte. Eres la

amiga de Asunción, ¿verdad? ¿Cómo está ella?

—Pues muy bien—le sonrió aunque por dentro la ira la carcomía. “Cínica, arrastrada, ¿qué pretendes?”

—Me contó un pajarito que está teniendo algunas dificultades —la miró como tratando de atravesar su cara de póker—. Con Santiago.

—¿Y qué pajarito te ha dicho eso? Creía que no tenías ni idea de tu prima y su vida.

—Rumores, gente que habla, ya sabes—musitó.

—Pues la verdad, no tengo ni idea quien te puede haber dicho una mentira tal. Ellos atraviesan su mejor momento—le sonrió con fingida inocencia. “Púdrete, maldita enredadora”.

—Bien, mejor así. Tal vez las cosas cambien cuando mi padre recupere lo que le pertenece. Vaya uno a saber si son tan felices cuando el dinero desaparezca—dijo mientras se retiraba.

“¡Qué pobreza de espíritu tienes! ¡Qué poco sabes del amor de verdad, ese que no se compra o se vende como una mercancía! ¡Eres digna hija de tu padre” le hubiera querido gritar a la contoneante silueta que se alejaba. Pero no tenía sentido ni hubiera causado impacto alguno.

En su lugar, miró a Pedro y le sonrió.

—Tu hermana es un haz de amabilidad—le guiñó el ojo socarronamente.

—A veces se comporta como una verdadera perra—se sonrojó como disculpándose—. Bueno, aquí está. Parece que es un dinero para un empleado de la corporación que está en problemas. La dirección es esta—le mostró un papel.

Insertó la misma en el GPS y arrancaron. Le parecía bien raro que Esteban Del Valle mostrara alguna preocupación por un subalterno y más aún que le hiciera llegar efectivo a través de su propia familia. No parecía entrar dentro de la lógica de su fría personalidad. Fantaseó con la posibilidad de una amante: eso

explicaría el procedimiento.

—¿Se lo debes dar personalmente? ¿Conoces al empleado?—inquirió.

—No, ni idea. Debo dejarlo en un casillero del edificio. Mejor así, evito trato con nadie.

Esto hacía la cosa más sospechosa aún. Pero tampoco era tan importante, suspiró. El barrio no era de lo mejor, pero era de gente de trabajo. Detuvo el coche y comentó a Pedro que lo esperaba. Mientras lo veía alejarse e ingresar al edificio reflexionó que por acá no iban a sacar nada, más que la clara idea que Sara sabía que las fotografías habían sido enviadas y confiaba en su efecto venenoso. ¿A cuento de qué otra cosa eran sus preguntas?

Miró con fastidio al frente; Pedro demoraba más de lo pensado. Ya quería volver con Asunción o reunirse con David, pensar que más hacer. Fue entonces que vio la figura que cruzaba en medio de la calle rumbo al edificio donde había ingresado el joven.

Literalmente quedó paralizada al reconocer, aún a pesar de su vestimenta, a Marcela. La indumentaria era discreta, aunque el colorete subido de sus labios y la joyería barata no coincidían. Eran su típico sello. “Aunque la mona se vista de seda, mona queda” murmuró aún a pesar del asombro. No solía acordar con esas frases despreciativas, pero el rechazo que sentía por esa mujer la superaba.

“¿Qué hace ella acá?” se preguntó. Rápidamente, sin embargo, la luz de la verdad se hacía en su mente. No podía ser otra la destinataria del dinero de Esteban; las casualidades existían, y que ella estuviera en ese preciso momento era una formidable, pero la conexión era evidente.

“La desaparición de Marcela, su interés por ir a juicio con Asunción, sus cambios: ¡detrás de todo está esa rata de Del Valle!” pensó con agitación. Se hundió en su asiento para pasar absolutamente desapercibida; la mujerona era desconfiada y arisca. La vio desaparecer dentro del edificio y a los pocos segundos emergió Pedro.

De pronto sentía un apuro loco; tenía que hablar con Santiago y Asunción, contarles. Trató sin embargo de fingir ante el muchacho.

—Demoraste.

—Sí, no podía abrir el casillero, tuve que llamar al portero. Por suerte no fue necesario que bajara el empleado, así evité más demoras. Seguramente hubieran sido puros agradecimientos a mi padre.

“Probablemente” pensó con sorna.

—Bien, Pedro. ¿Dónde vas ahora? Tengo que regresar al Centro Comunitario, una emergencia.

—Ah, qué pena. Bien, voy a mi apartamento a pintar un rato. ¿Me acercas?

Asintió y condujo en silencio, escuchando el parloteo y los planes de aquel. Una vez sola, se precipitó sobre su móvil y marcó el número de Santiago. Increíblemente lo que había comenzado como un contacto con pocas expectativas, les daba ahora la punta de la madeja. Al menos, iluminaba algo el panorama.

DIECISÉIS.

Volver a casa sabiendo que detrás venía una caravana fue un tanto extraño. No pudo evitar, aunque se obligó varias veces, mirar por el retrovisor en busca del auto gris o incluso ver a David, cosa que sabía no iba a pasar. Santiago le había comentado que era una de las tareas que se le daba mejor.

Aún sabiendo que no había peligro por ese lado, el alivio fue grande al ingresar a su apartamento y pasar cerrojo. Al menos allí estaría segura. Corrió a la ventana y se asomó apenas, usando las cortinas como velo, para otear el panorama. Nada, no vio nada sospechoso.

Se preguntaba qué pasaría ahora, qué debía hacer, cómo procederían. Saberse inserta en algo sin percibir nada claro la desesperaba. ¿Qué buscaba quien la vigilaba?¿O quién le pagaba para ello? ¿Solo saber sus movimientos o algo más serio?

El temor la embargó: pensó en Florencia. No quería exponerla a nada malo ni a su bebé. Intentó serenarse: se preparó un té, trató de concentrarse en algunos papeles que tenía que completar. Se acercaba el momento de otra instancia por la tenencia de la niña y quería estar preparada.

"¿Por qué no me llama nadie? ¿Qué es este silencio?" Decidida a obrar por su cuenta tomó el móvil y llamó a Santiago, pero su teléfono estaba apagado. "¿En serio? ¿Apagas el teléfono justo ahora? ¿Y qué si te necesito, si tengo una urgencia?" chilló internamente.

La otra opción era David, pero no se atrevía a molestarlo. Tal vez estaba en plena persecución o ella interrumpía o lo ponía en evidencia. "No, mejor no. ¡Cálmate!" se instó. "Nada sacas con enloquecer. Santiago va a venir o va a llamar, es así." Se había comprometido a traer a Florencia de sus clases y lo haría. Pero faltaban algunas horas para que ello ocurriera. La ansiedad la iba a carcomer.

El zumbido del teléfono la levantó literalmente de su asiento y corrió en su búsqueda. La sorprendió sobremanera escuchar la voz de su suegra. “Dios, ahora no”. No podría soportar el sarcasmo hiriente de su voz.

—Hola, Asunción.

—Hola, Estrella—Le llamaba la atención no hubiera colgado el tubo ni bien escuchó su voz, como se le había hecho costumbre—. Santiago no está en este momento.

—Lo sé, he charlado con él.

Ahora sí que el desconcierto la envolvió. “¿Qué pretenderá ahora?” se preguntó y espero unos segundos antes de contestar. No sabía qué decirle, cómo hablarle. La relación entre ambas nunca había prosperado y ella encontró una pared de rencor cada vez que hizo un intento por congeniar. No en pocas oportunidades esto la había dejado humillada, vapuleada emocionalmente. Le removía todo su pasado.

—Me ha contado que están distanciados.

Ahí estaba, el motivo. “¡Vieja bruja!” pensó furiosa. “Llama para regodearse”.

—Mire, Estrella, ese es nuestro asunto y …

—Lo sé. También me ha dicho que estás esperando un hijo suyo.

—Así es—contestó con cautela.

No alcanzaba a entender hacia dónde iba esta mujer.

—No es el mejor momento para que ustedes discutan y peleen, ¿no lo crees? Todo lo que te enfada, disgusta o enfurece repercute en el niño.

Esto era increíble. ¿La estaba reprendiendo?

—Tengo mis motivos y usted está lejos física y emocionalmente para entenderlos—acotó secamente. Esa mujer no tenía derecho a llamarla de la nada para decirle qué hacer y cómo actuar.

—Lo tengo claro. Como también sé que el hijo que gestas es mi

nieto. O nieta. Mi legado. El único que voy a tener. Eso me hace replantearme las cosas y querer cambiar la forma en que nos relacionamos.

—La causa de nuestra falta de contacto no es mía, Estrella. Hice lo que pude, lo que estuvo en mis manos por acercarme.

—No soy una nena ni una inconsciente. Se bien como han sido las cosas. Tu familia me duele, Asunción. Aún es así, esa sensación no ha desaparecido. Pero por primera vez atisbo una esperanza. Un cambio. No pensé que las cosas cambiarían.

—No entiendo qué cree usted que ha cambiado. Yo soy la misma, sigo perteneciendo a los Del Valle, mal que me pese a veces.

—Yo he cambiado. Mi perspectiva. No tanto sobre ti, como sobre el hecho de querer tener contacto más seguido con mi hijo y conocer a mi nieto.

—Pues esté tranquila—le contestó con altivez—. Nunca ha estado ni estará en mí evitar que vea a su hijo o conozca a mi bebé. Pensé que ni siquiera le interesaría.

—¡Es sangre de mi sangre! ¿Cómo no querría conocer y arrullar al niño de mi único hijo?

—Estemos o no juntos, que eso se verá, le garantizo que lo podrá visitar cuando quiera.

¿Quién creía esa mujer que era ella? ¡Jamás dejaría a su hijo desconectado de su familia! ¡No iba a permitir que odios, orgullos o peleas propias incidieran en la vida de su descendencia. ¡Si sabría ella lo que era sufrir por no tener a sus familiares cerca!

—Te lo agradezco, Asunción. Y ya que tú misma aludes al tema, te diré que mi hijo es la persona más honesta y auténtica. Nunca te engañaría, tenlo por seguro. Sé quién es, yo lo crié.

La declaración enfática la descolocó, apenas alcanzó a farfullar algo antes que la otra colgara con una despedida seca. Se sentó aún con asombro. Pero no pudo procesar lo que acababa de ocurrir porque sintió la llave en la puerta y aparecieron Santiago y Alejandra.

Verlo la reconfortó y casi se arrojó a sus brazos, pero refrenó sus ansias. No terminaban de aclararse las cosas y hasta que ello no ocurriera, permanecería expectante y desconfiada. Era así.

—¿Estás bien?—le preguntó él mirándola con atención.

Movió su cabeza para asentir.

—¿Averiguaron ya quién me sigue y por qué? ¿Han hablado con David?¿Dónde está él?—la catarata de preguntas brotó ansiosa.

—Pues todavía detrás del hombre. Parece que luego que tú volviste el auto se retiró. Debe estar muy seguro de tu rutina.

—Pues la verdad es que usualmente vuelvo y no salgo otra vez. Lo debe tener bien asumido.

—Sin dudas—carraspeó él—. Pero ambos tenemos novedades más gruesas que esa, querida.

Los miró con atención. Alejandra estaba inusualmente callada y parecía preocupada.

—¿Qué pasa?—los miró a ambos de hito en hito—¿Qué saben?

—Asu, fui con Pedro tal como lo habíamos acordado. No tenía muchas expectativas que pudiera extraer algún dato fiable por ese lado, pero …

—Pero bueno, mujer, acelera el trámite—se impacientó—¿Qué sabes?

—Coincidió que Sara le pidió un favor que en realidad era para su padre Esteban. Llevar dinero a un empleado de la compañía…

"¿Qué le pasa? ¿Por qué da tanta vuelta?"

—En definitiva lo llevé. Previamente vi a Sara, una desagradable. Estaba especialmente interesada en saber de ti y como iba tu relación con Santiago. Quiso sonsacarme.

—Ale…—su grito coincidió con el de Santiago, conminando a una peculiarmente liada Alejandra a sintetizar.

—¡Bien! El dinero era para Marcela, la vi en el edificio.

Evidentemente tu tío la está manteniendo a cambio de que sostenga el juicio contra ti. Su transformación, que tanto te asombró, se debe a su consejo.

Le costó procesar la información. ¿Marcela conectada con su tío, el gran Esteban Del Valle? Pero si eran de dos mundos opuestos. Aquel no consentiría en rebajarse a charlar o negociar con una mujer de los barrios bajos de México. Sacudió la cabeza.

—No tiene sentido. Es imposible que se hayan visto o conocido, nada tienen en común.

—Te tienen en común a ti, cielo—sintió la mirada tierna de Santiago sobre sí—. Él ha hecho bien los deberes. Te ha investigado, vigilado, buscando tus puntos débiles. Y una vez que los ha encontrado, los ataca sin piedad.

—¿Qué logra con eso?

—Desestabilizarte. Debilitarte. Cada paso en falso que das le da insumos para la guerra que te ha declarado. En las sombras espera te derrumbes.

—El muy infeliz te ha tejido una telaraña—acotó Alejandra—. Te hace la vida difícil con Florencia, boicotea tu relación con Santiago…

—Eso no está claro aún—levantó la barbilla con decisión—. Hasta donde sé no se ha comprobado que las fotos sean falsas.

—Las fotos no son falsas—dijo Santiago con crudeza—. La situación lo fue, creada para que tú desconfiaras y vaya si han logrado bien su objetivo. Pero ya todo saldrá a la luz, no te apures. Las pruebas que tanto pides. Igual, hay algo más y me preocupa bastante más que todo esto.

—¿Más aún?

—Hoy he seguido a tu tío hasta el Bosque de Chapultepec. Estaba decidido a ser su sombra hasta que un descuido lo hiciera cometer un error. Y lo ha hecho. Se ha reunido con Hidalgo, el sobreviviente del cártel de Jalisco.

La sola mención del nombre de ese narcotraficante y asesino erizó su piel. Aún recordaba muy bien el ataque junto a sus secuaces en la Hacienda, en procura de su eliminación. Seguramente él la veía como la responsable de su debacle, de la muerte de su hermano, de la caída de sus pingües y sangrientos negocios.

—Ha de estar por reconstituir sus vínculos. Ese ambicioso tío tuyo no olvida que la droga era una entrada millonaria de dinero mensual—señaló Alejandra.

—Estoy seguro que es más que eso—terció Santiago, mirándola fijamente—. Hidalgo no tiene ni fuerza ni gente para gestar por sí solo una mafia. Su área de influencia era Jalisco. Y la perdió al no tener a Santa Isabel como base. Su única esperanza es recomenzar allí. Pero para ello…—se interrumpió.

—Yo tengo que estar muerta—finalizó la oración.

Así era, lo entendía. Sintió una opresión en su garganta y de pronto se vio rodeada, sin salida. Un sollozo se escapó aún cuando hizo lo posible por retenerlo. No quería mostrarse débil, temerosa. Rápidamente los brazos de su amor la rodearon y lo dejó hacer, que la envolviera fuerte y le asegurara que nada malo le iba pasar. Estaba cansada de ser fuerte.

—¡No tengas miedo! ¡Estoy aquí para ti! ¡Siempre, aunque tú no quieras, yo estoy!—el tono suave sobre su oreja la tranquilizó, así como la mano de Alejandra apretando la suya.

—No me importa perder la herencia, que se quede con Santa Isabel y la fábrica!—murmuró—. Así era. Ella tenía mucho más en juego que propiedades. Su hijo, Florencia, su pareja, su vida.

—¡Préstame atención ahora!—dijo con fiereza Santiago—¿Crees que tu tío dará marcha atrás ahora? Está jugado a tu desaparición. Pero hemos averiguado sus planes y ese factor sorpresa es el que nos va a salvar. Cometió el error de querer destruirte por todos lados. Se va a arrepentir.

—¿Qué haremos?—lo miró con fijeza.

—Lo mismo que él, a la inversa. Vigilaremos, esperaremos. Y tú, que eres el principal objetivo, estarás en un lugar seguro.

—Pero si ella desaparece…—terció Alejandra y luego se calló.

—Nos vamos a arreglar para que parezca estar. Pero tanto tú como Florencia se van hoy mismo a un lugar seguro.

La decisión y confianza de Santiago la reconfortó, pero no ignoraba que otra vez entraban en una vorágine de incertidumbre y peligro.

DIECISIETE.

La adrenalina que corría por su cuerpo era la misma que lo envolvía en sus mejores tiempos como agente. Habían logrado desentrañar partes del plan, no dudaba de esto. Pero le preocupaban los tiempos y el hecho de no saber a ciencia cierta el paradero de Hidalgo.

Maldijo nuevamente no haber podido seguirlo cuanto tuvo oportunidad. “Demasiada fortuna hemos tenido” se dijo, “averiguar tanto en tan poco tiempo”. Después de todo a Esteban Del Valle le debía haber llevado varios meses de planificación y ejecución lo que acababan de descubrir en pocas horas.

David estaba arribando, ya se habían comunicado. Tenía algún dato interesante, pero lo fundamental ya estaba sobre la mesa. Era menester analizarlo y trazar una estrategia que sin implicar a Asunción, asegurara que los implicados fueran atrapados.

Tenían que pensar muy bien cómo proceder; ya una vez se habían escabullido y el resultado estaba a la vista. Le enfurecía que su mujer estuviera atravesando ese estrés y temor en un momento en que todo debía ser disfrute y relax. No poder estar con ella lo ponía mal; comprobaba una vez más la inmensidad del amor que le profesaba.

David llegó con cierto retraso, que justificó de inmediato.

—“My friend”, me he hecho un cuadro de situación. “Dangerous”[15], mucho. ¿Qué tienes en mente?

—Lo primero, sacar a Asunción y Florencia de la ecuación.

—Es difícil que actúen sin que estén. Me sabe mal decirlo, pero… Son la carnada…

No le costaba reconocer que en cualquier otra ocasión, con otra gente, su decisión hubiera sido otra. Pero acá no procedía y no había forma que lo convencieran.

—Tengo otra idea. Ya te la diré, pero antes cuéntame. ¿Qué averiguaste de nuestro espía?

—Es un profesional. “Well”, al menos se vende como tal. Su trabajo tiene horarios; cuando supone que ya nadie se mueve de aquí se va.

—Así que no debe ser fácil engañarlo o evadirlo.

—“Piece of cake”; fácil, muy fácil—sonrió David.

—Eso suma puntos a mi idea. Te puede parecer tonta, pero es simple. Y las cosas sencillas suelen funcionar.

—Okey.

—Haremos saber por la portería que Asunción está enferma, algo contagioso, sin importancia. Que implique reposo. No estaría de más que alguno de nuestros amigos haga de médico y nos visite.

—Puede dejar “caer” la información inadvertidamente ante nuestro investigador—agregó David.

—No es difícil, porque creen tenernos controlados.

—¿Y con Florencia?

—Hacemos que Alejandra se la lleve, con aspavientos. Para evitar contagio. Todo bien visible.

Entonces, si realmente está en los planes ejecutar a mi mujer, van a proceder. Hidalgo no es hombre de largas planificaciones. Lo que deba hacer, será en pocos días.

—Y entonces lo atrapamos. Vamos a necesitar más gente—acotó su amigo.

—Es un criminal requerido y a nuestra propia Agencia le interesa contar con su información. Negociemos la intervención.

Ambos estuvieron de acuerdo en esto y David se retiró. Movería los contactos en forma inmediata. Su tarea ahora era retirar a Florencia del colegio y llevarla de retorno junto a Asunción. La tomaría de sorpresa saber que se iban tan rápido y sin aviso, pero los niños se acostumbran rápido a lo inesperado.

Las llevaría a un hotel, ya había hecho las reservaciones correspondientes. Su idea primaria fue Santa Isabel, pero la eventualidad que Hidalgo aún tuviera algún contacto o el mismo Esteban lo evitó. Estarían cómodas y seguras, alejadas de la tensión. Tal vez algo aburridas, dependiendo el tiempo en que se produjera el desenlace, pero era la menor de las preocupaciones.

Alejandra sería la que iría y vendría por el apartamento donde supuestamente estaría Asunción enferma. Había notado el gesto algo torcido de David cuando lo sugirió; sabía que estaban vinculados y le alegraba. No habría peligro para ella, estaba seguro. Nada se ejecutaría hasta que no hubiera suficiente vigilancia protectora, y eso no sería hasta el otro día, con suerte.

Charlar con Florencia lo distendió. Venía llena de novedades y con un regalo que había confeccionado con sus propias manos para Asunción. Era una tarjeta con frases y corazones en la que la niña volcaba su cariño por aquella que tanto había hecho por ella. La miró y pensó que rápido había calado hondo en ellos. Rogó que todo saliera bien para que tanto la niña como su mujer pudieran disfrutarse por muchos años.

Le anticipó que se mudarían unos días esa misma noche y ante su extrañeza le comentó que habían detectado unos animalitos minúsculos que provocaban enfermedades a las embarazadas y que debían fumigar. Le agregó que serían unas mini vacaciones con Asunción y que ella debería cuidarla, pues él tenía que viajar unos días.

Ella hinchó el pecho y prometió que haría una tarea impecable, que no permitiría a Asunción hacer fuerza y la iba a proteger.

—No lo dudo, tú eres una niña muy fuerte—le comentó, provocando una sonrisa de orgullo.

La llegada fue ruidosa y algo confusa. La niña contaba lo bien que lo pasarían a una desinformada Asunción, que solo asentía mientras lo miraba con interrogante. Cuando Florencia fue a asearse y dejar su mochila, amén de comenzar a ordenar lo que llevaría, le

comentó su plan. Ella escuchó en silencio y estuvo de acuerdo. Notaba su ánimo caído y lo preocupó.

—¿Dónde está la chica combativa y práctica que conocí? ¿Te dejas arredrar de tal manera?—la desafió.

—Tengo miedo—confesó.

—Vas a estar bien, por eso lo hago.

—¿Y tú?—lo miró con preocupación.

Esto le alegró el alma, hacía días que no veía esa mirada en ella. Mirada de amor y temor por él.

—No voy a estar solo, todo se va a hacer con apoyo y buscando evitar el conflicto directo. Debemos atraparlo con vida para que pueda testificar contra tu tío y atrapar a ese sinvergüenza de una buena vez.

—¿Crees que es posible? Está tan acostumbrado a salirse con la suya.

—Si logramos el objetivo primario, es decir que Hidalgo caiga, es muy factible. Está requerido por varios lados y querrá negociar. Probablemente dentro de las varias piezas de información útil con la que cuenta están sus relaciones con tu querido tío.

—¡Ojalá!—dijo con fervor.

—Y una vez esto ocurra, todo será cuestión de tiempo, ya verás. Marcela dejará de estar protegida y avalada para presentarse por la tenencia de Florencia.

—¡Estoy segura que recibir dinero es lo único que la mueve!

—El tema de la herencia se definirá a tu favor, como debe ser, como tu abuelo lo dispuso.

—¿Y nosotros?—le inquirió mirándolo a los ojos.

—Nosotros… Ese nosotros depende de ti y de que puedas verme con ojos de confianza y creer en mí. Dentro de los planes que puedo trazar no está que Sara confiese alguna vez que todo lo fingió.

Ella asintió. Florencia reapareció en ese momento como un

torbellino.

—Vamos, Asu. No has preparado nada aún, ven que te ayudo.

Las vio a ambas disponer con diligencia lo necesario para algunos días de viaje y luego de una cena liviana las llevó al hotel, saliendo por la puerta secundaria del edificio para evitar miradas indiscretas.

La habitación reservada era espaciosa y decorada con gusto. Tenía una salita y dos dormitorios, además del baño. Estarían cómodas.

Ayudó a Asunción a arropar a la niña luego que esta se cansó de dar vueltas e identificar los objetos y le prometió que el desayuno del otro día sería espectacular. Luego Ale la llevaría al colegio.

—¿Te quedas con nosotros esta noche?—le inquirió.

Cuando iba a negar Asunción rápidamente asintió y dándole un beso la instó a dormir.

Tomó su mano y lo llevó hasta su dormitorio.

—Hoy debemos dormir juntos, amor—le dijo con sencillez—. Tal vez no nos veamos en días y quiero que te lleves mi olor y el contacto de mi panza contigo. Para que estés bien seguro que tienes muchas razones para volver.

—Tengo totalmente asumido regresar, mi vida—le dijo con emoción—. Pero lo que me dices me llena el alma y me da más fuerzas aún.

Se tendieron en el lecho y se abrazaron y besaron por largo rato, hasta que ella se quedó dormida, no sin antes decirle que su madre había llamado y que quería conocer a su nieto.

Asombrado y a la vez conmovido, agradeció que su progenitora aflojara la tensión. Le haría bien a ella, a Asunción y a él mismo. Le preocupaba desde siempre que su madre no tuviera un objetivo de vida claro aparte de subsistir. El embarazo de su mujer era un regalo del cielo.

Pero para disfrutarlo, había que defenderlo primero. Temprano en la mañana, antes siquiera que aclarara, se marchó. Tenía mucho por arreglar y la ayuda de sus compañeros de la DEA era lo más importante.

Si bien David gestionaría la asistencia por su lado, él debía presionar desde la oficina local. Realizó su informe, detallando el contexto en que había visualizado a Hidalgo y la factibilidad que actuara en el corto plazo. Remitió este a las oficinas centrales y se decidió a esperar.

Mientras llamó a Alejandra para que procediera a trasladar a Florencia hasta el colegio primero y luego al apartamento con alguna excusa. Que la vieran; solo hoy y ya mañana esparcirían el rumor del contagio de la enfermedad.

El día estuvo lento pero sus objetivos se fueron cumpliendo. Su jefe local había dado la autorización para que dos agentes procedieran bajo sus órdenes y controlaran el edificio y los alrededores. A esto se sumó la habilitación oficial a la intervención de David. Serían suficientes y podrían turnarse.

Las siguientes jornadas fueron como volver al trabajo de campo dentro de la Agencia: vigilancia, turnos. Los primeros dos días todo se realizó de acuerdo al plan: un falso doctor hablando por celular delante del investigador privado contratado por Esteban dio cuenta de la contagiosa enfermedad que mantenía a Asunción en cama y luego a Florencia. Esto hizo que el hombre desapareciera el segundo día, de seguro dispuesto a ganarse el dinero fácil y sin asistir.

El tercer día uno de los agentes activó la alarma: Hidalgo estaba en las cercanías. Sin su bigote o vestimenta corriente, igual era fácilmente distinguible. Dio varias vueltas por el lugar y se retiró. Pero a esa altura ya lo seguían y fue cuestión de tiempo averiguar donde residía: una pensión sencilla.

Saber dónde encontrarlo alivió a Santiago: implicaba poder identificar sus movimientos y anticiparlos. De hecho esa misma noche se movió nuevamente hacia el edificio de Asunción. Cuando bajó del

vehículo, pudieron apreciar que llevaba vestimenta de médico, aunque su postura de mal encarado era indisimulable. Estaba claro que le habían suministrado la información que Asunción estaba enferma y se haría pasar por alguien que la asistiría.

Fácilmente ingresó y se deslizó hasta el apartamento, que abrió sin esfuerzo. Al ingresar, sin embargo, su sorpresa fue mayúscula: dos agentes lo apuntaban y su intento de huída se quebró pues detrás también lo esperaban.

David rápidamente lo desarmó y el maleante quedó inerme ante ellos.

—Hidalgo, somos de la DEA. Queda usted bajo arresto por múltiples delitos de tráfico, receptación y connivencia para delinquir.

—¡Quiero un abogado!

—Difícil. Usted acaba de allanar un lugar privado con evidentes intenciones delictivas. Y está requerido por la Justicia de su país y la nuestra. De su nivel de colaboración dependerá su suerte de aquí en más—recitó Santiago.

Lo vio dudar y una chispa de entendimiento cruzó por sus ojos.

—Puedo dar mucha información, la que quieran. Pero quiero negociar.

—Ha entendido usted bien. ¡Nos vamos!—conminó a los otros que ya habían esposado al criminal.

En las oficinas tomarían las declaraciones primarias y se aseguraría que sus intenciones recientes y pasadas en relación a Asunción, así como la participación intelectual de Esteban Del Valle, quedaran registradas ante testigos irrefutables y en declaraciones formales sin posibilidad de ser impugnadas.

Suspiró con alivio. Todo había salido bien; era cuestión de tiempo atrapar al verdadero cerebro de la trama. Y volver junto a su familia.

DIECIOCHO.

La sensación de algarabía que lo había acompañado los últimos días había ido desapareciendo progresivamente. A medida que la intensidad de los hechos esperables aumentaba, procuraba alejarse de los mismos, confiando en que la minuciosa planificación rindiera sus frutos.

Hacerse del interés de Hidalgo había sido fácil, muy fácil. La ansiedad de este por recuperar su otrora posición y a la vez lograr revancha ante sus enemigos lo rindieron a sus pies. Solo restó acercarle datos físicos de Asunción y su residencia, minucia que su investigador realizó. Los astros parecían alinearse: las últimas novedades hablaban de enfermedad y por tanto quietud en su casa, lo cual facilitaría la tarea.

Las primeras sombras llegaron con Marcela. La ingente cantidad de efectivo que le había sido entregada al parecer no le bastaba y se atrevió a presentarse en su casa, a chantajearlo. ¡A él! ¡Vulgar mujerzuela de los arrabales más abyectos! Apenas daba crédito a sus oídos cuando su mayordomo anunció que en la zona de entrada había una mujer que exigía verlo, anunciando su nombre a voz de cuello.

No solo le sorprendió, también lo alarmó. ¿Qué motivos podrían impulsar a Marcela a exponerse así? No ignoraba que le temía y sabía que se exponía a consecuencias no gratas. Esto lo convenció de recibirla, aunque en la zona de las cocheras. No quería testigos del encuentro ni de la charla entre ambos.

Mientras se dirigía hacia ella se convenció que habría que pensar que hacer con ella en el futuro. Lo comprometía, sabía su casa y además era de las que no dudaría en tratar de exprimirlo en busca de efectivo, incluso contra su propio bienestar.

—Me extraña verla aquí, de hecho me molesta mucho—le dijo con helada expresión, que procuró trasmitir a su mirada.

No logró sin embargo impactar en la mujer, que paseaba sobre él y su entorno su huidiza mirada.

—Tenía que verlo. Estoy muy asustada y necesito más dinero.

—¿Más? La cifra que se le entregó fue más que generosa. No crea usted que puede venir a mi hogar a exigir.

—¡Usted no entiende! ¡Las cosas no están saliendo bien y quiero irme!

¿Irse? ¿De qué hablaba la insensata? ¿Creía poder robarle dinero, recibir una paga y retirarse sin más, con su tarea incompleta?

—Usted aceptó los términos de nuestro acuerdo, Marcela—dijo en voz baja, buscando trasmitir con claridad a la mujer lo que debía hacer—. Su tarea no ha terminado.

—¡Hidalgo está preso! ¡Sabe bien qué hago y de mis conexiones con usted! Es cuestión de horas que me busquen y me apresen.

La novedad le cayó como un balde de agua helada. Era lo peor que podía escuchar. ¿Atrapado? ¡Maldito imbécil, improvisado! ¿Cómo era posible?

—¡Cálmese!—expresó con furia.

Era vital saber que ocurría y cuánto lo afectaba.

—¿Qué dice? ¿Cómo sabe usted eso?

—Yo le hacía recados y lo conectaba con el resto de la banda en el Tepito. Sabía de su pedido y lo ayudé a conseguir objetos para disfrazarse y un arma. Partió ayer hacia donde vive esa maldita sobrina suya y no volvió. Eso solo puede querer decir una cosa: lo atraparon. Y no dudo que nos va a vender con tal de salvarse.

El detalle lo tranquilizó algo: la mujerzuela hablaba por lo que suponía, sin certezas. Pero algo raro debía haber pasado, sin dudas. ¿O tal vez Hidalgo se desprendía de su lastre en el Tepito y buscaba actuar solo? ¿Cómo averiguarlo? No podía contactarlo, dadas las circunstancias, era de un riesgo impensable.

Ahora, era menester deshacerse de la mujer y la única manera

que conocía era con dinero. Sabía que sería cuestión de tiempo que volviera por más, pero lo resolvería más adelante. Debía tender sus redes para averiguar por donde pasaba la situación ahora. Fue hasta su caja fuerte y extrajo una suma importante, que entregó en un sobre.

Ella lo tomó y se retiró con una reverencia. No dejó de advertirle sobre lo inconveniente de que volviera por la mansión, lo cual fue enfáticamente aseverado y prometido.

Lo primero que hizo en forma inmediata fue contactar a su investigador privado. Debía conseguir datos firmes y conocer de primera mano que pasaba con Asunción. El hombre tardó en contestar y fue ambiguo en sus datos, para su furia. Al increparlo duramente le confesó que hacía dos días no se pasaba por el lugar, dado que las mujeres estaban enfermas y no salían de la casa.

—¿No ha visto usted la necesidad? ¡Necio! ¿Para qué cree que le pago? ¡No espere sus honorarios!

Dicho lo cual cortó la comunicación con furia y preocupación. No sabía muy bien qué hacer y cómo averiguar más. Se le ocurrió hacer varias llamadas a algunos policías con los que habitualmente contactaba para datos, pero ignoraban detalles.

Un dolor cada vez más fuerte se insinuaba en su estómago. La intuición le daba cuenta que algo no iba bien y que Marcela no andaba desencaminada. ¿Tan mal podrían salir otra vez las cosas? ¿Tanta suerte tenía su condenada sobrina?

"¡Calma tu mente y analiza! ¿Puede afectarte en algo que Hidalgo sea atrapado? Hiciste todo con cuidado y sin dejar rastros" procuró alentarse. "Y en el peor de los casos, sería la palabra de un criminal buscado contra la de un respetable empresario".

Pero no todo era tan sencillo. Sabía que su nombre había sonado y había sido analizado por los Federales estadounidenses en los sucesos de la Hacienda Santa Isabel. No habían contado con testigos o testimonios fidedignos que lo vincularan con certeza a las actividades criminales, dada la muerte de uno de los Hidalgo y la huída del otro.

Todo cambiaba si habían logrado atrapar a este último: había sido siempre su vínculo con el cártel y había recibido de su boca la sugerencia de matar a Asunción en dos oportunidades. Aún cuando no fuera más que su palabra contra la suya propia y no hubiera nada escrito, era comprometedor.

Probablemente sus exclusivos abogados podrían eludir los cargos, pero se vería expuesto. Señalado, acusado. Era más de lo que su ego podría soportar. Y factiblemente todo conduciría a una investigación de sus finanzas y cuentas, tanto en México como en el extranjero.

¿Cómo podría justificar su capital? La enorme fortuna en negro, amasada por años de actividades ilícitas y evasiones impositivas, quedaría al descubierto. Sabía que podría pilotear la situación ante las autoridades de su país, pero era otro asunto con la DEA.

Finas gotas de sudor corrían por su cuello. Ante sí tenía varias salidas, ninguna agradable. Una era esperar, lisa y llanamente, y dejar que los hechos se desencadenaran. Si lo peor se comprobaba, le tocaría tiempo de prisión, incontables horas de juicios y exposición mediática. Sin duda la prensa se haría una fiesta mediática, ¡buitres malditos! Oprobio, convivir en condiciones precarias y con gente de lo peor.

Huir, tomar lo que pudiera y retirarse. No le atraía vivir lo que restaba de su existencia como un prófugo, saltando de lugar en lugar, siempre teniendo que mirar hacia atrás con el temor de ser atrapado. No podría ponerse en contacto con su familia nunca más. Aunque este sería el menor de sus problemas.

Sus ideas iban y venían. Le interrumpió la llamada que recibió del investigador. Este le informaba que había podido averiguar poco, pero que algunos vecinos de edificio le habían confiado que tarde la noche anterior había habido movimientos extraños en la vivienda de su sobrina y habían visto salir a varios hombres, que llevaban a otro esposado. Nada escapa a la vista de algún vecino que siempre trasnocha o mira por su ventana o pasea a su perro en el momento justo e indicado.

Esto le confirmó lo peor. Hidalgo había sido capturado. Lo esperaban, sin duda. Vaya a saber desde cuando lo vigilaban o cómo habían detectado sus movimientos, pero a estas alturas eso era anecdótico. Sus pesadillas se hacían realidad. Se sentó en su sillón y tomó un puro cubano. Lo mejor que el dinero podía comprar estaba a su alrededor. Pero no podía comprar tiempo o seguir alquilando voluntades.

Sentía ajustarse el cerco a su alrededor. ¡Y tan solo algunas horas atrás se sentía el amo del universo!

El golpe discreto en la puerta y el susurro de su mayordomo lo volvió a la realidad. Anunciaba que dos vehículos oficiales estacionados al ingreso de la mansión inquirían por él. Se habían identificado como oficiales de la Policía mexicana acompañados por federales. Asintió y le hizo un gesto para que se retirara.

Las cartas jugadas, al contrario de lo esperado, aún marcadas por él, le habían dado la espalda. Se incorporó con pesadez y caminó hacia el lujoso cajón de madera labrada. Esta arma, siempre presta, era una joya de la familia. Siempre la había visualizado como una garantía de seguridad. ¡Qué más daba!

Nadie le decía qué hacer ni cómo actuar a Esteban Del Valle. Nadie tenía la categoría para hacerlo. Ni siquiera dudó al jalar el gatillo.

DIECINUEVE.

Alejandra no podía evitar conmoverse ante el sufrimiento que veía en Pedro. Había amado a su padre de una forma casi enfermiza, si se pensaba lo mal que este lo trataba y lo poco que lo consideraba. Pero esto no dejaba de ser una constante en la mente y el corazón humano: deseamos que nos quieran, sobre todo aquellos que por Naturaleza deberían hacerlo.

La noticia le fue comunicada a gritos por el mismo joven, que buscó en ella refugio y consuelo ante la enormidad de su pérdida. La desconcertó totalmente, no hubiera esperado un desenlace tan rápido ni tan terrible para el orgulloso Esteban.

Fue luego de conocer los últimos sucesos que lo entendió mejor: el cobarde había escapado al castigo de la Justicia y se había auto eliminado en un último y vano intento de mostrar que nada escapaba a su control, ni siquiera su vida misma.

—¡No pensó en nosotros, Alejandra! ¡Nos abandonó sin una despedida, sin una explicación, a nuestra suerte! ¿Qué será de nosotros?

—Lamento mucho que tengas que pasar por este dolor, Pedro. Pero tu padre decidió y ustedes son adultos. Comprendo el pesar, pero tienen las condiciones materiales para sobrellevar lo que venga.

Se sintió un tanto severa al expresarse así, pero no podía fingir un pesar que no sentía: Esteban Del Valle había sido un vulgar criminal, que había intentado matar repetidamente a su sobrina, sin piedad. Pedro tenía mala memoria: su propia seguridad había sido expuesta la primera vez que Hidalgo quiso matar a Asunción y su padre lo abandonó.

Además, era un hombre hecho y derecho, no un niño desvalido y sin recursos. Era necesario que tomara las riendas de su vida y así lo tenía que entender.

—Te toca involucrarte más en los negocios que heredas o dejarlos en manos de personas honestas en las que confíes. Puedes hacer lo que quieras de tu vida, sin rendir cuentas a nadie. Tal vez acercarte más a tu hermana te ayudará a ti y a ella también.

—Ella está devastada, mucho peor que yo. Nunca pasó por nuestra cabeza que nuestro padre fuera capaz de suicidarse.

—¿Tú eres consciente de sus últimos movimientos, Pedro?—le preguntó serenamente, mirándolo a los ojos.

—No—contestó con firmeza—.Pero he sido informado por la Policía de lo que se le acusaba.

—Intentaba eliminar nuevamente a Asunción para quedarse con la herencia. Estuvo detrás de los últimos inconvenientes en su vida.

—Lo sé, créeme que no me hace nada feliz. Nunca entendí esa enfermiza obsesión por controlar todo y acumular más y más dinero. Sara también me confesó que le había pedido que participara en unas fotos para molestar a Asunción, pero jura y perjura que jamás supo que fuera con otras intenciones. Mi hermana puede ser muy desagradable y volátil, pero no es una asesina, Alejandra.

No tenía elementos para confrontar esta opinión ni interés alguno. Era vital que ambos hermanos se entendieran y pudieran ordenar su vida, una vez que la fortuna de ambos pasara el apretado tamiz de la Justicia. Tal vez esto les implicara crecer definitivamente, fuera de la sombra de un progenitor que había sido controlador, frío e implacable y que lo que menos había hecho era actuar como padre.

De hecho, las sucesivas semanas fueron mostrando una tímida seguridad en Pedro, que con tibieza y algo de torpeza comenzó a experimentar la toma de decisiones y ordenar el desastre familiar. Le gustó ver esta nueva faceta que emergía. El bastón que siempre había necesitado sin duda cada vez sería menos necesario y así se lo hizo saber.

—Te veo más seguro y me encanta, Pedro.

—¿Sabes que me siento así? Créeme que no he tenido muchas opciones. Sara se ha mostrado mucho más frágil de lo que jamás pensé. Papá siempre dijo que ella era la más parecida a él. Y ante la situación dada, veo que era una fachada de ella para ser bien vista ante sus ojos.

—De una u otra forma, ambos trataban desesperadamente de ganar su aprobación.

—Sin lograrlo nunca—asintió con tristeza en su mirada—. ¿Por qué será que algunas personas no pueden brindar amor, Alejandra?

No podía contestar esa pregunta; lamentablemente trabajaba en un área donde se veían las peores miserias.

—Deja eso, concéntrate en el futuro. Tienes la oportunidad y la obligación de que sea mejor. Date el tiempo para ser feliz. Y cuando encuentres la persona que te complete, entrégate por completo y dale lo mejor de ti.

—Alguna vez pensé que podrías ser tú—le dijo con sencillez—. Pero luego me di cuenta que nuestros se caminos se cruzaron para ser los mejores amigos.

—Y yo también lo he comprendido, Pedro—le sonrió.

Así había sido, aunque le había costado lo suyo. Ahora tenía ante sí un panorama mucho más descubierto. Su relación con David no cesaba de crecer. Además de la atracción física que ambos habían sentido desde el momento mismo que se habían conocido, algo más crecía.

Era imposible relacionarse con él sin sentir su alegría de vivir y su mirada honesta y fresca siempre enfocada hacia adelante. No entendía a veces esa constante expresión de contento, sabiendo que por la profesión que tenía, se enfrentaba muchas veces a lo peor de la naturaleza humana.

—Es por eso mismo, “my dear”. Porque siento esa absurda necesidad de actuar como un superhéroe y arreglar lo que no funciona.

—Ves el mundo en blanco y negro.

—No tanto así—sonrió—. Conozco los matices. “In fact”[16], tú eres el matiz más grande que me ha tocado, mi beautiful queen.

No podía evitar sentirse como una auténtica reina cada vez que él la cortejaba de ese modo. Su relación se afianzaba y los sentimientos crecían en ella. No tenía claro que buscaba él, pero para ella las relaciones a distancia y ocasionales no eran suficientes, por lo que decidió conversarlo.

—¿Tú que planes a futuro tienes, David?—le inquirió una noche mientras ambos blandían sus copas de vino.

—¿Planes? “Well”, pienso perderme en tus brazos esta noche y rogar que nunca termine.

—Es en serio—se plantó con un mohín, provocando que él la mirara con mayor atención.

—¿Tú dices sobre nosotros?

—Así es—se impacientó.

—Bueno, estamos muy bien, ¿don’t you think?[17]

Internamente se sintió desesperanzada. Claro que estaban bien, pero sus vidas dejarían de coincidir pronto. Su licencia terminaba y debía volver a los Estados Unidos. ¿Quedarían sus encuentros supeditados a los fugaces momentos de vacación o escapes?

—¿Qué pasa?—le preguntó él con seriedad.

—Nada—le contestó procurando ocultar su decepción.

No era necesario que el otro supiera que sus expectativas otra vez eran mayores de las de su pareja. Definitivamente leía mal las señales en sus parejas o era una mujer a la que no visualizaban como para compartir el destino.

Sorbió su vino y le supo amargo. De pronto no tuvo muchas ganas de estar con él.

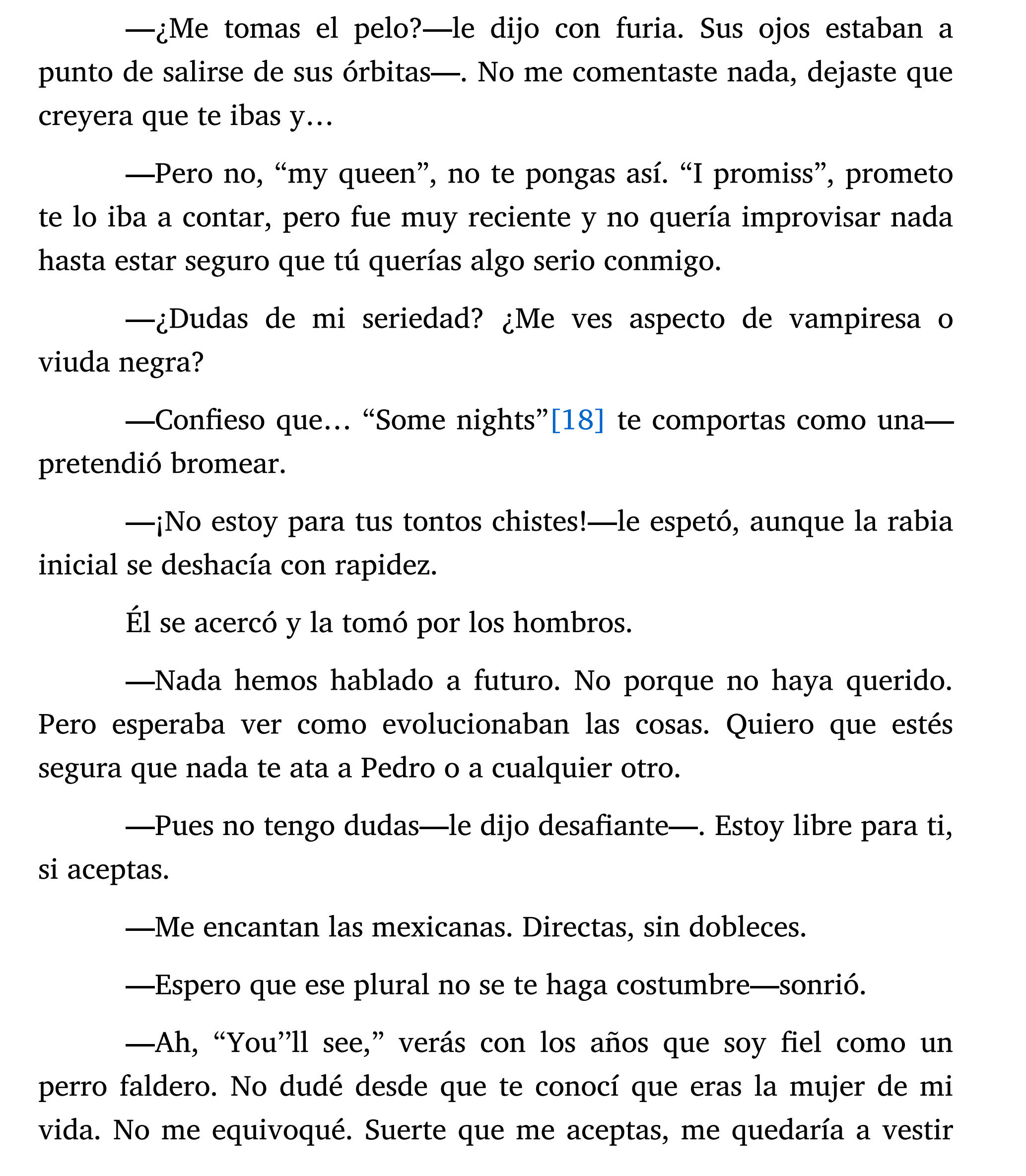
—Voy a dormir, si no te molesta. Tal vez nos podemos ver alguna vez antes que te vayas—le dijo con acento duro.

Él la miró con gesto de no entender.

—¿Irme dónde?

—¿Cuándo regresas a los Estados Unidos?

—Ah, no tengo que regresar. Pensé que te había dicho. He pedido la baja del Servicio y estoy a la búsqueda de trabajo por aquí. Pienso establecerme. De seguro lo encuentro fácil. “A handsome men”, un hombre guapo y con tanta experiencia en seguridad pronto va a llamar la atención.



—¿Me tomas el pelo?—le dijo con furia. Sus ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas—. No me comentaste nada, dejaste que creyera que te ibas y…

—Pero no, “my queen”, no te pongas así. “I promiss”, prometo te lo iba a contar, pero fue muy reciente y no quería improvisar nada hasta estar seguro que tú querías algo serio conmigo.

—¿Dudas de mi seriedad? ¿Me ves aspecto de vampiresa o viuda negra?

—Confieso que… “Some nights”[18] te comportas como una—pretendió bromear.

—¡No estoy para tus tontos chistes!—le espetó, aunque la rabia inicial se deshacía con rapidez.

Él se acercó y la tomó por los hombros.

—Nada hemos hablado a futuro. No porque no haya querido. Pero esperaba ver como evolucionaban las cosas. Quiero que estés segura que nada te ata a Pedro o a cualquier otro.

—Pues no tengo dudas—le dijo desafiante—. Estoy libre para ti, si aceptas.

—Me encantan las mexicanas. Directas, sin dobleces.

—Espero que ese plural no se te haga costumbre—sonrió.

—Ah, “You’’ll see,” verás con los años que soy fiel como un perro faldero. No dudé desde que te conocí que eras la mujer de mi vida. No me equivoqué. Suerte que me aceptas, me quedaría a vestir

santos si te negaras.

No pudo evitar reír ante la confesión. Los momentos más románticos entre ellos estaban siempre teñidos de tontos chistes.

—Pues muy bien. Hago un sacrificio y te acepto en mi vida a tiempo completo. Esto por mis amigos; no dudo los atomizarías con tus lamentos y bromas de aquí a la eternidad.

—Seriamente, Alejandra. Eres la mujer de mi vida.

—Y tú eres la pareja que siempre he querido—lo besó—. Termina tu vino y vamos a la cama. Estas declaraciones de amor merecen una celebración por todo lo alto.

—A sus órdenes y con placer. Sobre todo con placer—guiñó su ojo a la vez que empinaba la copa y le tomaba la mano.

Alejandra no pudo pensar en una velada mejor.

FINAL.

Santiago avanzó por el camino que conducía al claro del bosque y varios metros antes de llegar escuchó las carcajadas de gozo de Florencia. La niña estaba en su elemento, disfrutando de Santa Isabel. Al arribar la vio dar volteretas cual gimnasta, bajo la mirada atenta de Asunción.

El recuerdo de este mismo lugar, hacía ya tiempo, lo alcanzó. Fue la primera vez que charló con su mujer, cuando esta penaba por la muerte de su abuelo Ramón. “El primer encuentro de tantos que tuvieron luego, el primero del resto de sus vidas”, pensó con nostalgia.

La figura de Asunción, frágil y esbelta, había cambiado. Su cintura ensanchada por el próximo parto, era prueba suficiente de los poderosos lazos que los habían unido. La vio acariciar su panza y avanzó hacia ella. El avanzado estado de gravidez volvía torpes sus movimientos pero acentuaba, si cabía esto, su belleza.

Atrás iban quedando los momentos de pesar, estrés y angustia vividos. Hacia adelante, la esperanza de una nueva vida y la seguridad de una familia consolidada.

—Estaba recordando la primera vez que nos vimos, aquí mismo —le contó mientras besaba fugazmente su nariz.

—Lo tengo bien presente—asintió—.Este lugar siempre fue un refugio para mi, mi remanso de paz. Por eso se lo estoy enseñando a Florencia.

—Y bien que lo está llenando de gritos y alegría—sonrió mientras miraba a la niña correr tras las mariposas.

—Es naturalmente feliz, lo era aún a pesar de vivir en la peor miseria.

—Pero esto se ha remarcado desde que se siente segura con nosotros. El fallo judicial afortunadamente se hizo rápido.

—Inusualmente rápido, diría yo. Pero es obvio que las

circunstancias así lo indicaron. Al desaparecer Marcela y no presentarse a las audiencias, está claro el desinterés por la pequeña.

—Esto tiene su explicación: lo único que la animaba era conseguir dinero y bien que lo obtuvo de tu tío. Pero cuando todo cambió y se vio comprometida en los enredos Hidalgo—Del Valle, no tardó en desvanecerse.

—Es la única que pudo hacerlo…

—Era una pieza menor en la maquinaria de tu tío. Va a estar en las sombras el tiempo suficiente para evitar ser citada como testigo o denunciada. Después volverá a su vida miserable. Pero le ha quedado bien claro que no tiene lugar cerca nuestro ni somos enemigo a enfrentar.

—Es mejor que todo sea así con ella. No quisiera que en un futuro Florencia pudiera reprocharnos que dañamos a su abuela. Ha sido siempre ella la que agredió o abandonó.

Asintió con energía y no pudo evitar la sonrisa y la caricia a su mujer al percibir que su vientre se movía fruto de la enérgica movilidad del bebé.

—¿Sigue pateando duro, eh?

—Ansioso por salir y yo por tenerlo entre mis brazos. ¡Falta tan poco!

—Ya me aseguré que todo esté bien dispuesto. Esta decisión tuya de venirnos al campo me ha puesto muy nervioso.

—No te alteres. Parir es el acto más natural del mundo. El doctor está a pocos kilómetros y la partera que contratamos es absolutamente profesional. Y le encanta estar acá, me aseguré de ello. Vamos a estar bien. Por otro lado, no conozco mejor comadrona que mi querida María.

—Es que teniendo todo a tu disposición en el DF…

—Hazme el gusto y no seas gruñón. Nada raro va a pasar. Todo ha ido de maravillas, sin inconvenientes y así seguirá.

—Mi madre está ansiosa también.

—La vi ayer, estuvo a visitar. Va a quedarse en el pueblo. La invité a la Hacienda, tenemos lugar de sobra. Pero aún conserva parte de su armadura.

—Que va a derrumbarse irremediablemente cuando conozca a nuestra hija. El solo hecho que hayamos decidido nombrarla Guadalupe la ha dejado sin aliento y feliz.

—No pude pensar en un nombre más adecuado.

—Y yo decidí que la voy a llamar Lupita. Van a ver que voy a ser una niñera ejemplar—interrumpió seriamente Florencia, mientras se sentaba a descansar.

—Pues no lo dudo nada—le sonrió.

Dos días transcurrieron de este diálogo y la mañana les sorprendió en vela. Había sido una larga noche para él, de nervios y tensión. Asunción se quejaba, caminaba y sentaba, practicaba sus ejercicios de respiración. Las contracciones se hacían cada vez más cercanas y la partera anunciaba con calma los pasos a seguir.

Sobre las nueve de la mañana, asistida por la profesional y el médico en el aséptico lugar especialmente preparado, su agotada mujer pujó por última vez y la vida se abrió paso en la forma de una diminuta niña, que le robó el corazón desde la primera mirada.

El llanto urgente anunció la vitalidad y como pudo asistió a la partera para vestir a su primogénita, que observaba el mundo desde unos ojos inmensos. Pronto estuvo prendida con fruición del pecho de su madre, afirmando el vínculo que las uniría de aquí en más. Extendió su mano y tomó los diminutos dedos.

—¡Qué bella es!—exclamó con ahogada voz.

—Es perfecta—sonrió Asunción.

—Ni en mis mejores sueños podría imaginar una vida tan hermosa como la que tengo a tu lado—le confesó—. Diste vuelta mi mundo y no puedo estar más agradecido por ello.

—Todo lo que dices, lo siento yo también. Te amo.

—No tanto como yo.

Declaraciones de amor sencillas, pero que daban buena cuenta del poderoso sentimiento que los unía y que el nacimiento acababa de potenciar.

Su amor había crecido cual frágil árbol en medio de la maleza que la ambición, los atentados y la mafia representaban, pero había prosperado y se había fortalecido demostrando que su raíz era poderosa y sana.

Sus corazones solitarios se habían hecho uno y a su calor había prosperado una familia, sanando las heridas abiertas y dejando atrás un pasado de oscuridad.

Hacia adelante, solo había esperanza y felicidad. Y los vaivenes que el destino decidiera interponer.

FIN

QUERIDO LECTOR:

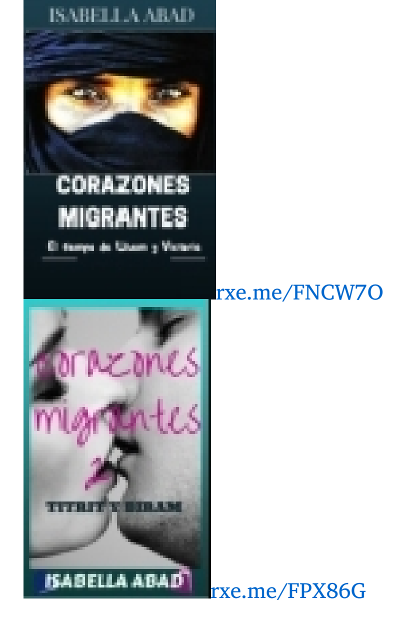
Una vez más deseo agradecer me acompañes en mi recorrido por las letras. Espero hayas disfrutado esta trilogía, de la que esta entrega es el desenlace.

Si es así, considera dejar tu opinión o reseña en el portal de compra o bien en mi blog:

abadisabella.blogspot.com

OTROS LIBROS DE MI AUTORÍA:

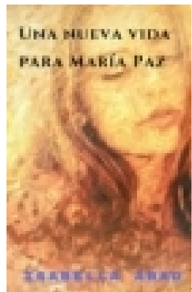
- **CORAZONES MIGRANTES, BILOGÍA**



rxe.me/FNCW7O

rxe.me/FPX86G

- **UNA NUEVA VIDA PARA MARÍA PAZ**



rxe.me/58HFJA

- **TE CONFÍO MI VIDA, TRILOGÍA**



rxe.me/VYFZKW



rxe.me/42BU5Q

[1] “Solo yo en tu mente y en tu corazón”
[2] Mi amigo
[3] Esperanza
[4] Mi reina
[5] Final
[6] loco
[7] Yo sé
[8] Bonita mujer
[9] Pensemos
[10] Hasta el final
[11] hermosa
[12] preocupado
[13] pobre
[14] pequeña
[15] peligroso
[16] En realidad
[17] ¿No lo crees?



[18] Algunas noches